

Las  
Mejores  
Lecturas  
del  
Siglo  
XIX



ESCOGIDAS

POR

NARCISO ALONSO CORTÉS



10

DGCL

A

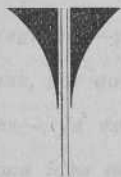
+ .534  
C. 1220817



# Las cien mejores poesías del siglo XIX

escogidas por

Narciso Alonso Cortés



Artes Gráficas Afrodísio Aguado  
Valladolid-Palencia

1934

Las cien mejores  
poetas del siglo XIX

recopilados por

Alfonso Cortés

---

---

ES PROPIEDAD

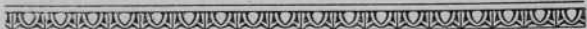
Queda hecho el depósito que  
marca la Ley.

---

---



R. 135353



Parece ya obligado en esta clase de antologías el título de *LAS CIEN MEJORES POESIAS*, que un editor extranjero imaginó; y aunque muchos que no alcanzan a ver la finura del título y de su intento, tienen inmediatamente en los labios dos trivialísimas preguntas—por qué han de ser ciento y no ciento una, por qué se ha de creer que esas son las mejores—, la verdad es que difícilmente se ocurrirá una idea más sutil, y a la vez más práctica, de la que encierra esa limitación de número y de cualidad. Para los que sepan entenderlo así no será preciso dar explicaciones acerca de si fueron más o menos de ciento las poesías buenas del siglo XIX, y si las ciento contenidas en este tomo son precisamente las mejores.

*Una cosa nos interesa solamente advertir. Hemos creído conveniente excluir de esta colección a los poetas que, habiendo comenzado a escribir en el siglo XIX, viven todavía; y esto explica que no figuren algunos verdaderamente insignes, que, por fortuna para las letras, siguen aún cultivándolas. Por caso inverso, tampoco hemos dado cabida a otros ya fallecidos, igualmente notables, que realizaron su total labor poética en el siglo XX, aunque nacieran a fines del anterior.*

*Siendo tantos los líricos del siglo XIX, necesariamente han tenido que quedar excluidos de esta colección muchos de notoriedad; pero ninguno cuya inclusión pareciera imprescindible. Hemos dado entrada, en cambio, a algunos injustamente olvidados.*



# ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
Alarcón (Pedro Antonio de)	
62. <i>Sueños de sueños</i> ... .. .	175
Alcover (Juan)	
85. <i>Sed</i> ... .. .	231
Arnao (Antonio)	
34. <i>Armonías</i> ... .. .	123
Arolas (Juan)	
22. <i>Los celos de la Sultana</i> ... .. .	83
23. <i>Fakma y Acmet</i> ... .. .	86
Aza (Vital)	
82. <i>¡Cómo cambian los tiempos!</i> ... .. .	223
83. <i>Tío y sobrino</i> ... .. .	226
Balart (Federico)	
80. <i>Primer lamento</i> ... .. .	219
Bartrina (Joaquín M.)	
75. <i>Fabulita</i> ... .. .	214
76. <i>La última cuerda</i> ... .. .	215

77.	<i>A quien yo sé</i> . . . . .	216
78.	<i>Arabescos</i> . . . . .	217
Bécquer (Gustavo Adolfo)		
43.	<i>Rimas</i> . . . . .	135
44.	" . . . . .	136
45.	" . . . . .	139
46.	" . . . . .	140
Bermúdez de Castro (Salvador)		
18.	<i>A los astros</i> . . . . .	63
Blasco (Eusebio)		
74.	* * * . . . . .	213
Bretón de los Herreros (Manuel)		
8.	<i>Ruede la bola</i> . . . . .	28
9.	<i>El baile</i> . . . . .	30
Bustillo (Eduardo)		
73.	<i>Cosas de Fulano</i> . . . . .	211
Cabanyes (Manuel de)		
26.	<i>La independencía de la Poesía</i> . . . . .	97
Campoamor (Ramón de)		
27.	<i>Cosas de la edad</i> . . . . .	99
28.	<i>La comedia del saber</i> . . . . .	102
29.	<i>Los dos miedos</i> . . . . .	111
Castro (Gonzalo de)		
66.	<i>Dos templos</i> . . . . .	192
Castro (Rosalía)		
50.	* * * . . . . .	143
51.	<i>Los tristes</i> . . . . .	143
52.	* * * . . . . .	147

Coronado (Carolina)	
30. <i>El amor de los amores</i> ... ..	112
31. <i>¡Oh, cuál te adoro!</i> ... ..	118
Costa y Llobera (Miguel)	
84. <i>Adiós a Italia</i> ... ..	229
Curros Enríquez (Manuel)	
79. <i>El árbol maldito</i> ... ..	217
Díaz (Nicomedes Pástor)	
17. <i>La mariposa negra</i> ... ..	59
Escalante (Amós de)	
70. <i>Caligo</i> ... ..	204
Espronceda (José de)	
14. <i>Canción del Pirata</i> ... ..	48
15. <i>El canto del Cosaco</i> ... ..	52
16. <i>A Jarifa, en una orgía</i> ... ..	55
Estremera (José)	
81. <i>¡Victoria!</i> ... ..	221
Fernández Shaw (Carlos)	
96. <i>Los quejidos del árbol</i> ... ..	260
97. <i>El agua del monte</i> ... ..	261
Ferrán (Augusto)	
47. * * * ... ..	141
48. * * * ... ..	141
49. * * * ... ..	142
Ferrari (Emilio)	
67. <i>¡Semper!</i> ... ..	196
68. <i>Obsesión</i> ... ..	197

Gabriel y Galán (José María)	
98. <i>Del viejo el consejo</i> ... ..	264
99. <i>Las sementeras</i> ... ..	266
Gallego (Juan Nicasio)	
3. <i>El Dos de Mayo</i> ... ..	16
García Gutiérrez (Antonio)	
11. <i>Recuerdos</i> ... ..	38
12. <i>Amor sin celos</i> ... ..	42
García Tassara (Gabriel)	
24. <i>A Quintana</i> ... ..	90
25. <i>El insomnio</i> ... ..	97
Gil (Ricardo)	
89. <i>Aguafuerte</i> ... ..	241
90. <i>El convidado de piedra</i> ... ..	245
91. <i>El secreto</i> ... ..	248
Gil y Carrasco (Enrique)	
10. <i>La violeta</i> ... ..	35
González de Tejada (José)	
72. <i>Noticias del Parnaso</i> ... ..	207
Hartzenbusch (Juan Eugenio)	
13. <i>El Alcalde Ronquillo</i> ... ..	43
Lista (Alberto)	
2. <i>Al sueño</i> ... ..	13
López de Ayala (Adelardo)	
37. <i>Sin palabras</i> ... ..	129
38. <i>A un pie</i> ... ..	129
López García (Bernardo)	
63. <i>La Fe</i> ... ..	180

Llorente (Teodoro)	
58. <i>Nuevo Endimión</i> ... ..	167
59. <i>La melancolía</i> ... ..	168
Martínez Güertero (Luis)	
64. <i>La mujer adúltera</i> ... ..	181
Martínez Monroy (José)	
60. <i>Cruzando el Mediterráneo</i> ... ..	169
61. <i>La predicción</i> ... ..	172
Martínez de la Rosa (Francisco)	
4. <i>Himno epitalámico</i> ... ..	22
Maury (Juan María)	
6. <i>La ramilletera ciega</i> ... ..	26
Mora (José Joaquín de)	
7. <i>El pescador</i> ... ..	27
Núñez de Arce (Gaspar)	
53. <i>Estrofas</i> ... ..	149
54. <i>Velut umbra</i> ... ..	157
55. <i>Soneto</i> ... ..	159
Palacio (Manuel del)	
39. <i>Fœderis arca</i> ... ..	130
40. <i>¡Calla!</i> ... ..	132
41. <i>Al cumplir sesenta años</i> ... ..	132
Querol (Vicente W.)	
56. <i>Carta a María</i> ... ..	159
57. <i>Visión</i> ... ..	164
Quintana (Manuel José)	
1. <i>El panteón del Escorial</i> ... ..	1

Reina (Manuel)	
86. <i>La lira de Virgilio</i> ... ..	234
87. <i>Canción árabe</i> ... ..	236
88. <i>La muerte de Juan Borgia</i> ... ..	237
Rivas (Duque de)	
5. <i>Lucía</i> ... ..	23
Rueda (Salvador)	
92. <i>El puente colgante</i> ... ..	251
93. <i>El deshielo</i> ... ..	254
94. <i>Los pavos reales</i> ... ..	256
95. <i>La carrera de árboles</i> ... ..	257
Ruíz Aguilera (Ventura)	
32. <i>El árbol de la Libertad</i> ... ..	119
33. <i>El hogar paterno</i> ... ..	121
Sandoval (Manuel de)	
100. <i>A Mistral</i> ... ..	271
Sanz (Eulogio Florentino)	
42. <i>La fiel castellana</i> ... ..	133
Silió (Evaristo)	
71. <i>Una tarde</i> ... ..	205
Trueba (Antonio de)	
35. <i>A la orilla del arroyo</i> ... ..	124
Vega (Ricardo de la)	
65. <i>La defensa del sainete</i> ... ..	189
Velarde (José)	
69. <i>Tempestades</i> ... ..	200

Zea (Francisco)

36. *Al embestir* ... .. 127

Zorrilla (José)

19. *Oriental* ... .. 67

20. *La torre de Fuensaldaña* ... .. 70

21. *Gloria y orgullo* ... .. 79







EL SEÑOR DON JOSÉ QUINLAN  
Y SU FAMILIA

LAS CIEN MEJORES POESÍAS  
DEL SIGLO XIX



# MANUEL JOSÉ QUINTANA

(1772 Madrid.-1857)

## EL PANTEON DEL ESCORIAL

1

En los amargos días  
que serán luto eterno en la memoria,  
y a los siglos remotos indignada  
con hiel y llanto pintará la historia;  
cuando después de reluchar en vano  
con la dura opresión en que gemía,  
la tierra, sin aliento, al yugo indigno  
el cuello pusilánime tendía;  
al tiempo que el destino  
las espantosas puertas desquiciando  
del imperio del mal, sus plagas todas  
sobre España lanzaba,  
y ella míseramente agonizaba;  
yo entonces afligido,  
“pide, dije a mi espíritu, sus alas  
a la paloma tímida, inocente;  
tómalas, vuela, y huye a los desiertos,  
y vive allí de la injusticia ausente.”

Al punto presurosas  
mis plantas se alejaron  
a las sierras nevadas y fragosas,  
lindes eternos de las dos Castillas.  
Ya sus cimas hermosas  
mi pensamiento alzaban  
del fango en que tú ¡oh corte! nos humillas,  
cuando mis ojos la mansión descubren  
que en destinos contrarios  
es palacio magnífico a los reyes  
y albergue penitente a solitarios.  
En vano el genio imitador su gloria  
quiso allí desplegar, negando el pecho  
a la orgullosa admiración que inspira.  
“¡Artes brillantes, exclamé con ira,  
será que siempre esclavas  
os vendáis al poder y a la mentira!  
¿Qué vale ¡oh Escorial! que al mundo asombres  
con la pompa y beldad que en ti se encierra,  
si al fin eres padrón sobre la tierra  
de la infamia del arte y de los hombres?”

¡Mas no es tumba también... Y en esta idea  
embebecido el pensamiento mío,  
quise al recinto penetrar, en donde  
bajo eterno silencio y mármol frío  
la muerte a nuestros príncipes esconde.  
¡Salud, célebres urnas! En el oro,  
en las pomposas letras que os coronan,  
decidme, ¿qué anunciáis? ¿Tal vez memorias,  
memorias, ¡ay!, en que la mente opresa  
con el dolor presente

pueda aliviarse al contemplar las glorias  
que un tiempo ornaban la española gente?  
¡Sepulcros, responded!... Y de repente  
vuélvense de la bóveda las puertas  
sobre el sonante quicio estremecido:  
la antorcha muere que mis plantas guía,  
y embargado el sentido,  
mil terribles imágenes se ofrecen  
a mi atemorizada fantasía.

Tú, que ciñendo de laurel la frente,  
con austero semblante  
y en perdurable verso  
presentas la verdad al universo,  
sin que el halago pérfido te vicie  
ni el ceño de los déspotas te espante:  
¡oh Musa del saber! Mi voz te implora;  
ven, desata mi labio, en digno acento  
dame que pueda revelar ahora  
lo que vi, lo que oí, cuanto escondido,  
sin que los hombres a entenderlo aspiren,  
yace allí entre las sombras y el olvido.

Un alarido agudo, lastimero,  
el silencio rompió que hondo reinaba,  
mientras las urnas lánguida alumbraba  
pálida luz de fósforo ligero.  
Levanto al grito la aterrada frente,  
y en medio de la estancia pavorosa  
un joven se presenta augusto y bello.  
En su lívido cuello  
del nudo atroz que le arrancó la vida

aun mostraba la huella sanguinosa;  
y una dama a par de él también se vía,  
que, a fuer de astro benigno, entre esplendores  
con su hermosura celestial sería  
del mundo todo adoración y amores.  
¿Quién sois? iba a decir, cuando a otra parte  
alzarse vi una sombra, cuyo aspecto  
de odio a un tiempo y horror me estremecía.  
El insaciable y velador cuidado,  
la sospecha alevosa, el negro encono,  
de aquella frente pálida y odiosa  
hicieron siempre abominable trono.  
La aleve hipocresía,  
en sed de sangre y de dominio ardiendo,  
en sus ojos de víbora lucía;  
el rostro enjuto y miseras facciones  
de su carácter vil eran señales,  
y blanca y pobre barba las cubría  
cual yerba ponzoñosa entre arenales.

Los dos al verle con dolor gimieron;  
paráronse, y el joven indignado,  
“¿Qué te hicimos?, ¡oh bárbaro! exclamaba;  
¿conoces a tus víctimas?” “Respeto,  
dijo el espectro, a quien el ser debiste;  
por el bien del Estado al fin moriste.  
Resígnate.”

#### *El Príncipe Carlos*

“¡Oh hipócrita! La sombra  
de la muerte te oculta, ¿y aún pretendes

fascinar, engañar? Cuando asolados por tu superstición reinos enteros yo los osé compadecer, tú entonces criminal me juzgaste, y al sepulcro me hiciste descender. Mas si en el pecho de un hijo del fanático Felipe no pudo sin delito haber clemencia, ¿cuál fué, responde, la secreta culpa de esta infeliz para morir conmigo? Ni su sangre real, ni el ser tu esposa, ni su noble candor, ni su hermosura, de ti pudieron guarecerla.”—

Un hondo gemido entonces penetró los aires, que al desplegar sus labios dió la triste

*Isabel de Valois o de la Paz*

“¡Ay, prorrumpió, de la que nace hermosa!  
¿Qué la valdrá que en su virtud confíe,  
si la envidia en su daño no reposa  
y la calumnia hiriéndola se ríe?  
Yo di al mundo la paz, Paz me nombraron,  
Quise al cruel que se llamó mi esposo  
un horror impedir, y este es mi crimen.  
Pedí por ti con lágrimas; mis ruegos,  
cual si de un torpe amor fuesen nacidos,  
irritaron su mente ponzoñosa.  
La vil sospecha aceleró el castigo,  
y sin salvarte, perecí contigo:  
¡Ay, infeliz de la que nace hermosa!

Dijo; y vertiendo lastimoso llanto

en los hombros del joven reclinada,  
sus ojos melancólicos y bellos  
fijaba en él, y la amistad más viva,  
la más noble piedad, reinaba en ellos.  
Entre sus manos frías  
se miraba la copa envenenada  
que terminó sus días,  
y el Príncipe en las suyas agitando  
un sangriento dogal, con faz terrible  
a su bárbaro padre atormentaba.  
El tirano temblaba; en sordos ecos  
desesperados ayes  
su boca despedía,  
y de sus miembros trémulos  
en convulsiones hórridas  
brotaba a su despecho la agonía.  
Sí: nacer para el mal, romperse el velo  
de la ilusión que arrebató hacia el crimen,  
presentes ver las víctimas que gimen,  
ser odio, execración del universo,  
mirar que niega la implacable suerte  
todo retorno al bien; ¡ay, al perverso  
este infierno tal vez en vida alcanza,  
si aún le sigue a los reinos de la muerte!  
¡Qué terrible, oh virtud, es tu venganza!

Sobrepujando, en fin, por un momento  
la agitación, y vuelto hacia su hijo:

*Felipe II*

“Cesa, cruel, de atormentarme, dijo;  
tu muerte injusta fué; pero el Estado



con ella respiró. Si tú vivieras,  
rota la paz, turbada la armonía.  
de un imperio hasta allí quieto y sereno,  
tú profanaras su inocente seno  
con la atroz sedición, con la herejía.”

*El Príncipe Carlos*

“Mandar, sólo mandar, que se estremezca  
la tierra a vuestro arbitrio, este es el orden,  
esta la ley con que regís al mundo  
tú y tus iguales, y al ahogar la vida  
de las naciones miserables que os sirven,  
dais el nombre de paz al desaliento  
de la devastación. ¡Oh de Felipe  
hijos, nietos imbéciles, decidle  
qué resta ya de la nación que un tiempo  
al mundo dominó como señora.  
Alzaos del polvo, y respondedle ahora.”

A los tremendos ecos  
de la imperiosa voz, que resonando  
fué como trueno bronco por los huecos  
de aquellas tumbas, de repente abiertos  
sus mármoles, tres sombras abortaron,  
que en vez de amor u horror, desprecio sólo,  
impiedad injuriosa me inspiraron.  
Alzaba al cielo sin cesar los ojos  
con apariencia mística el primero,  
dejando el cetro en tanto por despojos  
a un mercenario vil, cuya avaricia  
mientras más atesora, más codicia.

En juegos, danzas, farsas distraído,  
y al crótalo procaz dando el oído,  
el segundo se entrega a los placeres  
y el reino y el deber pone en olvido.  
Trémulo el otro respiraba apenas.  
¡Oh Dios! ¿Y esto era rey a tanto imperio?  
Nulo igualmente a la virtud que al vicio,  
indigno de alabanza o vituperio,  
la estrella ingrata que su sér gobierna  
le destinó en el mundo  
a impotencia oprobiosa, a infancia eterna.

Viólos Felipe, y en aquel momento  
lució en su faz la majestad pasada;  
viólos, y dijo:

### *Felipe II*

“¿Quiénes sois? ¿Qué hicisteis  
del inmenso poder que se extendía  
con pasmo universal de polo a polo?  
Tal os le di muriendo. Al nombre hispano,  
a su esplendor y bélica fortuna  
tembló el francés, se estremeció el britano  
y le oyó con terror la media luna.”

### *Felipe III*

“Yo nací para orar: un solo día  
quise mostrarme rey, y de sus lares  
a las arenas líbicas lanzados  
un millón de mis súbditos se vieron.  
Los campos todos huérfanos gimieron,

llora la industria su viudez; ¿qué importa?  
Su voz no llegó a mí.”

*Felipe IV*

“Ya el trono de oro,  
que a tanto afán alzaron mis abuelos,  
debajo de mis pies se derrocaba;  
mientras que, embebecido entre festines,  
yo, olvidando mi oprobio, respiraba  
el aura del deleite en los jardines.”

*Carlos II*

“Yo inútil...”

*Felipe II*

“Basta ya: ¿quién hay que al verte  
pueda ignorar la deplorable suerte  
de este imperio, en tus manos moribundo?”

*El Príncipe Carlos*

“Aún no basta; responde: ¿a quién el mundo  
te vió dejar el vacilante trono?  
¿A quién diste el poder de Austria?”

*Carlos II*

“A la Francia.”

*Felipe II*

“¡A la Francia! A esa gente abominable,  
eterno horror de la familia mía!”

¿Lo oyes, oh padre? Las legiones fieras  
que en san Quintín triunfaron y en Pavía,  
bajo el yugo se ven de los vencidos.  
¿Cómo España es tan vil que lo consiente?  
No hay duda: un astro pérfido, inclemente,  
se ha complacido en eclipsar mi nombre,  
y el mundo en vano me llamó *el Prudente.*”

Así en estos inútiles clamores  
su confusión frenético, exhalaba,  
cuando las losas del sepulcro hendiendo,  
se vió un espectro augusto y venerable,  
que a los demás en majestad vencía.  
El águila imperial sobre él tendía  
para dosel sus alas esplendentes,  
y en arrogante ostentación de gloria  
entre sus garras fieras y valientes  
el rayo de la guerra arder se vía  
y el lauro tremolar de la victoria.  
Un monte de armas rotas y banderas  
de bélicos blasones  
ante sus pies indómitos yacía:  
despojos que a su esfuerzo las naciones  
vencidas, derrotadas, le rindieron.  
Las sombras a su aspecto enmudecieron;  
y él, con fiero ademán vuelto al tirano,  
dijo:

*Carlos V*

“¿Por qué culpar a las estrellas  
de esa mengua cruel? ¿Por qué te olvidas

de tu ambición fanática y sedienta,  
que de prudencia el nombre sacrosanto  
a usurpar se atrevió? Yo los desastres  
de España comencé y el triste llanto  
cuando, expirando en Villalar Padilla,  
morir vió en él su libertad Castilla.

Tú los seguiste, y con su fiel Lanuza  
cayó Aragón gimiendo. Así arrollados  
los nobles fueron, las sagradas leyes  
que eran del pueblo fuerza y energía.

¿Quién, insensato, imaginar podría  
que en sí abrigando corazón de esclavo,  
señor gran tiempo el español sería?

¿Qué importaba después con la victoria  
dorar la esclavitud? Esos trofeos  
comprados fueron ya con sangre y luto  
de la despedazada monarquía.

Mírala entre ellos maldecirme a gritos.”

Y era así; que agobiada con el peso  
de tanto triunfo, allí se querellaba  
doliente y bella una mujer, y en sangre  
toda la pompa militar manchaba.  
El prosiguió:

### Carlos V

“¿Las oyes? Esas voces  
de maldición y escándalo sonando  
de siglo en siglo irán, de gente en gente.  
Yo el trono abandoné, te cedí el mando,  
te vi reinar... ¡Oh errores! ¡Oh imprudente

temeridad! ¡Oh míseros humanos!  
Si vosotros no hacéis vuestra ventura,  
¿la lograréis jamás de los tiranos?"

Llegaba aquí, cuando de la alta sierra  
bramador huracán fué sacudido,  
de tempestad horrisona asistido,  
para espantar y combatir la tierra.  
Derramóse furioso por los senos  
del edificio; el panteón temblaba;  
la esfera toda se asordaba a truenos;  
a su atroz estampido  
de par en par abiertas  
fueron de la honda bóveda las puertas:  
entraron los relámpagos, su lumbré  
las sombras dispó, y enmudecido  
y envuelto ya en pavor, cobro el sentido,  
cual si con tanta majestad quisiera  
sclennizar el cielo  
la terrible lección que antes me diera.

ALBERTO LISTA

(1775 Sevilla.-1848)

2

AL SUEÑO

EL HIMNO DEL DESGRACIADO

*El grande y el pequeño  
iguales son lo que les dura el sueño.*

Desciende a mí, consolador Morfeo,  
único dios que imploro,  
antes que muera el esplendor febeo  
sobre las playas del adusto moro.

Y en tu regazo el importuno día  
me encuentre aletargado,  
cuando triunfante de la niebla umbría  
asciende al trono del cenit dorado.

Pierda en la noche y pierda en la mañana  
tu calma silenciosa  
aquel feliz, que en lecho de oro y grana,  
estrecha al seno la adorada esposa.

Y el que halagado con los dulces sonos  
de Pluto y de Citeres,  
las que a la tarde fueron ilusiones,  
a la aurora verá ciertos placeres.

No halle jamás la matutina estrella  
en tus brazos rendido  
al que bebió en los labios de su bella  
el suspiro de amor correspondido.

¡Ah! déjalos que gocen. Tu presencia  
no turbe su contento;

que es perpetua delicia su existencia,  
y un siglo de placer cada momento.

Para ellos nace el orbe colorando  
la sonrosada aurora,  
y el ave sus amores va cantando,  
y la copia de Abril derrama Flora.

Para ellos tiende su brillante velo  
la noche sosegada,  
y de trémula luz esmalta el cielo,  
y da al amor la sombra deseada.

Si el tiempo del placer para el dichoso  
huye en veloz carrera,  
une con breve y rápido reposo  
las dichas que ha gozado a las que espera.

Mas ¡ay! a un alma de dolor guarida  
Y descende ya propicio;  
cuanto me quites de la odiosa vida,  
me quitarás de mi inmortal suplicio.

¿De qué me sirve el súbito alborozo  
que a la aurora resuena,  
si al despertar el mundo para el gozo,  
sólo despierto yo para la pena?

¿De qué el ave canora, o la verdura  
del prado que florece,  
si mis ojos no miran su hermosura,  
y el universo para mí enmudece?

El ámbar de la vega, el blando ruido  
con que el raudal se lanza,  
¿qué son ¡ay! para el triste que ha perdido,  
último bien del hombre, la esperanza?

Girará en vano, cuando el sol se ausente,  
la esfera luminosa;



en vano, de almas tiernas confidente.  
los campos bañará la luna hermosa.

Esa blanda tristeza que derrama  
a un pecho enamorado,  
si su tranquila amortiguada llama  
resbala por las faldas del collado,

No es para un corazón de quien ha huído  
la ilusión lisonjera,  
cuando pidió, del desengaño herido,  
su triste antorcha a la razón severa.

Corta el hilo a mi acerba desventura,  
oh, tú, sueño piadoso,  
que aquellas horas que tu imperio dura,  
se iguala el infeliz con el dichoso.

Ignorada de sí yazca mi mente,  
y muerto mi sentido;  
empapa el ramo, para herir mi frente,  
en las tranquilas aguas del olvido.

De la tumba me iguale tu beleño  
a la ceniza yerta,  
sólo ¡ay de mí! que del eterno sueño,  
más felice que yo, nunca despierta.

Ni aviven mi existencia interrumpida  
fantasmas voladores,  
ni los sucesos de mi amarga vida  
con tus pinceles lánguidos colores.

No me acuerdes cruel de mi tormento  
la triste imagen fiera;  
bástale su malicia al pensamiento,  
sin darle tú el puñal para que hiera.

Ni me halagues con pérfidos placeres,  
que volarán contigo;

y el dolor de perderlos cuando huyeres,  
de atreverme a gozar será el castigo.

Deslízate callado, y encadena  
mi ardiente fantasía,  
que asaz libre será para la pena,  
cuando me entregues a la luz del día.

Ven, termina la mísera querrela  
de un pecho acongojado.

¡Imagen de la muerte! después de ella,  
eres el bien mayor del desgraciado.

## JUAN NICASIO GALLEGO

(1777 Zamora.-1853)

3

### EL DOS DE MAYO

*Animus meminisse horret, luctuque refugit.*

VIRG. *Æn.*

Noche, lóbrega noche, eterno asilo  
del miserable que, esquivando el sueño,  
en tu silencio pavoroso gime,  
no desdeñes mi voz; letal befeño  
presta a mis sienes, y en tu horror sublime  
empapada la ardiente fantasía,  
da a mi pincel fatídicos colores  
con que el tremendo día  
trace al fulgor de vengadora tea,  
y el odio irrite de la patria mía,  
y escándalo y terror al orbe sea.

¡Día de execración! La destructora  
mano del tiempo le arrojó al averno;  
mas ¿quién el sempiterno  
clamor con que los ecos importuna  
la madre España en enlutado arreo  
podrá atajar? Junto al sepulcro frío,  
al pálido lucir de opaca luna,  
entre cipreses fúnebres la veo!  
Trémula, yerta y desceñido el manto,  
los ojos moribundos  
al cielo vuelve, que le oculta el llanto;  
roto y sin brillo el cetro de dos mundos  
yace entre el polvo, y el león guerrero  
lanza a sus pies rugido lastimero.

¡Ay, que cual débil planta  
que agosta en su furor hórrido viento,  
de víctimas sin cuento  
lloró la destrucción Mantua afligida!  
Yo vi, yo vi su juventud florida  
correr inerte al huésped ominoso.  
Mas ¿qué su generoso  
esfuerzo pudo? El pérfido caudillo,  
en quien su honor y su defensa fía,  
la condenó al cuchillo.  
¿Quién ¡ay! la alevosía,  
la horrible asolación habrá que cuente  
que, hollando de amistad los santos fueros,  
hizo furioso en la indefensa gente  
ese tropel de tigres carniceros?

Por las henchidas calles  
gritando se despeña  
la infame turba que abrigó en su seno.

Rueda allá rechinando la cureña,  
acá retumba el espantoso trueno;  
allí el joven lozano,  
el mendigo infeliz, el venerable  
sacerdote pacífico, el anciano  
que con su arada faz respeto imprime,  
juntos amarra su dogal tirano.  
En balde, en balde gime,  
de los duros satélites en torno,  
la triste madre, la afligida esposa  
con doliente clamor; la pavorosa  
fatal descarga suena,  
que a luto y llanto eterno la condena.

¡Cuánta escena de muerte! ¡Cuánto estrago!  
¡Cuántos ayes doquier! Despavorido  
mirad ese infelice  
quejarse al adalid empedernido  
de otra cuadrilla atroz. “¡Ah! ¿Qué te hice?  
exclama el triste en lágrimas deshecho:  
“Mi pan y mi mansión partí contigo,  
te abrí mis brazos, te cedí mi lecho,  
templé tu sed, y me llamé tu amigo;  
¿y hora pagar podrás nuestro hospedaje  
sincero, franco, sin doblez ni engaño,  
con dura muerte y con indigno ultraje?”  
¡Perdido suplicar! ¡Inútil ruego!  
El monstruo infame a sus ministros mira,  
y con tremenda voz gritando: ¡fuego!  
tinto en su sangre el desgraciado expira.

Y en tanto ¿dó se esconden,  
¿dó están ¡oh cara patria! tus soldados,  
que a tu clamor de muerte no responden?

Presos, encarcelados,  
por jefes sin honor, que, haciendo alarde  
de su perfidia y dolo,  
a merced de los vándalos te dejan,  
como entre hierros el león, forcejan  
con inútil afán. Vosotros sólo,  
fuerte DAOIZ, intrépido VELARDE,  
que osando resistir al gran torrente,  
dar supisteis en flor la dulce vida  
con firme pecho y con serena frente.

Si de mi libre musa  
jamás el eco adormeció a tiranos,  
ni vil lisonja emponzoñó su aliento,  
allá del alto asiento  
a que la acción magnánima os eleva,  
el himno oíd que a vuestro nombre entona,  
mientras la fama alígera le lleva  
del mar de hielo a la abrasada zona.

Mas ¡ay! que en tanto sus funestas alas,  
por la opresa metrópoli tendiendo,  
la yerma asolación sus plazas cubre,  
y al áspero silbar de ardientes balas,  
y al ronco son de los preñados bronce,  
nuevo fragor y estrépito sucede.

¿Oís cómo rompiendo  
de moradores tímidos las puertas  
caen estallando de los fuertes gonces?

¡Con qué espantoso estruendo  
los dueños buscan, que medrosos huyen!  
Cuanto encuentran destruyen,  
bramando, los atroces foragidos,  
que el robo infame y la matanza ciegan.

¿No veis cuál se despliegan,  
penetrando en los hondos aposentos,  
de sangre y oro y lágrimas sedientos?

Rompen, talan, destrozan  
cuanto se ofrece a su sangrienta espada.  
Aquí, matando al dueño, se alborozan,  
hieren allí su esposa acongojada;  
la familia asolada  
yace expirando, y con feroz sonrisa  
sorben voraces el fatal tesoro.

Suelta, a otro lado, la madeja de oro,  
mustio el dulce carmín de su mejilla,  
y en su frente marchita la azucena,  
con voz turbada y anhelante lloro,  
de su verdugo ante los pies se humilla  
tímida virgen de amargura llena;  
mas con furor de hiena,  
alzando el corvo alfanje damasquino,  
hiende su cuello el bárbaro asesino.

¡Horrible atrocidad!... Treguas ¡oh musa,  
que ya la voz rehusa  
embargada en suspiros mi garganta!  
Y en ignominia tanta  
¿será que rinda el español bizarro  
la indómita cerviz a la cadena?  
No, que ya en torno suena  
de Palas fiera el sanguinoso carro,  
y el látigo estallante  
los caballos flamígeros hostiga.  
Ya el duro peto y el arnés brillante  
visten los fuertes hijos de Pelayo.  
Fuego arrojó su ruginoso acero:

¡Venganza y guerra! resonó en la tumba.  
¡Venganza y guerra! repitió Moncayo;  
y al grito heroico que en los aires zumba,  
¡venganza y guerra! claman Turia y Duero.

Guadalquivir guerrero  
alza al bélico son la regia frente,  
y del Patrón valiente  
blandiendo altivo la nudosa lanza,  
corre gritando al mar: ¡Guerra y venganza!

¡Oh sombras infelices  
de los que aleve y bárbara cuchilla  
robó a los dulces lares!  
¡Sombras inultas que en fugaz gemido  
cruzáis los anchos campos de Castilla!  
La heroica España, en tanto que al bandido  
que a fuego y sangre, de insolencia ciego,  
brindó felicidad, a sangre y fuego  
le retribuye el don, sabrá piadosa  
daros solemne y noble monumento.

Allí en padrón cruento  
de oprobio y mengua, que perpetuo dure,  
la vil traición del déspota se lea,  
y altar eterno sea,  
donde todo español al monstruo jure  
rencor de muerte que en sus venas cunda  
y a cien generaciones se difunda.

# FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA

(1787 Granada-1862)

4

## HIMNO EPITALÁMICO

Placer de los cielos, delicia del mundo,  
¡oh, Numen fecundo, propicio a mi voz!  
De tiernos amantes corona el deseo,  
desciende, Himeneo, descende veloz.

Al mar y a la tierra y al aire sereno  
tú colmas el seno de germen feraz;  
y al orbe enlazando con dulces cadenas,  
sus ámbitos llenas de vida y de paz.

Tú al nido aprisionas con grillos suaves  
las tímidas aves en plácida unión;  
y al yugo amoroso tú inclinas la frente  
del tigre inclemente, del fiero león.

Si gime viuda la tórtola bella,  
con blanda querella te pide otro amor;  
sin fruto dorado la palma viuda  
te expresa, aunque muda, su triste dolor.

Sin ti los mortales, cual fieras atroces,  
ni oyeran las voces de patria y hogar:  
sus muros te deben las altas ciudades;  
las mismas Deidades te deben su altar.

Mas ya gratas pulsan las cítaras de oro,  
y aclaman en coro tu gloria inmortal;  
ya al son armonioso las alas extiendes  
y en triunfo descienes al lecho nupcial.

Con falsa modestia la diosa de Delos  
se oculta en los cielos tras nube fugaz;



en tanto que Venus más plácida y bella,  
refleja en su estrella su cándida faz.

Sin dejo amargoso purísima muestra  
la copa en su diestra de dulce licor;  
y uniendo a sus rosas la blanca azucena,  
su frente serena descubre el Amor.

Mas siempre festivo tu antorcha divina,  
que el lecho ilumina con claro esplendor,  
apaga, y fingiendo temor y recelo,  
se esconde en el velo del sacro pudor.

Los dioses sonrén, la esposa suspira;  
ternura respira su blando desdén;  
y al tímido esposo las Gracias y Amores  
con cándidas flores coronan la sien.

## DUQUE DE RIVAS

(1791 Córdoba.-1865)

5

### LUCÍA

¡Ay!... nació bella cual la flor temprana  
que en el jardín despunta con la aurora,  
cuando el celaje volador colora  
de oro encendido y de brillante grana  
la luz primera del risueño día.

¡Pobre Lucía!

Y creció como crece de azucena  
tallo gentil, hasta elevar la frente,

que adula y besa el apacible ambiente  
de candidez y granos de oro llena,  
cáliz de aroma y líquida ambrosía.

¡Pobre Lucía!

Y dióle el cielo un alma más hermosa  
que su linda hermosísima presencia,  
y un puro corazón, de la inocencia  
centro y de la virtud más candorosa;  
pero ¡ay! tierno y sensible en demasía.

¡Pobre Lucía!

Y de la primavera en los verjeles  
entró ignorando, simple, que en sus flores  
tal vez se ocultan áspides traidores,  
y que al pie de rosales y claveles  
la tierra acaso sus venenos cría.

¡Pobre Lucía!

Y escuchó incauta un labio mentiroso,  
y a una mirada fascinante, aleve,  
su pecho palpité de pura nieve;  
y fuego blando y dulce y delicioso  
sintió que por sus venas discurría.

¡Pobre Lucía!

Y soñó, desdichada, una ventura  
eterna, y de engañosas ilusiones  
se perdió en las fantásticas regiones,  
y del suave deleite el aura impura  
aroma celestial le parecía.

¡Pobre Lucía!

Y pronto, como tórnase en el viento  
el brillador celaje de la tarde,  
que con matices refulgentes arde,  
en oscuro borrón del firmamento,  
tornóse negra angustia su alegría.

¡Pobre Lucía!

Y en abrojos estériles las flores,  
y los dulces placeres en martirios,  
realidades horrendas los delirios,  
traición y engaños viles los amores,  
y en noche horrenda el fugitivo día.

¡Pobre Lucía!

Y marchito el carmín de su semblante,  
y escarnecida del maligno mundo,  
y despeñada en su dolor profundo,  
y abandonada del inicuo amante,  
la muerte al cielo con afán pedía.

¡Pobre Lucía!

Y pronto la logró, porque no pudo  
en su angustioso envenenado pecho  
un corazón vivir roto y deshecho  
del desengaño por el hierro agudo;  
y polvo es ya bajo esta losa fría.

¡Pobre Lucía!

JUAN MARIA MAURY

(1772 Málaga.-1845)

6

LA RAMILLETERA CIEGA

Caballeros, aquí vendo rosas;  
frescas son y fragantes a fe;  
oigo mucho alabarlas de hermosas.  
Eso yo, pobre ciega, no sé.

Para mí ni belleza ni gala  
tiene el mundo, ni luz ni color,  
mas la rosa del cáliz exhala  
dulce un hálito, aroma de amor.

Cierra, cierra tu cerco oloroso,  
tierna flor, y te duele de mí:  
no en quitarme tasado reposo  
seas cándida cómplice así.

Me revelas el bien de quien ama;  
otra dicha negada a mi sér:  
debe el pecho apagar una llama  
que no puede en los ojos arder.

Tú, que dicen la flor de las flores,  
sin igual en fragancia y matíz,  
tú la vida has vivido de amores  
del Favonio halagada feliz.

Caballeros, compradle a la ciega  
esa flor que podéis admirar:  
la infeliz con su llanto la riega;  
ojos hay para sólo llorar.

## JOSÉ JOAQUIN DE MORA

(1783 Cádiz.-1854)

7

### EL PESCADOR

Pues tu beldad me enajena  
y tu desdén me amancilla,  
mientras me dure esta pena  
secas estén en la arena  
mis redes y mi barquilla.

Si quier anublen los cielos  
soplos amenazadores,  
para tristes amadores  
harta borrasca son celos,  
harto huracán son rigores

Las escamosas sirenas  
no me halagarán impías  
con voces de encanto llenas.  
Para matar ¿no son buenas  
tus gracias y tus falsías?

Cuando a los vientos libraba  
osado y veloz mi leño,  
una dicha me animaba,  
y es que en tierra me aguardaba  
la sonrisa de mi dueño.

Mas ora que a mis pesares  
toda esperanza se cierra,

¿qué logro con mis azares,  
si hallo peligro en los mares  
y seguro daño en tierra?

¿Qué logrará mi osadía  
cuando al mar de nuevo vaya,  
sino que, con burla impía,  
de mis peligros se ría  
quien seguro está en la playa?

En tanto, pues, que serena  
tu indiferencia me humilla,  
mientras me dure esta pena  
secas estén en la arena  
mis redes y mi barquilla.

## MANUEL BRETON DE LOS HERREROS

(1796 Quel-1873)

8

### RUEDE LA BOLA

Amarilla sale Inés  
de su lecho hospitalario,  
y, gracias al herbolario,  
cuando viene don Andrés  
ya está como una amapola.

*Ruede la bola.*

Responde con ceño adusto  
aquel barón displicente

al clamor del indigente;  
pero se pasma de gusto  
cuando oye tocar la viola.

*Ruede la bola.*

Ayer me amó Clori bella,  
y hoy me mira con desprecio.  
Y, qué! ¿seré yo tan necio  
que en la garganta por ella  
me dispare una pistola?

*Ruede la bola.*

La que hoy vende alcaravea  
fué ayer señora eminente;  
y, gracias a un intendente,  
hoy tiene coche y librea  
la que ayer era manola.

*Ruede la bola.*

Mientras abunde la feria  
en dijés ultramontanos,  
no os apuréis, castellanos.  
No importa que en la miseria  
gima la industria española.

*Ruede la bola.*

Amor es cebo engañoso,  
es guerra, es potro, es veneno...;  
pero algo tendrá de bueno  
cuando el hombre su reposo  
y su dinero le inmola.

*Ruede la bola.*

¿Estudiar? No; que me aburro,  
dijo Fabio. A buena cuenta  
un millón tengo de renta.  
¿Qué importa que para burro  
sólo me falte la cola?

*Ruede la bola.*

Es limpia Isabela?—No.—  
Ama a su esposo?—Bobada!—  
Cuida de sus hijos?—Nada!  
Pero ¡qué bien baila! Oh!  
Para eso se pinta sola.

*Ruede la bola.*

Cuál gimes, pobre virtud!  
Vicio, cuál es tu insolencia!—  
Mas ¿qué se ha de hacer? Paciencia.  
Mientras yo tenga salud  
y llene bien la bartola,

*Ruede la bola.*

## EL BAILE

9

Diz que inventaron la danza  
la alegría y el amor,  
y que tal vez la inocencia  
tuvo parte en la invención,  
cuando eran los hombres tales  
como el cielo los crió,



y nadie osaba enmendar  
la plana al sumo Hacedor;  
mas la sociedad moderna  
de otra forma lo ordenó  
creando del *baile serio*  
la singular locución.

Es cierto que de la danza  
arte bello se formó,  
que un *Vestris* y un *Taglioni*  
hicieron encantador;

y aunque no faltan filósofos  
que miren con irrisión  
un arte en que al hombre igualan  
el perro, el oso, el jocó;

y no pueden tolerar  
que se llame *profesor*  
quien tiene el alma en las corvas  
y el ingenio en el talón,

ya a los públicos teatros  
el arte se refugió  
y a la ambulante maroma  
de algún italiano histrión.

Y el baile de sociedad  
¿merece este nombre? No,  
bien que lo llamen así  
los tontos de profesión.

Lo que fué danza animada  
insulsa parodia es hoy,  
o ridícula fatiga  
sin placer ni diversión.

¿Qué es ver ochenta figuras  
frente a frente y dos a dos,

como autómatas moverse  
sin espíritu y sin voz?

¿Qué inspiran a los sentidos,  
qué anuncian al corazón,  
cojeando la *mazurca*,  
galopando la *galop*?

¿Qué sustancia, don Remigio,  
saca usted de un rigodón  
arrastrando el pie dengoso  
ora delante, ora en pos?

Miradlos! Ellos y ellas,  
más serios que un facistol,  
danzan como si danzaran  
así..., de orden superior.

Apenas el aire agita  
la leve falda de *gro*,  
o de un zanquilargo fraque  
el escurrido faldón.

Si Laura te da una mano,  
lo hace... por amor de Dios,  
y con guante, y de los cinco  
tres dedos sisa el *pudor*.

Si ella te abraza, es mentira;  
vas tú a abrazarla y ¡voló!;  
que te esquivo la cintura...  
por guardar el *polisson*.

La destreza es *de mal tono*,  
el regocijo, *fi donc*;  
la gala está en el desdén,  
y en el fastidio el primor.

Y esos que por tal bobada,  
sin piedad de su pulmón,

perdidos tiempo y hacienda,  
vuelven a casa con sol,  
antes que hombres y mujeres  
parecen en el salón  
santos de confitería  
o muñecos de reloj.

Y luego pregunta Carlos  
a la hermosa Leonor:  
“Qué tal en casa del Conde?  
Gran baile! gran reunión!—

—Sí, magnífica!, contesta  
la dama. Tengo una tos...—  
Usted se divertiría  
mucho...—Nada: no, señor.

Yo me aburrí, pero tengo  
la dulce satisfacción  
de poder asegurar  
que me aburrí *comm' il faut* ya

Porque ¡Tal presente nos ha hecho  
la extranjera ilustración,  
y el prurito de la moda  
a tal extremo llegó!

Tales bailes no me den;  
que no entiendo, voto a briós,  
cómo pueden asociarse  
la danza y el mal humor.

Denme el brioso *bolero*,  
y la *jota* de Aragón,  
y el *fandango* saleroso  
y el *polo* jaleador;  
y aunque sirva de sarao  
la cocina de un mesón;

y más que cuelguen candiles  
y espejo sea un perol;

y más que en humilde poyo  
suplan con rasgado son  
la guitarra y la bandurria  
al *oboe* y al *fagot*.

Y alegría, pese al diablo!  
Y vaya otro trago, Antón!  
Y brinco que cante el credo!  
Y que se muele el arroz!

Y la mano, sea *mano*,  
y en lo que fuere razón  
no le anden con regateos  
a ningún hombre de pro;

y haga Juana otra cabriola,  
y más que sea una coz;  
y sepamos si esa liga  
es verde o de otro color.—

Esto será *de mal tono*,  
y vulgar, y ¿qué sé yo...;  
pero es fruta de mi tierra,  
y yo soy muy español.

## ENRIQUE GIL Y CARRASCO

(1815 Villafranca del Bierzo-1846)

10

### LA VIOLETA

Flor deliciosa en la memoria mía,  
ven mi triste laúd a coronar,  
y volverán las trovas de alegría  
en sus ecos tal vez a resonar.

Mezcla tu aroma a sus cansadas cuerdas;  
yo sobre tí no inclinaré mi sien,  
de miedo, pura flor, que entonces pierdas  
tu tesoro de olores y tu bien.

Yo, sin embargo, coroné mi frente  
con tu gala en las tardes del Abril,  
yo te buscaba a orillas de la fuente,  
yo te adoraba tímida y gentil.

Porque eras melancólica y perdida  
y era perdido y lúgubre mi amor;  
y en tí miré el emblema de mi vida,  
y mi destino, solitaria flor.

Tú allí crecías olorosa y pura  
con tus moradas hojas de pesar;  
pasaba entre la yerba tu frescura  
de la fuente al confuso murmurar.

Y pasaba mi amor desconocido,  
de un arpa oscura al apagado són,  
con frívolos cantares confundido  
el himno de mi amante corazón.

Yo busqué la hermandad de la desdicha  
en tu cáliz de aroma y soledad,

y a tu ventura asemejé mi dicha  
y a tu prisión mi antigua libertad.

¡Cuántas meditaciones han pasado  
por mi frente mirando tu arrebol!  
¡Cuántas veces mis ojos te han dejado  
para volverse al moribundo sol!

¡Qué de consuelos a mi pena diste  
con tu calma y tu dulce lobreguez,  
cuando la mente imaginaba triste  
el negro porvenir de la vejez!

Yo me decía: "buscaré en las flores  
seres que escuchen mi infeliz cantar,  
que mitiguen con bálsamo de olores  
las ocultas heridas del pesar."

Y me apartaba, al alumbrar la luna,  
de ti, bañada en moribunda luz,  
adormecida en tu vistosa cuna,  
velada en tu aromático capuz.

Y una esperanza el corazón llevaba  
pensando en tu sereno amanecer,  
y otra vez en tu cáliz divisaba  
perdidas ilusiones de placer.

---

Héme hoy aquí: ¡cuán otros mis cantares!  
¡Cuán otro mi pensar, mi porvenir!  
Ya no hay flores que escuchen mis pesares  
ni soledad donde poder gemir.

Lo secó todo el soplo de mi aliento  
y naufragué con mi doliente amor;  
lejos ya de la paz y del contento,  
mírame aquí en el valle del dolor.

Era dulce mi pena y mi tristeza;  
tal vez moraba una ilusión detrás:  
mas la ilusión voló con su pureza,  
mis ojos ¡ay! no la verán jamás!

Hoy vuelvo a ti, cual pobre viajero  
vuelve al hogar que niño le acogió;  
pero mis glorias recobrar no espero,  
sólo a buscar la huesa vengo yo.

Vengo a buscar mi huesa solitaria  
para dormir tranquilo junto a ti,  
ya que escuchaste un día mi plegaria,  
y un sér hermano en tu corola ví.

Ven mi tumba a adornar, triste viola,  
y embalsama su oscura soledad;  
sé de su pobre césped la aureola,  
con tu vaga y poética beldad.

Quizá al pasar la virgen de los valles,  
enamorada y rica en juventud,  
por las umbrosas y desiertas calles  
dó yacerá escondido mi ataúd,

irá a cortar la humilde violeta  
y la pondrá en su seno con dolor,  
y llorando dirá: “¡pobre poeta!  
¡ya está callada el arpa del amor!”

## ANTONIO GARCIA GUTIERREZ

(1813 Chiclana-1884)

11

### RECUERDOS

Volved, alegres sueños,  
que de mi edad primera  
las gratas ilusiones  
besabais con amor.

¿Por qué sin vuestro encanto,  
en mi desdicha fiera,  
ensueños dolorosos  
me asaltan con horror?

---

¿Por qué la paz tranquila  
de mi tranquilo pecho  
cual dispada niebla  
huyó de mí fugaz?

¿Por qué desde que gimo  
en triste amor deshecho  
no hay para mí ventura,  
no hay para el alma paz?

---

Oh! nunca por mi daño  
tus límites pisara,  
infierno de la vida,  
inquieta juventud!

Y antes que mi inocencia  
veloz se disipara,  
durmiera yo en la tumba  
con eternal quietud.



Volad, mis pensamientos,  
en alas de la mente,  
y mis recuerdos vagos  
de Elisa, acariciad.

Y como luz hermosa  
de lampo refulgente,  
mostradme los hechizos  
de su infeliz beldad.

---

Aquel amor sin celos,  
sin penas ni amargura,  
aquel afán sencillo  
del blando corazón,  
todo era en ella dulce,  
perfecta su hermosura,  
sus ojos apacibles,  
tranquila su pasión.

---

Pero murió, y yo ciego  
en tempestad violenta,  
maldigo ya la vida  
sin mi perdido bien.

Y en procelosa noche  
la bárbara tormenta  
con honda furia estalla  
sobre mi helada sien.

---

¿Por qué, oh verdad! rasgaste  
los misteriosos velos  
de aquellas ilusiones  
de plácida ficción?

Mentidos paraísos  
y nacarados cielos,  
¿era mentira y humo  
vuestra feliz mansión?

---

Aquellas esperanzas  
que el alma concebía  
al penetrar del mundo  
por el fatal dintel,  
todo desvanecido  
con el dolor de un día,  
irrita los tormentos  
de mi pasión cruel.

---

El corazón gastado  
de dulces sensaciones,  
sus férvidas tormentas  
se goza en arrostrar.

Y para más congoja,  
mis blandas ilusiones  
la realidad horrible  
se afana en desgarrar.

---

Huyéronse livianas  
las nubes vaporosas  
que el claro sol cubría  
de purpurado tul.

Y ya negras tinieblas  
de sombras temerosas,  
del limpio cielo empañan  
el trasparente azul.

---

JUAN Y pasa un día y otro,  
y sin cesar me pierdo  
por la gastada senda  
de lo que ya no es.

Y voy, arrebatado  
en su inmortal recuerdo,  
sus huellas deliciosas  
borrando con mis pies.

—  
Sin porvenir, sin gloria,  
desesperado gimo,  
esclavo de la vida  
en la prisión servil.

Mis días se resbalan,  
y solo y sin arrimo,  
la muerte pido al cielo  
con ansiedad febril.

—  
Adiós, recuerdos tristes  
de mi fugaz ventura,  
adiós, afán sencillo,  
del blando corazón!

Perdilo todo á un tiempo,  
su cándida hermosura,  
sus ojos apacibles,  
su tímida pasión.

—  
Murió, murió, y sin calma  
en tempestad violenta  
maldigo ya la vida  
sin mi perdido bien.

Y en procelosa noche,

la bárbara tormenta  
con honda furia estalla  
sobre mi helada sien.

12

### AMOR SIN CELOS

Tengo aprensiones yo, como cualquiera,  
y tocante a caprichos ¡no se diga!  
El campo siempre verde, me fatiga;  
el cielo siempre azul, me desespera.

Triste la luz del sol me pareciera  
sin esa noche del dolor amiga,  
y sin la pena que el placer mitiga  
hasta la vida misma aborreciera.

Pues esos ojos tuyos, dueño mío,  
que pueden afrentar a uno y mil cielos,  
causaron mi amoroso desvarío.

No hallé sombra en su luz, no hallé desvelos,  
y mi ardiente pasión murió de frío;  
que así muere el amor cuando no hay celos.

# JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH

(1806 Madrid-1880)

13

## EL ALCALDE RONQUILLO

(*Muerte del Obispo de Zamora.*)

### FRAGMENTO

Poco antes que en el Duero se sepulte,  
cruza Pisuerga plácida campiña,  
donde la rica mies, la rica viña  
derraman sus tesoros a la par.

Descuella un monte allí; sobre su cumbre  
un gigantesco torreón se eleva,  
monstruo que con las víctimas se ceba  
que le da la venganza a devorar.

Agrio son de cadenas y cerrojos,  
amenazas de bárbaros sayones,  
súplicas, alaridos, maldiciones  
llenan aquella lúgubre mansión.

Fortaleza la llama quien lejano  
su mole ve sin registrar su centro;  
llámala infierno quien suspira dentro,  
cárcel la ley, su afrenta la razón.

Allí un anciano en miserable estancia,  
más bien que calabozo sepultura,  
sufre de sus pesares la tortura  
con el pie de la muerte en el umbral.

Pero en aquella frente consagrada

señales duran de lo que era un día;  
centellea en su frente todavía  
la llama del espíritu marcial.

Bajo el morado episcopal vestido  
violento late el corazón de Acuña;  
cuando su mano el pectoral empuña,  
fué un acero tal vez lo que buscó.

*¡Padilla!* sin cesar suena en su labio,  
y un ay le sigue, y el prelado llora;  
y es el audaz prelado que en Zamora  
*¡Santiago y libertad!* apellidó.

—“¿Por qué, Señor”, arrodillado dice  
delante de un ebúrneo crucifijo,  
“por qué, Señor, tu cólera maldijo  
la jornada infeliz de Villalar?”

¿Era pendón de iniquidad acaso  
la bandera del noble comunero?  
Por defender el injuriado fuero,  
¿no es lícito la espada desnudar?”

“Si entronizado el codicioso belga  
saqueaba el palacio y la cabaña,  
y desangrando a la infeliz España,  
ríos de oro enviaba a su nación;

si reía en espléndido banquete,  
sirviéndole de música el gemido  
de un pueblo que por él empobrecido  
moribundo imploraba compasión;”

“Si, al pedirle justicia el triste padre,

padre a quien deshonró vil cortesano,  
decía el extranjero al castellano:

*Cómprame la venganza y la tendrás;*

¿debió Castilla tolerar la afrenta?

¿No debió armarse para entrar en liza,  
y gritar a la chusma advenediza:

*No reinaréis sobre mi suelo más?"*

“¿Condenaste, Dios mío, por mi culpa  
la empresa que si no te fuera grata,  
porque soltando el báculo de plata,  
del profano bastón el puño así?

No, que Samuel, ministro de las aras,  
también en sangre se bañó la diestra,  
Joyada de tu templo hizo palestra,  
Moisés armó los brazos de Leví.”

“Lo veo, sí; nuestra fatal caída  
quisiste que enseñara a las naciones  
en dos tremendas útiles lecciones  
lo que merecen, lo que deben ser.

Quéjese el pueblo que agobiado llora,  
sólo de sí, pues que tolera el yugo;  
mas sepa, si combate a su verdugo,  
que sin unión es fuerza perecer.”

“Percieron por eso en el cadalso  
los hijos de la gloria y de la guerra:  
sus casas, igualadas con la tierra,  
yacén cubiertas de ignominia y sal.

¿Por qué me ha perdonado la cuchilla?  
¿Por qué esta cárcel mi vivir esconde?”—

Una voz pavorosa le responde:  
"Porque te espera muerte de dogal."

Ábrese con estrépito la puerta,  
y precedido de villana tropa,  
vestido un hombre de funesta ropa  
resuelto avanza en la prisión el pie.

Vara sutil de magistrado lleva,  
que en él parece látigo sangriento:  
ningún rasgo de humano sentimiento  
en su frente fanática se ve.

Sanguinaria la boca, sanguinarios  
los torvos ojos de iracunda hiena,  
con desplegar el labio ya condena,  
con su mirada martiriza ya.

Mudo, pasmado el infeliz Acuña,  
la decisión espera de su suerte:  
no le acobarda la imprevista muerte;  
pero le aterra ver al que la da.

"En nombre de Don Carlos os lo mando,"  
grita a los suyos el feroz alcalde;  
pero dicta sus órdenes en balde;  
tiembla el esbirro, párase el sayón.

"Obedeced," el bárbaro repite;  
los satélites claman: "¡Sacrilégio!"  
y acatando el sagrado privilegio,  
se lanzan en tropel de la prisión.

"No teme el vengador de la justicia,"  
dice el cruel, "del hombre ni del cielo;



ese dogal tirado por el suelo  
no quedará sin víctima esta vez.”

“¡Ronquillo!” fué a exclamar el sacerdote;  
pero apagó su voz el duro lazo,  
que estrechó con la planta y con el brazo  
aquel verdugo en hábito de juez.

Por los tránsitos luego de la cárcel  
su trofeo arrastró, dejando en ellos  
con la sangre de Acuña y los cabellos  
señalado el camino que llevó.

Y a un corredor llegando, guarnecido  
de dorado arabesco pasamano,  
a ver el espectáculo inhumano  
testigos el sacrílego llamó.

Y llegaron, y dijo: “Comuneros,  
que desdorar quisisteis la corona,  
la clemencia de Carlos os perdona:  
de Simancas salid; pero ¡mirad!”

Y el cordel ominoso atando a un hierro,  
lanzó al aire el cadáver palpitando...—  
Cayó la turba mísera temblando  
pasmada de terror y de piedad.

Alzóse un alarido que llenaba  
del ancho patio el ámbito vacío;  
sucedió al penetrante vocerío  
misterioso susurro de oración.

Oscilaban pendientes entre tanto  
del corredor los míseros despojos,  
y el llanto que asomaba en muchos ojos  
se volvía en secreto al corazón.

Pero el cáñamo vil con un crugido  
turbó el piadoso fúnebre homenaje,  
y anunció desde el alto barandaje  
nuevos horrores que mirar después.

Cruzaba el patio el bárbaro Ronquillo...  
sonó un golpe violento... y de repente  
de sangre salpicósele la frente,  
y vió el roto cadáver a sus pies.

“Esconda,” dijo, “su ignominia luego  
la sepultura que a pedirme vino.  
Comuneros, sabéis vuestro destino:  
¡sed fieles al invicto emperador!”

Y salió del castillo a lento paso  
con un lienzo enjugándose la cara,  
y agitando en el aire aquella vara  
que sembraba el espanto y el horror.

## JOSÉ DE ESPRONCEDA

(1808 Almendralejo-1842)

14

### CANCION DEL PIRATA

Con diez cañones por banda,  
viento en popa a toda vela,  
no corta el mar, sino vuela,  
un velero bergantín:

Bajel pirata que llaman,  
por su bravura, el *Temido*,  
en todo mar conocido

del uno al otro confin.

La luna en el mar riela,  
en la lona gime el viento,  
y alza en blando movimiento  
olas de plata y azul;  
y ve el capitán pirata,  
cantando alegre en la popa,  
Asia a un lado, al otro Europa,  
y allá a su frente Stambul (1).

“Navega, velero mío,  
sin temor,  
que ni enemigo navío,  
ni tormenta, ni bonanza,  
tu rumbo a torcer alcanza,  
ni a sujetar tu valor.

”Veinte presas  
hemos hecho  
a despecho  
del inglés,  
y han rendido  
sus pendones  
cien naciones  
a mis pies.”

*Que es mi barco mi tesoro,  
que es mi Dios la libertad,  
mi ley la fuerza y el viento,  
mi única patria la mar.*

“Allá muevan feroz guerra  
ciegos reyes

---

(1) Nombre que dan los turcos a Constantinopla.

Por un palmo más de tierra:  
que yo tengo aquí por mío  
cuanto abarca el mar bravío,  
a quien nadie impuso leyes.

"Y no hay playa,  
sea cualquiera,  
ni bandera  
de esplendor,  
que no sienta  
mi derecho.  
y dé pecho  
a mi valor."

*Que es mi barco mi tesoro....*

"A la voz de "¡barco viene!"  
es de ver  
cómo vira y se previene  
a todo trapo a escapar:  
que yo soy el rey del mar,  
y mi furia es de temer.

"En las presas  
yo divido  
lo cogido  
por igual:  
sólo quiero  
por riqueza  
la belleza  
sin rival."

*Que es mi barco mi tesoro....*

"¡Sentenciado estoy a muerte!

Yo me río:  
no me abandone la suerte,

y al mismo que me condena  
colgaré de alguna antena,  
quizá en su propio navío.

"Y si caigo,  
¿qué es la vida?

Por perdida  
ya la dí,  
cuando el yugo  
del esclavo,  
como un bravo,  
sacudí."

*Que es mi barco mi tesoro....*

"Son mi música mejor  
aquilones:

el estrépito y temblor  
de los cables sacudidos,  
del negro mar los bramidos  
y el rugir de mis cañones.

"Y del trueno

al són violento

y del viento

al rebramar,

yo me duermo

sosegado,

arrullado

por el mar."

*Que es mi barco mi tesoro,*

*que es mi Dios la libertad,*

*mi ley la fuerza y el viento,*

*mi única patria la mar.*

## EL CANTO DEL COSACO

Donde sienta mi caballo los  
pies, no vuelve a nacer hierba.

*(Palabras de Atila).*

### CORO

*¡Hurra, cosacos del desierto! ¡Hurra!*  
*La Europa os brinda espléndido botín;*  
*sangrienta charca sus campiñas sean,*  
*de los grajos su ejército festín.*

*¡Hurra! ¡a caballo, hijos de la niebla!*  
*Suelta la rienda, a combatir volad:*  
*¿Veis esas tierras fértiles? Las puebla*  
*gente opulenta, afeminada ya.*

*Casas, palacios, campos y jardines,*  
*todo es hermoso y refulgente allí:*  
*son sus hembras celestes serafines,*  
*su sol alumbra un cielo de zafir.*

*¡Hurra, cosacos del desierto!...*

*Nuestros sean su oro y sus placeres;*  
*gocemos de ese campo y de ese sol;*  
*son sus soldados menos que mujeres,*  
*sus reyes viles mercaderes son.*

*Vedlos huír para esconder su oro,*  
*vedlos cobardes lágrimas verter...*  
*¡Hurra! volad: sus cuerpos, su tesoro,*  
*huellen nuestro caballos con sus pies.*

*¡Hurra, cosacos del desierto!...*

Dictará allí nuestro capricho leyes,  
nuestras casas alcázares serán,  
los cetros y coronas de los reyes  
cual juguetes de niños rodarán.

¡Hurra! ¡volad a hartar nuestros deseos!  
Las más hermosas os darán su amor,  
y no hallarán nuestros semblantes feos,  
que siempre brilla hermoso el vencedor.

*¡Hurra, cosacos del desierto!...*

Desgarraremos la vencida Europa  
cual tigres que devoran su ración;  
en sangre empaparemos nuestra ropa  
cual rojo manto de imperial señor.

Nuestros nobles caballos relinchando  
regias habitaciones morarán;  
cien esclavos, sus frentes inclinando,  
al mover nuestros ojos temblarán.

*¡Hurra, cosacos del desierto!...*

Venid, volad, guerreros del desierto,  
como nubes en negra confusión,  
todos suelto el bridón, el ojo incierto,  
todos atropellándose en montón

Id en la espesa niebla confundidos,  
cual tromba que arrebatada el huracán,  
cual témpanos de hielo endurecidos  
por entre rocas despeñados van.

*¡Hurra, cosacos del desierto!...*

Nuestros padres un tiempo caminaron  
hasta llegar a una imperial ciudad:

un sol más puro es fama que encontraron,  
y palacios de oro y de cristal.

Vadearon el Tibre sus bridones,  
yerta a sus piés la tierra enmudeció;  
su sueño con fantásticas canciones  
la Fada de los triunfos arrulló.

*¡Hurra, cosacos del desierto!...*

¡Qué! ¿No sentís la lanza estremecerse,  
hambrienta, en vuestras manos, de matar?  
¿No veis entre la niebla aparecerse  
visiones mil que el parabién nos dan?

Escudo de esas miserables naciones  
era ese muro que abatido fué;  
la gloria de Polonia y sus blasones  
en humo y sangre convertidos ved.

*¡Hurra, cosacos del desierto!...*

¿Quién en dolor trocó sus alegrías?  
¿Quién sus hijos triunfante encadenó?  
¿Quién puso fin a sus gloriosos días?  
¿Quién en su propia sangre los ahogó?

¡Hurra, cosacos! ¡gloria al más valiente!  
Esos hombres de Europa nos verán:  
¡hurra! nuestros caballos en su frente  
hondas sus herraduras marcarán.

*¡Hurra, cosacos del desierto!...*

A cada bote de la lanza ruda,  
a cada escape en la abrasada lid,  
la sangrienta ración de carne cruda  
bajo la silla sentiréis hervir.



Y allá después en templos suntuosos,  
sirviéndonos de mesa algún altar,  
nuestra sed calmarán vinos sabrosos,  
hartará nuestra hambre blanco pan.

*¡Hurra, cosacos del desierto!...*

Y nuestras madres nos verán triunfantes,  
y a esa caduca Europa a nuestros pies,  
y acudirán de gozo palpitantes  
en cada hijo a contemplar un rey.

Nuestros hijos sabrán nuestras acciones,  
las coronas de Europa heredarán,  
y a conquistar también otras regiones  
el caballo y la lanza aprestarán.

*¡Hurra, cosacos del desierto! ¡Hurra!  
La Europa os brinda espléndido botín;  
sangrienta charca sus campiñas sean,  
de los grajos su ejército festín.*

16

### A JARIFA EN UNA ORGÍA

Trae, Jarifa, trae tu mano,  
ven y púsala en mi frente,  
que en un mar de lava hirviente  
mi cabeza siento arder.

Ven y junta con mis labios  
esos labios que me irritan,  
donde aun los besos palpitan  
de tus amantes de ayer.

¿Qué la virtud, la pureza?  
¿Qué la verdad y el cariño?

Mentida ilusión de niño  
que halagó mi juventud.

Dadme vino: en él se ahoguen  
mis recuerdos: aturdida  
sin sentir huya la vida;  
paz me traiga el ataúd.

El sudor mi rostro quema,  
y en ardiente sangre rojos  
brillan inciertos mis ojos,  
se me salta el corazón.

Huye, mujer; te detesto,  
siento tu mano en la mía,  
y tu mano siento fría  
y tus besos hielo son.

¡Siempre igual! Necias mujeres,  
inventad otras caricias,  
otro mundo, otras delicias,  
o maldito sea el placer.

Vuestros besos son mentira,  
mentira vuestra ternura,  
es fealdad vuestra hermosura,  
vuestro gozo es padecer.

Yo quiero amor, quiero gloria,  
quiero un deleite divino,  
como en mi mente imagino,  
como en el mundo no hay;

y es la luz de aquel lucero  
que engañó mi fantasía,  
fuego fatuo, falso guía  
que errante y ciego me tray.

¿Por qué murió para el placer mi alma,  
y vive aún para el dolor impío?

¿Por qué si yazgo en indolente calma,  
siento en lugar de paz, árido hastío?

¿Por qué este inquieto, abrasador deseo?

¿Por qué este sentimiento extraño y vago,  
que yo mismo conozco un devaneo,  
y busco aún su seductor halago?

¿Por qué aún fingirme amores y placeres  
que cierto estoy de que serán mentira?

¿Por qué en pos de fantásticas mujeres  
necio tal vez mi corazón delira,

si luego, en vez de prados y de flores,  
halla desiertos áridos y abrojos:

y en sus sandios o lúbricos amores  
fastidio sólo encontrará y enojos?

Yo me arrojé, cual rápido cometa,  
en alas de mi ardiente fantasía:

do quier mi arrebatada mente inquieta  
dichas y triunfos encontrar creía.

Yo me lancé con atrevido vuelo  
fuera del mundo en la región etérea,  
y hallé la duda, y el radiante cielo  
vi convertirse en ilusión aérea.

Luego en la tierra, la virtud, la gloria,  
busqué con ansia y delirante amor,  
y hediondo polvo y deleznable escoria  
mi fatigado espíritu encontró.

Mujeres vi de virginal limpieza  
entre albas nubes de celeste lumbre;  
yo las toqué, y en humo su pureza  
trocarse vi, y en lodo y podredumbre.

Y encontré mi ilusión desvanecida,  
y eterno e insaciable mi deseo:  
palpé la realidad y odié la vida;  
sólo en la paz de los sepulcros creo.

Y busco aún y busco codicioso;  
y aún deleites el alma finge y quiere:  
pregunto, y un acento pavoroso  
¡ay! me responde: desespera y muere.

"Muere, infeliz: la vida es un tormento,  
un engaño el placer: no hay en la tierra  
paz para ti, ni dicha, ni contento,  
sino eterna ambición y eterna guerra.

"Que así castiga Dios el alma osada  
que aspira loca, en su delirio insano,  
de la verdad para el mortal velada  
a descubrir el insondable arcano."

¡Oh! cesa; no, yo no quiero  
ver más, ni saber ya nada:  
harta mi alma y postrada,  
sólo anhela descansar.

En mí muera el sentimiento,  
pues ya murió mi ventura,  
ni el placer ni la tristura  
vuelva mi pecho a turbar.

Pasad, pasad en óptica ilusoria  
y otras jóvenes almas engañad:  
nacaradas imágenes de gloria,  
coronas de oro y de laurel, pasad.

Pasad, pasad, mujeres voluptuosas,  
con danza y algazara en confusión;

pasad como visiones vaporosas  
sin conmover ni herir mi corazón.

Y aturdan mi revuelta fantasía  
los brindis y el estruendo del festín,  
y huya la noche y me sorprenda el día  
en un letargo estúpido y sin fin.

Ven, Jarifa; tú has sufrido  
como yo; tú nunca lloras;  
mas ¡ay triste! que no ignoras  
cuán amarga es mi aflicción.

Una misma es nuestra pena,  
en vano el llanto contienes...  
tú también, como yo, tienes  
desgarrado el corazón.

## NICOMEDES PASTOR DIAZ

(1811 Vivero-1863)

17

### LA MARIPOSA NEGRA

Borraba ya del pensamiento mío  
de la tristeza el importuno ceño;  
dulce era mi vivir, dulce mi sueño,  
dulce mi despertar.

Ya en mi pecho era lóbrego y vacío  
el que un tiempo rugió volcán hirviente;  
ya no pasaban negras por mi frente  
nubes que hacen llorar.

---

Era una noche azul, serena, clara,  
cuando, embebido en plácido desvelo,  
alcé los ojos en tributo al cielo  
de tierna gratitud.

Mas ¡ay! que apenas lánguido se alzara  
este mirar de eterna desventura,  
turbarse ví la lívida blancura  
de la nocturna luz.

---

Incierta sombra que mi sien circunda  
cruzar siento en zumbido revolante,  
y con nubloso vértigo incesante  
a mi vista girar.

Cubrió la luz incierta, moribunda,  
con alas de vapor, informe objeto:  
cubrió mi corazón terror secreto,  
que no pude calmar.

---

No, como un tiempo, colosal quimera  
mi atónita intención amedrentaba;  
mis oídos profundo no aterraba  
acento de pavor.

Que fué la aparición vaga y ligera,  
leve la sombra aérea y nebulosa;  
que fué sólo una negra mariposa  
volando en derredor.

---

No, cual suele, fijó su giro errante  
la antorcha que alumbraba mi desvelo;  
de tu siniestro, misterioso vuelo,  
la luz no era el imán.

¡Ay! que sólo el fulgor agonizante

en mis lánguidos ojos abatidos,  
ser creí de sus giros repetidos  
secreto talismán.

---

Lo creo, sí, que a mi agitada suerte  
su extraña aparición no será en vano:  
desde la noche de ese infausto arcano  
¡ay Dios! aún no dormí.

¿Anunciaráme próxima la muerte?  
¿O es más negro su vuelo repentino?  
Ella trae un mensaje del Destino;  
yo... no lo comprendí!

---

Ya no aparece sola entre las sombras,  
do quier me envuelve su funesto giro;  
a cada instante sobre mí la miro  
mil círculos trazar.

Del campo entre las plácidas alfombras,  
del bosque entre el ramaje la contemplo,  
y hasta bajo las bóvedas del templo...  
y ante el sagrado altar.

---

“Para calmar mi frenesí secreto  
cesa un instante, negra mariposa,  
tus leves alas en mi frente posa;  
tal vez me aquietarás...”

Mas redoblando su girar inquieto  
huye, y parece que a mi voz se aleja,  
y revuelve y me sigue, y no me deja...  
ni se pára jamás.

---

A veces creo que un sepulcro amado

lanzó, bajo esta larva aterradora,  
el espíritu errante que aún adora  
mi yerto corazón.

Y una vez ¡ay! estático y helado,  
la ví, la ví... creciendo de repente,  
mágica desplegar sobre mi frente  
nueva transformación.

---

Ví tenderse sus alas como un velo  
sobre un cuerpo fantástico colgadas,  
en rozagante túnica trocadas  
só un manto funeral.

Y el lúgubre zumbido de su vuelo  
trocóse en voz profunda, melodiosa,  
y trocóse la negra mariposa  
en Genio celestial.

---

Cual sobre estatua de ébano luciente,  
un rostro se alza en ademán sublime  
do en pálido marfil su huella imprime  
sobrehumano dolor;  
y de sus ojos el brillar ardiente,  
fósforo de visión, fuego del cielo,  
hiere en el alma, como hiere el vuelo  
del rayo vengador!

---

Un momento ¡gran Dios! mis brazos yertos  
desesperado la tendí gritando:  
“Ven de una vez, la dije sollozando,  
ven y me matarás!”

Mas ¡ay! que cual las sombras de los muertos,  
sus formas vanas a mi voz retira,



y de nuevo circula, y zumba y gira...  
y no pára jamás...

---

¿Qué potencia infernal mi mente altera?  
¿De dónde viene esta visión pasmosa?  
Ese Genio... esa negra mariposa  
qué es,... ¿qué quiere de mí?...

En vano llamo a mi ilusión quimera,  
no hay más verdad que la ilusión del alma,  
verdad fué mi quietud, mi paz, mi calma...  
verdad que ya perdí!

---

Por ocultos resortes agitado,  
vuelvo al llanto otra vez hondo y doliente;  
y mi canto otra vez vuela y mi mente  
a esa extraña región,  
do sobre el cráter de un abismo helado  
las nieves del volcán se derritieron...  
al fuego que ligeras encendieron  
tus alas de crespón.

**SALVADOR BERMUDEZ DE CASTRO**

(1814 Jerez de la Frontera-1883)

18

### A LOS ASTROS

Romped las nieblas que ocultando el cielo  
corren los aires en flotante giro,  
y derramad sobre el dormido suelo  
vuestros lucientes rayos de zafiro.

¡Brillad! ¡brillad! el ánima afligida  
siente sed de ilusión, sed de esperanza,  
ya que preside a mi angustiada vida  
negro fantasma de eterna venganza.

¡Ay! yo no sé de mí: no me comprendo;  
ardiente el alma en su ambición desea  
otros fatales gozos que no entiendo,  
que cruzan como sombras por mi idea.

Vil juguete tal vez de la fortuna,  
cansado siempre y solitario vago,  
cual cisne que por lóbrega laguna  
trocó las aguas del nativo lago.

¡Quién me volviera las fugaces horas,  
¡ay! tan fugaces cuanto fueron bellas,  
cuando en las playas de la mar sonoras  
contemplaba la luz de las estrellas!

Sólo el rugir del piélago escuchando,  
embriagado en la atmósfera marina,  
volaba el pensamiento arrebatando  
el alma ardiente a la región divina.

De la fe entre las alas sostenido,  
cruzaba por la bóveda ondeante,  
en la sublime inmensidad mecido,  
navegando entre globos de diamante.

Y siempre, y siempre me humillé postrado  
ante las puertas del eterno imperio;

y nunca pude penetrar osado  
de esa esfera clarísima el misterio.

¿Sois las mansiones en que aguarda el alma,  
libre ya de esta mísera existencia,  
a recibir en expiatoria calma,  
esa que implora, angelical esencia?

¿Sois tal vez los magníficos palacios,  
trono inmortal de fúlgidos querubes,  
cortando en su carrera los espacios,  
rompiendo escollos de doradas nubes?

¿Sois los fanales que en su vago vuelo  
guiarán al hombre en las etéreas salas,  
cuando triunfante y justo alcance el cielo,  
de la oración sobre las blancas alas?

Cuando, extasiado en lánguida tristura,  
llega a mis ojos vuestra luz serena,  
quíébranse mis recuerdos de amargura,  
cual la espuma del mar sobre la arena.

No sé qué acentos de entusiasmo y gloria,  
blancos fantasmas que en silencio giran,  
despiertan al pasar en mi memoria,  
con las mágicas voces que suspiran.

Mi existencia está aquí. Yo tengo un alma  
que no abate contraria la fortuna;  
capaz de hallar, como Endimion, la calma  
en los trémulos rayos de la luna.

¡El sol! el sol magnífico, luciente,  
me agobia con el peso de su lumbré:  
¡oh! nunca llegue el astro del Oriente  
a traspasar del monte la alta cumbre!

Quede en las nubes de su triste ocaso  
el eje ardiente de su carro roto,  
o arrastre triste el moribundo paso  
por otro suelo frígido y remoto.

Su luz pesada como el plomo oprime;  
yo no quiero su luz, amo la sombra;  
que este retiro lóbrego, sublime,  
ni espanta el alma, ni la mente asombra.

Bajo la copa del ciprés doliente,  
en mi pereza muelle descansado,  
dejo el triste vaivén de lo presente,  
busco el dulce solaz de lo pasado.

Bellas venís, visiones de placeres,  
gratos recuerdos, sombras amorosas;  
bellas venís, dulcísimas mujeres,  
verdes praderas, flores olorosas.

Con el nocturno céfiro os respiro,  
de las estrellas con la luz os vèo;  
y con sed ardentísima os aspiro,  
con pasión vehementísima os deseo.

Mas no; volad: espíritus amantes,  
respetad, ¡ay! de un mísero la calma:

pasaréis caprichosas, inconstantes,  
y luego inquieta dejaréis mi alma.

Sólo en vosotros fijaré mis ojos,  
astros brillantes, admirables faros,  
que en la triste ansiedad de mis enojos  
sólo me queda fé para admiraros.

Derramad blanca luz sobre mi frente,  
y cuando el aire se colore en grana,  
viéndoos morir sobre el purpúreo Oriente,  
me hallará solitario la mañana.

## JOSE ZORRILLA

(1817 Valladolid-1893)

19

### ORIENTAL

Corriendo van por la vega,  
a las puertas de Granada,  
hasta cuarenta gomeles  
y el capitán que los manda:

Al entrar en la ciudad,  
parando su yegua blanca,  
le dijo éste a una mujer  
que entre sus brazos lloraba:

—Enjuga el llanto, cristiana,  
no me atormentes así,  
que tengo yo, mi sultana,  
un nuevo Edén para ti.

Tengo un palacio en Granada,  
tengo jardines y flores,  
tengo una fuente dorada  
con más de cien surtidores.

Y en la vega del Genil  
tengo parda fortaleza,  
que será reina entre mil  
cuando encierre tu belleza.

Y sobre toda una orilla  
extiendo mi señorío;  
ni en Córdoba ni en Sevilla  
hay un parque como el mío.

Allí la altiva palmera  
y el encendido granado,  
junto a la frondosa higuera  
cubren el valle y collado.

Allí el robusto nogal,  
allí el núpalo amarillo,  
allí el sombrío moral  
crecen al pie del castillo.

Y olmos tengo en mi alameda  
que hasta el cielo se levantan,  
y en redes de plata y seda  
tengo pájaros que cantan.

Sultana serás si quieres,  
que, desiertos mis salones,  
está mi harén sin mujeres,  
mis oídos sin canciones.

Yo te daré terciopelos  
y perfumes orientales,  
de Grecia te traeré velos,  
y de Cachemira chales.

Yo te daré blancas plumas  
para que adornes tu frente,  
más blancas que las espumas  
de nuestros mares de oriente;

y perlas para el cabello,  
y baños para el calor,  
y collares para el cuello,  
para los labios... amor!—

—¿Qué me valen tus riquezas,  
respondióle la cristiana,  
si me quitas a mi padre,  
mis amigos y mis damas?

Vuélveme, vuélveme, moro,  
a mi padre y a mi patria,  
que mis torres de León  
valen más que tu Granada.—

Escuchóla en paz el moro,  
y manoseando su barba,  
dijo, como quien medita,  
en la mejilla una lágrima:

—Si tus castillos mejores  
que nuestros jardines son,  
y son más bellas tus flores,  
por ser tuyas, en León,

y tú diste tus amores  
a alguno de tus guerreros,  
hourí del Edén, no llores,  
vete con tus caballeros.—

Y dándola su caballo  
y la mitad de su guardia,  
el capitán de los moros  
volvió en silencio la espalda.

## LA TORRE DE FUENSALDAÑA

### I

Yo he sentido bramar al ronco viento  
del helado diciembre en noche oscura,  
remedando de un hombre el triste acento  
de roto murallón en la hendidura.

Ardía en el salón envejecido  
purpúrea llama de sonante leña,  
y el ámbito vibraba estremecido  
al reflejar en la empolvada peña.

De la pompa feudal resto desnudo,  
sin tapices, sin armas, sin alfombra,  
hoy no cobija su recinto mudo  
más que silencio, soledad y sombra.

Tal vez groseros cuentos populares  
bajo el nombre sin crónica conserva,  
y en las bóvedas, torres y pilares,  
brota a pedazos la pajiza yerba.

Los pájaros habitan la techumbre  
y la tapiza la afanosa araña,  
y eso guarda la tosca pesadumbre  
del viejo torreón de Fuensaldaña.

Yo, que era entonces loco, triste y niño,  
pasaba alguna vez bajo sus muros,  
por contemplar el desgarrado aliño  
de sus huecos recónditos y oscuros.

Allí en delirios de amistad perdida  
y en infantiles pláticas sabrosas  
adormecí las cuitas de mi vida  
y las horas de noches pavorosas.



Allí, al calor de la humeante hoguera,  
de las cóncavas piedras al abrigo,  
oía el viento rebramando fuera,  
y a mi lado la voz de algún amigo.

Allí sobre nosotros se elevaban  
robustas torres, góticas almenas,  
que la furia del viento rechazaban  
sobre el cimiento colosal serenas.

A veces nuestra alegre carcajada,  
repetida en los aires por el eco,  
moría en sus bramidos sofocada  
de la alta torre en el tendido hueco.

A veces nuestras báquicas canciones,  
como estertor de agonizante pecho,  
acompañaba en compasados sonos  
sordo zumbando en callejón estrecho.

Otras en melancólica armonía  
remedaba lamentos y suspiros,  
y otras en repugnante gritería  
el vuelo y voz de brujas y vampiros.

De las rotas almenas erizadas  
al sacudir la destocada frente,  
remedaba el hervir de las cascadas,  
y el áspero silbar de la serpiente.

O en revuelto y confuso torbellino  
la ruinosa terraza estremeciendo  
de la tendida lona el són marino  
semejaba tal vez el largo estruendo.

Le oíamos a veces a lo lejos  
cruzando el valle con airado paso,  
y crujían los árboles añejos  
como chascara entre la llama un vaso.

Y en continuo rumor sonando a veces  
le oíamos rozar el firme muro,  
como en hondo tonel hierven las heces  
que una bruja animó con un conjuro.

Le oíamos rodar embravecido  
las desiguales piedras azotando,  
y en los huecos colgar ronco mugido,  
y el seco musgo arrebatarse pasando.

Le oíamos entrar y revolverse  
con espantable són en las troneras,  
y estrellarse, y crecer hasta perderse,  
barriendo las tortuosas escaleras.

Las ramas de los árboles vecinos  
en las rejas meciéndose colgadas,  
dibujaban contornos repentinos  
de espantosas visiones descarnadas.

Y al brusco y desigual sacudimiento  
desplomados los vidrios de colores,  
en el mal alumbrado pavimento  
reverberaban falsos resplandores.

Y asaltando la boca que topaba  
rodando en torno de la mustia hoguera,  
entre la lláma pálida soplaba  
blanca ceniza hasta elevar ligera.

Silbando entonces lánguido y sonoro  
al cruzar murmurando en las ventanas,  
nos revelaba en armonioso coro  
música de veletas y campanas.

Y mezclaba el susurro de las hojas  
que coronaban los silvestres pinos,  
con el gotear entre las juncias flojas  
de los turbios arroyos campesinos.

De los atentos perros el ladrido,  
y el canto agudo del despierto gallo,  
con el inquieto y bélico alarido  
del trémulo relincho del caballo.

Bullían en el ánima exaltada  
locos fantasmas de soñados cuentos,  
y sostenía apenas fatigada  
el peso de los ojos soñolientos.

Entonces a la sombra cobijados,  
los pies a par de la espirante lumbre,  
cedían nuestros párpados cansados,  
más que a la voluntad, a la costumbre.

Y a cada chispa del tizón postrero,  
a cada empuje del turbión errante,  
a cada voz del pájaro agorero  
que velaba en el nido vacilante,  
volvíamos el gesto recelosos  
en derredor del descompuesto fuego,  
levantando los ojos perezosos,  
que al roto sueño se tornaban luego.

Y en aquella mirada adormecida  
se pintaba la sombra misteriosa  
de volubles contornos revestida,  
de cuerpo inmenso, de color medrosa,

Gozábamos al fin insomnio inquieto  
delirando festines y batallas  
con tumultos sin época ni objeto,  
con broqueles, con yelmos y con mallas.

Y soñábamos duendes y conjuros  
en una tierra mágica y lejana,  
deleitados en cóncavos oscuros  
con cantares de sílfide liviana.

Poco a poco deshechas las visiones  
soñábamos con sombras infinitas,  
donde se oían apagados sonos  
de invisibles orquestas exquisitas.

Y más tarde las sombras vacilando  
entre pardo crepúsculo naciente,  
íbanse luz y sombras alejando  
de la febril y temerosa mente.

Músicas, miedos, fábulas y sombras  
sus contornos al fin desvanecían,  
y en un salón sin lámparas ni alfombras  
sólo estaban dos locos y dormían.

## II

Y era grato al són del viento  
abrir el párpado al día,  
y contemplar soñoliento  
su confuso resplandor,  
a través de las abiertas  
hondas y estrechas ventanas,  
y de las hendidas puertas  
de los quicios en redor.

Ver la atmósfera tocada  
con turbio cendal de niebla,  
sobre los campos posada  
interceptando el mirar,  
y oír la ráfaga inquieta  
que al vendaval sustituye,  
en la acerada veleta  
sordamente rechinar.

Ver las medrosas visiones  
que en la noche nos turbaron,  
en bóvedas y rincones  
de opaca lumbre al lucir,  
en escombros convertidas,  
musgo y tintas con que al tiempo  
las murallas carcomidas  
plugo manchar y vestir.

Ver en las toscas paredes,  
en vez de ricos tapices,  
tender su baba y sus redes  
al insecto descortés,  
que entre los nombres tranquilos  
las labra de los viajeros,  
cubriéndolos hilo a hilo  
sin envidia ni interés.

Ver a la afanosa araña  
en los blasones del muro  
hilar con paciente maña  
sus hebras para cazar;  
y en la recóndita grieta  
la presa que vuela en torno,  
vigilante, astuta y quieta,  
a que se enrede esperar.

Y en el oculto madero  
hallar de rincón ruinoso  
el rastro de un hormiguero  
que en el verano pasó:  
que en el foso nació acaso,  
mas no contento en el suelo,  
con irreverente paso  
hasta la almena trepó.

¿Quién dijera a los barones  
de la torre de Saldaña  
de sus techos y salones  
la mengua y la soledad?  
¡Tiempo! ¡tiempo! ¡Cuánto puedes,  
tú que indiferente escribes  
sobre cráneos y paredes  
la cifra de la verdad!

Yo he visitado esos muros,  
hoy trojes de rico hidalgo,  
y en sus salones oscuros  
ancha hoguera levanté.  
Corrí llaves y cerrojos  
cual si de ellos dueño fuera,  
y sus tablas y despojos  
para alumbrarme quemé

No respeté ni sus años  
ni su nombre y dueño antiguos...  
Y para insultos tamaños  
¿quién era en Saldaña yo?  
Un niño, un triste, o un loco  
que divertido en sus penas  
curaba entonces muy poco  
de cuanto grande vivió.

Y a fe que libre y contento,  
a la lumbre de mi hoguera  
en tanto bramaba el viento  
tranquilamente dormí;  
y al despertar con el día  
contemplé absorto y ufano  
la gruesa mampostería  
que por alcoba elegí.

Luchaba el sol afanado  
con la turbia húmeda niebla,  
y el fulgor tornasolado  
cruzaba por el salón.  
El aire en fuerzas cediendo  
brotó en ráfagas errantes,  
y aún se le oía gimiendo  
con menos airado són.

Miré desde las ventanas  
el árido campo seco;  
algunas yerbas livianas  
encontré no más en él.  
El aire las sacudía  
y la niebla las mojaba;  
escaso arbusto crecía  
del campo mudo al lindel.

Algunas nocturnas aves  
guarecidas asomaron  
en los rotos arquitraves  
su misterioso mohín.  
Mirélas indiferente,  
y al rumor de mis pisadas  
hundieron la negra frente  
del nido cóncavo al fin.

Entonces de la alta cumbre  
el sol rasgando la niebla,  
derramóse en viva lumbre  
de trémulo resplandor;  
y en los pardos murallones  
trazó cuadros luminosos  
alumbrando los salones  
de cenagoso color.

Y entonces a los reflejos  
de la llama repentina  
de aquellos rincones viejos  
de la antigua soledad,  
bulleron miles de insectos  
asomando por las grietas  
monstruosos por lo imperfectos,  
raros por la variedad.

Y oíanse los cantares  
del tosco templo vecino  
en compases regulares  
desvanecerse y crecer;  
y el órgano y las campanas  
al roto soplo del viento  
ya perdidas, ya cercanas  
en él sus ecos mecer.

Pasó la noche sonora,  
pasó la mañana inquieta,  
mis años hora por hora  
a contar triste volví.  
Si hallé la vida cansada  
y lamenté su amargura,  
yo vivo con mi tristura,  
mas la torre quedó allí.

Muchos curiosos acaso  
por llegar a Fuensaldaña  
aceleraron el paso  
de aquella noche después;  
mas ¡ay del hombre mezquino!  
¡Quién encontrará mañana  
entre el polvo del camino  
la huella de nuestros pies!



## GLORIA Y ORGULLO

¡Lejos de mí, placeres de la tierra,  
fábulas sin color, sombra, ni nombre,  
a quien un nicho miserable encierra  
cuando el aura vital falta en el hombre!

¿Qué es el placer, la vida y la fortuna,  
sin un sueño de gloria y de esperanza?  
Una carrera larga e importuna,  
más fatigosa cuanto más se avanza.

Regalo de indolentes sibaritas,  
que velas el harén de las mujeres,  
opio letal que el sueño facilitas  
al ebrio de raquíuticos placeres.

Lejos de mí.—No basta a mi reposo  
el rumor de una fuente que murmura,  
la sombra de un moral verde y pomposo,  
ni de un castillo la quietud segura.

No basta a mi placer la inmensa copa  
del báquico festín, libre y sonoro,  
de esclavos viles la menguada tropa  
ni las llaves de espléndido tesoro.

De un Dios hechura, como Dios concibo;  
tengo aliento de estirpe soberana;  
por llegar a gigante enano vivo;  
no sé ser hoy y perecer mañana.

Yo no acierto a decir “la vida es bella”,  
y descender estúpido al olvido;  
amo la vida porque sé por ella  
al alcázar trepar donde he nacido.

De ésa inmensa pasión que llaman gloria  
brota en mi corazón ardiente llama,  
luz de mi sér me abrasa la memoria,  
voz de mi sér inextinguible clama.

*Gloria*, ilusión magnífica y suprema,  
ambición de los grandes en quien quiso  
velar Dios esa mística diadema  
que nos dará derecho al paraíso:

nada es sin ti la despreciable vida,  
nada hay sin ti ni dulce ni halagüeño,  
sólo en aquesta soledad perdida  
la sombra del laurel concilia el sueño.

Sólo al murmullo de la excelsa palma  
que el noble orgullo con su aliento agita  
en blando insomnio se adormece el alma,  
y en su mismo dormir crea y medita.

Zeuxis, Apeles, Píndaro y Homero  
bajo ese verde pabellón soñaron;  
César, Napoleón y Atila fiero  
bajo ese pabellón se despertaron.

Por ti el delirio del honor se adora,  
por ti el hinchado mar hiende el marino,  
por ti en su gruta el penitente llora  
y empuña su bordón el peregrino.

Por ti el soldado se vendió a sus reyes,  
y lidia agora con porfía insana,  
no por esas que ignora pobres leyes,  
por comprar una lágrima mañana.

Por ti le canta el orgulloso amante  
dulces trovas de amor a una querida;  
porque tal vez un venturoso instante  
tenga en su canto prolongada vida.

Por ti del negro túmulo en la piedra  
ambicioso el mortal graba su nombre,  
porque tal vez entre la tosca hiedra  
otro día al pasar le lea un hombre.

Por ti acaso el cansado centinela  
que incendió una ciudad en la batalla,  
su cifra indiferente, mientras vela,  
pinta con un tizón en la muralla.

El polvo en que hubo sus cabañas Roma  
por ti con templos y palacios pisa,  
por ti su gesto satisfecho asoma  
tras su inmenso sarcófago Artemisa.

Por ti vencida se incendió a Corinto,  
por ti la sangre en Maratón se orea,  
por ti una noche con aliento extinto  
tumba Leonidas demandó a Platea.

Por ti trofeos el cincel aborta,  
y álzanse torres con tenaz porfia;  
porque es la vida deleznable y corta,  
y todos quieren prolongarla un día.

Por eso velo con la noche oscura  
sobre un volumen carcomido y roto,  
y un mañana me sueño de ventura,  
y otra existencia en porvenir remoto.

Por eso en mis estériles canciones  
el blando són del agua me adormece,  
y entre pardos y errantes nubarrones  
de la noche el fanal se desvanece.

Oigo en mi canto el lánguido murmullo  
del aura que los árboles menea,  
de la tórtola triste el ronco arrullo  
y la sonora lluvia que gotea.

Veo las sacrosantas catedrales,  
los antiguos y góticos castillos,  
y el granizo se estrella en sus cristales  
o azota sus escombros amarillos.

¡Oh! si sentís esa ilusión tranquila,  
si creéis que en mis cánticos murmura  
ya el aura que en los árboles vacila,  
ya el mar que ruge en la tormenta oscura;

si al són gozáis de mi canción que miente  
ya el bronco empuje del errante trueno,  
ya el blando ruido de la mansa fuente  
lamiendo el césped que la cerca ameno;

si cuando llamo a las cerradas rejas  
de una hermosura, a cuyos pies suspiro,  
sentís tal vez mis amorosas quejas,  
y os sonreís cuando de amor deliro;

si cuando en negra aparición nocturna  
la raza evoco que en las tumbas mora  
os estremece en la entreabierta urna  
respondiendo el espíritu a deshora;

si lloráis cuando en cántico doliente,  
hijo extraviado, ante mi madre lloro,  
o al cruzar por el templo reverente  
la voz escucho del solemne coro;

si alcanzáis en mi pálida mejilla,  
cuando os entono lastimosa endecha,  
una perdida lágrima que brilla  
al brotar en mis párpados deshecha;

todo es una ilusión, todo mentira,  
todo en mi mente delirante pasa,  
no es esa la verdad que honda me inspira;  
que esa lágrima ardiente que me abrasa

no me la arranca ni el temor ni el duelo,  
no los recuerdos de olvidada historia;  
¡es un raudal que inunda de consuelo  
este sediento corazón de gloria!

¡Gloria! Madre feliz de la esperanza,  
mágico alcázar de dorados sueños,  
lago que ondula en eternal bonanza  
cercado de paisajes halagüeños:

¡Dame ilusiones! dame una afonía  
que arrulle el corazón con el oído  
para que viva la memoria mía  
cuando yo duerma en eternal olvido.

¡Lejos de mí, deleites de la tierra,  
fábulas sin color, forma, ni nombre,  
a quien un nicho miserable encierra  
cuando el aura vital falta en el hombre!

¡Gloria, esperanza! Sin cesar conmigo  
templo en mi corazón alzaros quiero,  
que no importa vivir como el mendigo  
por morir como Píndaro y Homero.

## JUAN AROLAS

(1805 Barcelona-1849)

22

### LOS CELOS DE LA SULTANA

Pídeme, bella sultana,  
mis joyas y mis bajeles,  
la mina que tiene Argana,  
del Tibet chales y pieles,

y los pájaros pintados,  
que, si el amor los desvela,  
forman nidos elevados  
en pimpollos de canela.

Yo te doy telas bordadas  
y unos velos transparentes;  
te da frutas confitadas  
Damasco la de las fuentes.

Bajo un toldo de jazmines,  
que afrentas con tu blancura,  
te bañas en mis jardines,  
que dan auras de frescura;  
y en tus miembros hechiceros  
secan el agua de rosas  
leves nubes aromosas  
de mis ricos pebeteros.

Para ti son mis Estados  
con riquezas y tesoros,  
mis ríos engalanados  
con sauces y sicomoros;

Estambul, reina de Oriente,  
con serrallo de recreo.  
salpicado blandamente  
de resacas del Ejeo;

Bursa rica en el tejido,  
y en labor de argentería,  
que al pie del Olimpo erguido  
se duerme al finar el día;

mientras el monte encumbrado  
la guarda como gigante  
de negras sombras velado,  
con estrellas por turbante.

Diarbekir, que al cielo envía  
cien torres en ancho giro,  
y Adranak, que es corte mía,  
te las doy por un suspiro:

Pide aromas y topacios,  
y adornos para tus sienes,  
y magníficos palacios  
con magníficos andenes;  
perfumadores labrados,  
aves que el Arabia cría,  
retretes engalanados,  
cofretillos de ataujía,  
y en las urnas de cristal  
mudos peces prisioneros,  
que brillen como el metal  
de recónditos mineros.

¿Qué falta a tu amor, sultana,  
paraíso de placeres,  
rosicler de la mañana...?

Tuyo es mi amor... ¿qué más quieres?

Lágrimas hay en tus ojos  
azules como los cielos...

¡Quién motiva tus enojos?

¡Ah! ¡tú callas! Tienes celos.

Celos de negra hermosura,  
jardinera de mis flores,  
hija de la noche oscura  
que suspira mis favores;

toda de ébano bruñido,  
llena de delirio ciego,  
cuando enamora el sentido  
con sus pupilas de fuego.

No llores, hurí querida,  
tan linda como celosa:  
tú eres siempre preferida  
por apuesta y por hermosa.

Yo te juro por Alá,  
por venganza y por amor,  
que tu rival morirá  
cortada en su verde flor.

Pues más quiero en mis enojos  
ver su sangre por el suelo,  
que una lágrima en el cielo  
de tus amorosos ojos.

23.

## FAKMA Y ACMET

### I

Las bodas de los hijos del desierto  
libres son como bodas de las aves,  
que unidas por amor dan el concierto  
de sus gorjeos dulces y suaves.

Libres sobre los nardos olorosos  
se casan los insectos zumbadores,  
el cóndor en los Andes cavernosos,  
y de Febo a la luz plantas y flores.

Los himnos del festín han resonado:  
Fakma se desposó y Acmet la adora;  
mirad su fresca sien que han coronado  
ricas perlas del golfo de Basora.

Kakma es bella cual nube que camina  
pintada por auroras boreales,



y en el mar adormido se reclinaba  
para mirarse bien en sus cristales.

De una tribu enemiga muy guerrera  
dió su fe al adalid que la servía,  
y al huír de sus lares, la siguiera  
maldición paternal que así decía:

”¡Que la sombra de tu cuerpo

”nunca cubra mis umbrales!

”¡Que la luz que te ilumina

”veas de color de sangre!

”¡Que si mía te dijeres,

”mil espectros se levanten

”de las tumbas, que te digan:

”*adúltera fué tu madre*”.

”¡Que si al tálamo te llegas,

”junto al tálamo desmayes,

”y esperando el primer beso

”te sorprendan mis puñales!

”¡Que las penas te atosiguen!

”¡Que mi maldición arrastres,

”sierpe venenosa y dura

”que has crecido en mis rosales!”

## II

¡Los himnos del festín han resonado...!  
Oíd esas cadencias seductoras,  
que recrean con eco prolongado  
y apagan la voz triste de las horas.

¡Armonía feliz...! ¡Tu origen fuera,  
cuando el primer mortal entre jardines

dió un beso a su dichosa compañera,  
cantando los alados serafines!

Fakma se engalanó con blancas flores  
que llevan en su sien las desposadas,  
y quemó junto al tálamo de amores  
los aromas en urnas cinceladas.

Mas ¿quién turba tan plácidos conciertos...?  
¿Es la voz del león que hambriento aterra...?  
¿Es la voz del chacal entre los muertos...?  
Es la voz de una tribu, es voz de guerra.

Acmet deja la mano de la hermosa  
que besaba en delirios de esperanza:  
se estremece su frente desdeñosa,  
y, olvidado el placer, toma la lanza.

"¡Desposada! si tus flores  
"mis ausencias marchitaren,  
"yo te ceñiré al volver  
"los laureles del combate."

—"¡Acmet...! Adiós...: estas puertas  
"que se cierran con mis ayes,  
"se abrirán a los placeres  
"cuando vencedor tornares.

"Si pereces, quiera el cielo  
"que tu espíritu me llame,  
"y en las tumbas celebremos  
"unas bodas eternas:

"Allí te pondré mis flores  
"abrazando tu cadáver,  
"que si tú me las ceñiste,  
"no es mucho que te las guarde".

III

Acmet a sus valientes acaudilla,  
y enrojece la gasa en los turbantes  
la sangre que derrama su cuchilla...:  
¡Ruda es la lid en ánimos constantes!

Mas del padre de Fakma los guerreros  
son más que tus arenas, mar bravío;  
sólo resiste Acmet a sus aceros;  
mordieron los demás el polvo frío.

Sobre su corcel árabe encorvado,  
da la muerte y la busca, mas no la halla,  
que el indómito bruto desbocado  
lo sacó del lugar de la batalla.

Vuela al punto a su hermosa. ¿El hado crudo  
templará su dolor con dicha cierta...?  
Llegó por fin, y del puñal agudo  
con el pomo tenaz, llamó a la puerta.

“¡Desposada de mi vida!

”flor de mis vergeles, abre,

”que si tardas en abrir,

”te apresuras en matarme.”

—”¿Cómo te he de abrir mis puertas

”si no te conozco...? ¿Sabes

”cuál ha sido en el desierto

”la suerte de los combates?”

—”Fatal, adorada mía;

”salió vencedor tu padre:

”sólo yo, tu esposo, vivo;

”de los míos ya no hay nadie.”

—”Mientes, áspid venenoso,

”mientes, traidor y cobarde,

”mi esposo murió en la lid,

”que mi esposo morir sabe.

”Del choque jamás huyó,

”que algo más su acero vale:

”do los suyos perecieron

”mi querido esposo yace.

”Voy a celebrar con él

”nuestras bodas sepulcrales...

”pero tú, extranjero vil,

”huye mi umbral, no me llames”.

#### IV

La puerta cedió por fin

a los golpes del amante,

que vió a Fakma por el suelo,

revolcándose en su sangre.

### GABRIEL GARCIA TASSARA

(1817 Sevilla-1875)

24

#### A QUINTANA

Cuando al rayar el día,

allá de mi lejana adolescencia,

el dios de la armonía,

que es el dios de la humana inteligencia,

su inspiración ardiente

vertió en mi corazón, vertió en mi frente,

Sonó, sonó en mi oído  
de patria y libertad un eco santo  
de insólito sonido;  
la voz del vate, del profeta el canto  
que al ruido de tus olas  
¡patrio Guadalquivir! canté a mis solas.

No era, no, ya la Musa  
que triscando por riscos y por faldas  
tonos femíneos usa,  
y del dios del placer entre guirnaldas  
frívola adoradora,  
Dios, hombre, mundo, humanidad ignora.

Era la gran Poesía;  
la que del mundo en las remotas partes,  
como en la Grecia un día,  
fué madre de las ciencias y las artes,  
voz del cielo en la tierra,  
el himno de la paz y de la guerra.

Era la voz de un siglo  
que al nacer y al morir luchó iracundo  
con el feroz vestiglo  
de la que fué superstición del mundo,  
y en generosa saña  
“sé España, ¡España!” le gritaba a España.

Era tu grande acento,  
¡Quintana! era tu voz que, en la sombría  
carcel del pensamiento  
sonando y resonando, removía  
con versos como espadas  
de España las entrañas ulceradas.

Pelayo, ardiente rayo  
contra el Islám y el oriental Califa,  
el Cid, nuevo Pelayo,  
Guzmán, Bruto de España, allá en Tarifa,  
Padilla en sangre tinto,  
a tu gloria fatal ¡oh Carlos Quinto!

Las del Panteón hispano  
del austriaco Escorial turbadas sombras  
que a España dan en vano  
las banderas del mundo por alfombras,  
si tu ignea fantasía  
en ellas sólo ve la tiranía;

Aquellas sombras tristes  
del grande emperador, del rey prudente  
que al tribunal trajistes  
de una infeliz generación que aún siente  
rodar por el vacío  
la España, su esplendor, su poderío;

El infecundo nieto  
de ellos en pos que la corona ingente,  
no rey, sino esqueleto,  
deja caer de la caduca frente,  
y a los Borbones fía,  
esqueleto como él, su monarquía;

El pensamiento humano  
que, arrebatado de ambición inmensa,  
arcano tras arcano  
a los cielos robándoles, condensa  
la palabra del hombre  
en monumento que a la edad asombre;

España, en fin, España,  
sacudiendo dos siglos de desmayo,  
y con la antigua saña  
blandiendo en las Termópilas de Mayo  
la espada de Pavía  
que la herrumbre del ocio carcomía;

Tal fué tu gran poema...  
¡Himno de las batallas! ¡Armonía  
de muerte y de anatema  
que de Bailén a Waterloo seguía  
con eco sobrehumano  
de la Europa vengada al gran tirano!

¡Himno de las batallas!  
De aquellas ¡ay! donde la fuerza blande  
sus bronces y sus mallas,  
y de aquellas también do en lid más grande  
despliega su violencia  
el guerrero sin paz, la inteligencia.

En la memoria mía  
nunca olvidados, no, mas confundidos  
en la honda lejanía  
de los años en pos desvanecidos,  
tus cantos hoy se elevan  
y el entusiasmo juvenil renuevan.

Mas ¡ay! ¿qué dejo amargo  
posa en mis labios el licor ardiente?  
¿Por qué de su letargo  
quiere en vano salir mi torva mente,  
y enluta el alma mía  
nube de funeral melancolía?

Triunfó la independencia  
y la Europa triunfó; pero a la España  
se le arrancó la herencia  
de la que fué su inmarcesible hazaña,  
y envuelta en sus pendones  
la postrera quedó de las naciones.

Triunfó también un día  
la libertad; pero la Europa entera,  
cual vasta alcahicería,  
como inmenso taller do el oro impera,  
fabrica ciudadanos  
que están pidiendo y que tendrán tiranos.

¡Oh! si la musa heroica  
que cantó con transportes sacrosantos  
la libertad estoica  
de Grecia y Roma en inmortales cantos,  
volviese a la armonía,  
con su lira de bronce, ¿qué diría?

¿Acaso contemplados  
a la tétrica luz de lo presente  
los siglos ya pasados,  
aquella España en cuya altiva frente  
tu rayo se blandía,  
la misma maldición te arrancarías?

El fanatismo odiaste:  
¡Pluguiese a Dios que aún fanatismo hubiera!  
El himno que entonaste  
un fanatismo fué que en su carrera  
abrió cielos y abismos:  
¿Qué es ¡ay! la humanidad sin fanatismos?



Ninguno ya, ninguno  
existe ya; ni el que ensalzó al monarca  
ni el que inflamó al tribuno:  
un dios brutal el universo abarca  
desde el altar deshecho,  
el dios de la materia, el dios del hecho.

Y en vez de aquella santa  
familia de los pueblos soberanos  
que, libre la garganta  
de los yugos de todos los tiranos,  
imaginó el deseo,  
el Bajo Imperio de la Europa veo.

Así en la acobardada  
Roma, Horacio cantó mientras la lengua  
de Cicerón clavada  
en los rostros guardados a tal mengua,  
tu última arenga hacia  
¡romana libertad! en tu agonía.

¡Oh ilusión venturosa  
de una generación que se derrumba!  
Nosotros, su ingloriosa  
posteridad, junto a su ilustre tumba  
pasamos sonriendo,  
su generoso error escarneciendo.

Nosotros, los espúreos  
hijos del desengaño que trocamos  
por mantos epicúreos  
la toga consular que despreciamos,  
y, a toda patria ajenos,  
sabemos más, pero valemos menos.

Y qué, ¿será mentira  
cuanto el hombre esperó? ¿Será delirio  
el genio que le inspira,  
la virtud y el valor vano martirio,  
y el Dios que al hombre cría  
el Dios de una perpetua tiranía?

¡Oh! no: vendrá la historia  
y, al legar a los siglos sus anales,  
dirá al fin tu victoria  
¡oh raza de tribunos inmortales!  
Pueblos, guardad su herencia:  
la fe en la humanidad fué su creencia.

Y tú que el vate fuiste  
de esa tribu inmortal ¡noble poeta!  
y tú que enmudeciste,  
vencido no, mas desdeñoso atleta,  
y en sombra refulgente  
velas hoy con rubor tu anciana frente;

si aún vive aquella musa  
que tú alentaste al despuntar su día,  
cuando con voz confusa,  
vagando en el pensil de Andalucía,  
cantaba la infelice  
tragedia de Pausanias y Cleonice;

no temas que abandone  
las santas cumbres donde a verse alcanza  
el sol que no se pone;  
sol de la humanidad y la esperanza,  
el sol que el hombre implora,  
el sol del porvenir que está en su aurora.

25

## EL INSOMNIO

El rayo azul de la naciente aurora  
penetra ya la espesa celosía,  
y huye al sonar el cántico del día  
de las tinieblas la glacial señora.

Y en vano el sueño y la quietud implora  
del cielo sordo la plegaria mía;  
sufra también del mundo en la alegría  
el que del mundo la tristeza llora.

Fiebre, insomnio y delirio y mi despecho  
los genios son que sus fatales teas  
en torno vibran de mi ardiente lecho.

Ven con la eternidad si esto deseas,  
hiere mi sien, sepúltate en mi pecho,  
y ¡oh sueño! ven aunque la muerte seas.

## MANUEL DE CABANYES

(1808 Villanueva y Geltrú-1833)

26

## LA INDEPENDENCIA DE LA POESIA

Como una casta ruborosa virgen  
se alza mi musa, y tímida las cuerdas  
pulsando de su arpa solitaria,  
suelta la voz del canto.

¡Lejos, profanas gentes! No su acento  
del placer muelle, corruptor del alma,  
en ritmo cadencioso hará suave  
la funesta ponzoña.

¡Lejos, esclavos, lejos! No sus gracias  
cual vuestro honor traficarse y se venden;  
no sangri-salpicados techos de oro  
resonarán sus versos.

En pobre independencia, ni las iras  
de los verdugos del pensar la espantan  
de sierva a fuer; ni, meretriz impura,  
vil metal la corrompe.

Fiera como los montes de su patria,  
galas desecha que maldad cobijan:  
las cumbres vaga en desnudez honesta;  
mas ¡guay de quien la ultraje!  
Sobre sus cantos la expresión del alma  
vuela sin arte: números sonoros  
desdeña y rima acorde; son sus versos  
cual su espíritu libres.

Duros son; mas son fuertes, son hidalgos  
cual la espada del bueno: y nunca, nunca  
tu noble faz con el rubor de oprobio  
cubrirán, madre España,

Cual del cisne de Ofanto los cantares  
a la reina del mundo avergonzaron,  
de su opresor con el infame elogio  
sus cuitas acreciendo.

¡Hijo cruel, cantor ingrato! El cielo  
le dió una lira mágica y el arte  
de arrebatarse a su placer las almas  
y arder los corazones;

le dió a los héroes celebrar mortales  
y a las deidades del Olimpo... El eco  
del Capitolio altivo aún los nombres  
que él despertó tornaba.

## RAMON DE CAMPOAMOR

(1817 Navia-1901)

27

### COSAS DE LA EDAD

#### I

—“Sé que corriendo, Lucía,  
tras criminales antojos,  
has escrito el otro día  
una carta que decía:  
—Al espejo de mis ojos—.

”Y aunque mis gustos añejos  
marchiten tus ilusiones,  
te han de hacer ver mis consejos  
que contra tales espejos  
se rompen los corazones.

”¡Ay! ¡No rindiera, en verdad,  
el corazón lastimado  
a dura cautividad,  
si yo volviera a tu edad,  
y lo pasado, pasado!

"Por tus locas vanidades,  
¡que son, oh niña, no miras  
más amargas las verdades  
cuanto allá en las mocedades  
son más dulces las mentiras!

"¡Y que es la tez seductora  
con que el semblante se aliña,  
luz que la edad descolora!  
Mas ¿no me escuchas, traidora?  
(¡Pero, señor, *si es tan niña!*...)"—

## II

"Conozco, abuela, en lo helado  
de vuestra estéril razón,  
que en el tiempo que ha pasado,  
o habéis perdido o gastado  
las llaves del corazón.

"Si amor con fuerzas extrañas  
a un tiempo mata y consuela,  
justo es detestar sus sañas;  
mas no amar, teniendo entrañas,  
eso es imposible, abuela.

"¿Nunca soléis maldecir  
con desesperado empeño  
al sol que empieza a lucir  
cuando os viene a interrumpir  
la felicidad de un sueño?

”¿Jamás en vuestros desvelos —  
cerráis los ojos con calma —  
para ver solas, sin celos,  
imágenes de los cielos  
allá en el fondo del alma?

”¿Y nunca veis, en mal hora, —  
miradas que la pasión —  
lance tan desgarradora,  
que os hagan llevar, señora,  
las manos al corazón?

”¿Y no adoráis las ficciones  
que, pasando, al alma deja  
cierta ilusión de ilusiones?...  
Mas ¿no escucháis mis razones?  
(¡Pero, señor, si es tan vieja!...)” —

### III

—No entiendo tu amor, Lucía.  
—Ni yo vuestros desengaños.  
—Y es porque la suerte impía  
puso entre tu alma y la mía  
el yerto mar de los años.

Mas la vejez destructora  
pronto templará tu afán.  
—Mas siempre entonces, señora,  
buenos recuerdos serán —  
las buenas dichas de ahora.

—¡Triste es el placer gozado!  
—Más triste es el no sentido;  
pues yo decir he escuchado  
que siempre el gusto pasado  
suele deleitar perdido.

—Oye a quien bien te aconseja.  
—Inútil es vuestra riña.  
—Siento tu mal.—No me aqueja.  
—(¡Pero, señor, *si es tan niña!*...)  
—(¡Pero, señor, *si es tan vieja!*...)

28

## LA COMEDIA DEL SABER

*A mi amigo don Tomás Rodríguez Rubí*

### I

*(Asunto, lo que es verdad.  
Gradas de curiosos llenas.  
Lugar de la acción, Atenas.  
Epoca, en la antigüedad).*

*(Gran pausa.—Escena primera.  
Como el que se duerme andando,  
sale Heráclito llorando,  
y dice de esta manera:)*

—¡Ay! mi ciencia es bien menguada,  
pues nada en el mundo sé;



si sé que hay Dios, es porque  
*de nada no se hace nada.*

Respeto la autoridad,  
que es de los inícuos valla...  
—¡Falso!—(*grita la canalla*),  
(*Los nobles dicen:*)—¡Verdad!

Heráclito:—Yo imagino  
que es la autoridad de un rey  
poder que la humana ley  
saca del poder divino.

No hay más dicha que el deber:  
Todo aquel que hombre se llama  
dará por honra la fama,  
y el poder por el saber.

Dad a los buenos honores,  
y castigo a los demás...  
(*Aquí le silban los más,*  
*y le aplauden los mejores*).

Nuestra vida debe ser  
por nuestras faltas llorar,  
meditar y meditar,  
creer y siempre creer.

(*Rumores.—Después quietud.*)  
Heráclito:—En conclusión,  
la justa moderación  
da saber, paz y virtud.

II

(Gime Heráclito, y a poco sale Demócrito y mira, y al ver que el otro suspira, se echa a reír como un loco.)

(Segundo acto.—El pueblo está casi cortés, de callado.)

Heráclito:—¡Desgraciado!

Demócrito:—¡Ja! ¡ja! ¡ja!

Heráclito:—Es duelo todo.

Demócrito:—Todo es juego.

Heráclito:—El alma es fuego.

Demócrito:—El alma es lodo.

(Calla Heráclito y murmura:)

—¡Todo en la vida es miseria!

(Y Demócrito:)—¡Es materia todo en el mundo, y locura!

Materia sin albedrío son Dios, el hombre y el bruto; el átomo es lo absoluto; lo único real el vacío.

Filósofos, que en el mundo buscáis lo cierto, ¡apartad! Si existe, está la verdad dentro de un pozo profundo.

Es del alma universal  
parte nuestra alma también...

(*Muchos, casi todos:*)—¡Bien!

(*Y pocos, muy pocos:*)—¡Mal!

Demócrito:—Un torbellino  
de átomos en movimiento  
son Dios, la vida, el contento,  
la justicia y el destino.

Cuanto existe en derredor,  
de lo que existía se hace;  
y hasta el hombre crece y nace  
cual nace y crece una flor.

Y así, lo que ha de existir  
nacerá de lo existente.  
¡Pueblo! goza en lo presente,  
y olvida lo porvenir.

(*Risa.—Aplauso general.*)

Demócrito:—En conclusión,  
el alma es la sensación:  
el placer es la moral.—

—Vivir, es creer y pensar  
(*dice Heráclito gimiendo.*)  
(*Y Demócrito riendo:*)  
—¡Vivir!... sentir y gozar.—

(*Llanto y risa.—El cielo, en tanto,  
sigue su curso imparcial,*

*pues hasta el fin le es igual  
nuestra risa o nuestro llanto.*

*Y uno y otro concluyendo,  
queda un bando y otro bando,  
con Heráclito llorando,  
con Demócrito riendo.*

*Y así pensando en pensar  
si ha de llorar o reír,  
ve el hombre su vida huír  
entre reír y llorar.)*

### III

*(Ruido.—Dudas.—Desencanto.  
Sale en el acto tercero  
Sócrates, cual dice Homero,  
riéndose bajo el llanto.)*

Sócrates:—Sin ton ni son  
riñe aquí un loco a otro loco;  
¿no veis que entre mucho y poco  
está la moderación?

La fe del uno es menguada;  
grande es del otro la fe;  
yo sólo una cosa sé,  
y es que sé *que no sé nada.*

Conócete, debe ser  
de nuestra ciencia el abismo;

quien se conozca a sí mismo  
sabría cuanto hay que saber.

Para la ciencia, reacias  
las plebes... (*El pueblo todo  
lo silba aquí de tal modo,  
que Sócrates dice:*)— Gracias!

Siempre el pueblo soberano  
revela al hombre imparcial  
la presencia universal  
de un universal tirano.

(*Nueva silba.—Sensación.*)  
Sócrates:—De mi alma rey,  
sólo obedezco a la ley  
que Dios puso en mi razón.

(*Ruge la chusma indignada.*)  
Sócrates:—Y de tal modo,  
que el hombre es centro de todo,  
y todo ante el hombre es nada.

Sólo hay un Dios... (*Gran rumor  
entre la vil multitud.*)  
Sócrates:—Dios de virtud,  
del bien y lo bello autor.

A un Dios solo, fe tributa  
un corazón como el mío...  
(*Y el pueblo grita:*)—A ese impío,  
 la cicuta!  la cicuta!

*(Y mientras del pueblo el celo  
lo arrastra a tan mala suerte,  
Sócrates dice:—) ¡La muerte!  
¡Ultima bondad del cielo!—*

*(Y así, no alegando excusa,  
no salva esta vida ruín,  
que, cual la hiel, le da fin  
un vaso de Siracusa.*

*¿Quién mejor su juicio emplea?  
¿El sabio o el pueblo homicida?  
Si el sabio, ¡gloria a la vida!  
Si el pueblo, ¡maldita sea!*

#### IV

*(Acto cuarto.—Se alborota  
la plebe a Diógenes viendo  
taza y linterna trayendo,  
la alforja y la capa rota.*

*Al empezar iracundo  
Diógenes silba a los tres,  
como le silba después  
a Diógenes todo el mundo.)*

*Diógenes:—Pruebo que es vana  
toda regla de razón,  
en este sueño en acción  
que llamamos vida humana,*

si a preguntaros me atrevo  
¿de quién antes se origina,  
el huevo de la gallina,  
o la gallina del huevo?—

*(Todos tres su menosprecio  
le hacen a Diógenes ver,  
y éste hace a los tres saber  
su desprecio hacia el desprecio.)*

Diógenes:—Nada hay formal;  
esta vida es una gresca  
trági-cómico-burlesca,  
jocoso-sentimental.

No hay ninguna cosa cierta,  
más que son vuestras locuras  
escenas de criaturas  
junto a una tumba entreabierta.

El pensar, creer y sentir,  
no es sentir, creer ni pensar;  
eso se debe llamar  
nacer, crecer y morir.

Si aplico aquí mi linterna,  
ni con un hombre tropiezo.  
¡La vida! eterno bostezo,  
si no es una falta eterna.

¡Mundo! esfuerzos sin deber;  
virtudes sin religión;

puntos de honor sin razón,  
y crímenes sin placer.

(*Los unos prorrumpen:*)—¡Fuera!  
(*Los otros exclaman:*)—¡Bravo!  
(*Y todos gritan al cabo,*  
*éstos:*)—¡Viva!—(*Aquéllos:*)—¡Muera!

(*Yo al ver a todos, me río,*  
*pues llorar no puedo ya:*  
*¡dónde el depósito está*  
*de las lágrimas, Dios mío!*)

V

(*El pueblo a la conclusión*  
*muestra, al partir tristemente,*  
*aire de duda en la frente,*  
*y angustia en el corazón.*)

(*Dice éste al irse:*)—¡A pensar!  
(*Y aquél murmura:*)—¡A sentir!  
(*Uno:*)—¡A reir! ¡A reir!  
(*Y otro:*)—¡A llorar! ¡A llorar!

(*Resumen:*—¿*Qué es el vivir?*  
—Sentir, uno. *Otro:*—Crear.  
*Este:*—Crear y saber.  
*Y aquél:*—Ni creer ni sentir.

¿*Qué es el mundo?*—*Lo que vemos.*—  
¿*Y el saber?*—*Lo que se ignora.*—



*Y ¿qué es Dios?—Lo que se adora.—  
¿Y virtud?—Lo que queremos.—*

*Y aunque más el pueblo alcanza  
con su virtud-armonía,  
con su fe-sabiduría  
y con su dios-esperanza,*

*los sabios al escuchar,  
ignora el pueblo qué hacer,  
si ha de dudar o creer  
si ha de reir o llorar.)*

29

## LOS DOS MIEDOS

### I

Al comenzar la noche de aquel día,  
ella, lejos de mí,  
—¿Por qué te acercas tanto—me decía:  
—¡Tengo miedo de ti!—

### II

Y después que la noche hubo pasado,  
dijo, cerca de mí:  
—¿Por qué te alejas tanto de mi lado?  
—¡Tengo miedo sin ti!—

CAROLINA CORONADO

(1823 Almendralejo-1911)

30

EL AMOR DE LOS AMORES

I

¿Cómo te llamaré para que entiendas  
que me dirijo a ti, dulce amor mío,  
cuando lleguen al mundo las ofrendas  
que desde oculta soledad te envió?...

A ti, sin nombre para mí en la tierra  
¿cómo te llamaré con aquel nombre,  
tan claro, que no pueda ningún hombre  
confundirlo, al cruzar por esta sierra?

¿Cómo sabrás que enamorada vivo  
siempre de ti, que me lamento sola  
del Gévora que pasa fugitivo  
mirando relucir ola tras ola?

Aquí estoy aguardando en una peña  
a que venga el que adora el alma mía;  
¿por qué no ha de venir, si es tan risueña  
la gruta que formé por si venía?

¿Qué tristeza ha de haber donde hay zarzales  
todos en flor, y acacias olorosas,  
y cayendo en el agua blancas rosas,  
y entre la espuma lirios virginales?

Y ¿por qué de mi vista has de esconderte;  
por qué no has de venir si yo te llamo?  
¡Porque quiero mirarte, quiero verte  
y tengo que decirte que te amo!

¿Quién nos ha de mirar por estas vegas  
como vengas al pie de las encinas,  
si no hay más que palomas campesinas  
que están también con sus amores ciegos?

Pero si quieres esperar la luna,  
escondida estaré en la zarza-rosa,  
y si vienes con planta cautelosa  
no nos podrá sentir paloma alguna.

Y no temas si alguna se despierta,  
que si te logro ver, de gozo muero,  
y aunque después lo cante al mundo entero,  
¿qué han de decir los vivos de una muerta?

## II

Como lirio del sol descolorido  
ya de tanto llorar tengo el semblante,  
y cuando venga mi gallardo amante,  
se pondrá al contemplarlo entristecido.

Siempre en pos de mi amor voy por la tierra  
y creyendo encontrarle en las alturas,  
con el naciente sol trepo a la sierra,  
con la noche desciendo a las llanuras.

Y hallo al hambriento lobo en mi camino  
y al toro que me mira y que me espera;  
en vano grita el pobre campesino:  
“No cruces por la noche la ribera”.

En la sierra de rocas erizada,  
del valle entre los árboles y flores,  
en la ribera sola y apartada  
*he esperado al amor de mis amores.*

A cada instante lavo mis mejillas  
del claro manantial en la corriente,  
y le vuelvo a esperar más impaciente  
cruzando con afán las dos orillas.

A la gruta te llaman mis amores;  
mira que ya se va la primavera  
y se marchitan las lozanas flores  
que traje para ti de la ribera.

Si estás entre las zarzas escondido  
y por verme llorar no me respondes,  
ya sabes que he llorado y he gemido,  
y yo no sé, mi amor, por qué te escondes.

Tú pensarás, tal vez, que desdeñosa  
por no enlazar mi mano con tu mano  
huiré, si te me acercas, por el llano  
y a los pastores llamaré medrosa.

Pero te engañas, porque yo te quiero  
con delirio tan ciego y tan ardiente,  
que un beso te iba a dar sobre la frente  
cuando me dieras el adiós postrero.

### III

Dejaba apenas la inocente cuna  
cuando una hermosa noche en la pradera  
los juegos suspendí por ver la luna  
y en sus rayos te ví, la vez primera.

Otra tarde después, cruzando el monte,  
vi venir la tormenta de repente,  
y por segunda vez, más vivamente  
alumbró tu mirada el horizonte.

Quise luego embarcarme por el río  
y hallé que el són del agua que gemía,  
como la luz mi corazón hería,  
y dejaba temblando el pecho mío.

Me acordé de la luna y la centella,  
y entonces conocí que eran iguales  
lo que sentí escuchando a los raudales,  
lo que sentí mirando a la luz bella.

Vago, sin forma, sin color, sin nombre,  
espíritu de luz y agua formado,  
tú de mi corazón eras amado  
sin recordar en tu figura al hombre.

Angel eres, tal vez, a quien no veo  
ni lograré, jamás, ver en la tierra;  
pero sin verte en tu existencia creo  
y en adorarte mi placer se encierra.

Por eso entre los vientos bramadores  
salgo a cantar por el desierto valle,  
pues aunque en el desierto no te halle,  
ya sé que escuchas mi canción de amores.

Y ¿quién sabe si al fin tu luz errante  
desciende con el rayo de la luna,  
y tan sola otra vez, tan sola una,  
volveré a contemplar tu faz amante?

Mas, si no te he de ver, la selva dejo,  
abandono por siempre estos lugares,  
y peregrina voy hasta los mares,  
a ver si te retratas en su espejo.

IV

He venido a escuchar los amadores  
por ver si entre sus ecos logro oírte,  
porque te quiero hablar para decirte  
*que eres siempre el amor de mis amores.*

Tú ya sabes, mi bien, que yo te adoro  
desde que tienen vida mis entrañas,  
y vertiendo por ti mares de lloro  
me cansé de esperarte en las montañas.

La gruta que formé para el estío  
la arrebató la ráfaga de Octubre...  
¿Qué he de hacer allí sola al pie del río  
que todo el valle con sus aguas cubre?

Y ¡oh Dios! quién sabe si de ti me alejo  
conforme el valle solitario huyo,  
si no suena jamás un eco tuyo  
ni brilla de tus ojos un reflejo.

Por la tierra ¡ay de mí! desconocida,  
como el Gévora, acaso, arrebatada,  
dejo mi bosque y a la mar airada  
a impulso de este amor corro atrevida.

Mas si te encuentro a orilla de los mares  
cesaron para siempre mis temores,  
porque puedo decirte en mis cantares  
*que tú eres el amor de mis amores.*

V

Aquí tu barca está sobre la arena:  
desierta miro la extensión marina:  
te llamo sin cesar con tu bocina  
y no pareces a calmar mi pena.

Aquí estoy en la barca triste y sola  
aguardando a mi amado noche y día;  
llega a mis pies la espuma de la ola,  
y huye otra vez, cual la esperanza mía.

¡Blanca y ligera espuma transparente,  
ilusión, esperanza, desvarío,  
como hielas mis pies con tu rocío  
el desencanto hiela nuestra mente!

Tampoco es en el mar a donde él mora,  
ni en la tierra ni el mar mi amor existe:  
¡ay! dime si en la tierra te escondiste  
o si dentro del mar estás ahora.

Porque es mucho dolor que siempre ignores  
que yo te quiero ver, que yo te llamo  
sólo para decirte que te amo,  
*que eres siempre el amor de mis amores!*

## VI

Pero te llamo yo ¡dulce amor mío!  
como si fueras tú mortal viviente,  
cuando sólo eres luz, eres ambiente,  
eres aroma, eres vapor del río.

Eres la sombra de la nube errante,  
eres el són del árbol que se mueve,  
y aunque a adorarte el corazón se atreve,  
tú sólo en la ilusión eres mi amante.

Hoy me engañas también como otras veces;  
tú eres la imagen que el delirio crea,  
fantasma del vapor que me rodea,  
que con el fuego de mi aliento creces.

Mi amor, el tierno amor por el que lloro  
eres tan sólo tú ¡señor Dios mío!  
si te busco y te llamo, es desvarío  
de lo mucho que sufro y que te adoro.

Yo nunca te veré, porque no tienes  
sér humano, ni forma, ni presencia:  
yo siempre te amaré, porque en esencia  
a el alma mía como amante vienes.

Nunca en tu frente sellará mi boca  
el beso que al ambiente le regalo;  
siempre el suspiro que a tu amor exhalo  
vendrá a quebrarse en la insensible roca.

Pero cansada de penar la vida,  
cuando se apague el fuego del sentido,  
por el amor tan puro que he tenido,  
tú me darás la gloria prometida.

Y entonces al ceñir la eterna palma,  
que ciñen tus esposas en el cielo,  
el beso celestial, que darte anhelo,  
llena de gloria te dará mi alma.

31

¡OH, CUÁL TE ADORO!

¡Oh, cuál te adoro! Con la luz del día  
tu nombre invoco apasionada y triste,  
y cuando el cielo en sombras se reviste  
aún te llama exaltada el alma mía.

Tú eres el tiempo que mis horas guía,  
tú eres la idea que a mi mente asiste,



porque en ti se concentra cuanto existe,  
mi pasión, mi esperanza, mi poesía!

No hay canto que igualar pueda a tu canto  
cuando tu amor me cuentas, y deliras  
revelando la fe de tu contento.

Tiemblo a tu voz y tiemblo si me miras,  
y quisiera exhalar mi último aliento  
abrasada en el aire que respiras.

## VENTURA RUIZ AGUILERA

(1820 Salamanca-1881).

32

### EL ARBOL DE LA LIBERTAD

—Aún vagaba en mis labios sonrisa de niño  
cuando cerca del árbol sagrado pasé;  
a sus ramos de flores venían las aves,  
cristalino arroyuelo besaba su pie.  
Para él eran los gratos perfumes del monte,  
dulces sonos los aires poblaban por él;  
entre todos su frente soberbia se alzaba  
como en medio a su corte de siervos un rey.

*¡Ay! ¿dónde está ahora?*

*¿Dónde está que mis ojos aquí no le ven?*

—Un pastor me ha contado su lúgubre historia  
con sentidas palabras de acerbo dolor;  
turba extraña a su lado tendióse una tarde  
que torrentes de fuego bajaban del sol.

Con sus verdes guirnaldas el árbol florido,  
sombra espesa, frescura y aromas le dió;  
y las aves alegres en blando concierto  
regalaron su oído con dulce canción.

*¡Ay! ¿dónde está ahora?*

*¿Dónde está que ni rastro del árbol quedó?*

—Esa turba de viles hambrienta llegaba  
como tigre que busca sangriento festín;  
y, al mirarlos, cebóse con ansia de muerte  
en los frutos sabrosos del árbol gentil.  
Desde entonces el cielo se cubre de luto,  
desde entonces las aves no quieren venir;  
y el cristal de la fuente parece que gime,  
y la zarza y el cardo vegetan aquí.

*¡Ay! ¿dónde está ahora?*

*¿Dónde está que su pompa no miro lucir?*

—En las peñas aguzan destrales de muerte  
que en el tronco robusto retumban al dar;  
cada vez que los golpes con furia descargan  
las montañas repiten el eco fatal.  
Ya derriban el árbol con bárbaro estruendo  
alaridos salvajes lanzando a la par;  
y su tronco y sus ramas y flores consumen  
los torrentes de llamas de hoguera voraz.

*¡Ay! ¿dónde está ahora?*

*Ya no queda del árbol ni aun triste señal.*

—Mas el árbol querido del pueblo no muere;  
sus inmensas raíces el cielo salvó;

cuando rompan del monte las duras entrañas,  
brotarán cien renuevos con doble esplendor.  
Y serán guardas fieles del bosque sagrado  
cuantos buenos hoy lloran en larga opresión;  
sin que hambrientos su fruto con rabia devoren,  
sin que a ingratos su sombra preserve del sol.

*Que arranquen los hombres*

*lo que sabia sustenta la mano de Dios.*

33

### EL HOGAR PATERNO

—¿Qué tendrá la luz que sale  
de ese monte, qué tendrá?

¿Qué tendrá,  
que una lágrima ha bañado  
la mejilla del soldado  
que el servicio cumplió ya?

Ni el incendio del combate,  
ni el palacio del magnate  
donde brillan a la par  
mil luces bellas,  
le han hecho nunca llorar;  
*pero esa luz es del pueblo,  
del pueblo natal.*

—¿Qué tendrá de esa campana  
el tañido, qué tendrá?

¿Qué tendrá,

que tan dulce ha resonado  
en el alma del soldado  
que el servicio cumplió ya?

Ni los cánticos de gloria,  
ni la voz de la victoria  
que entusiasmo al militar,  
con tal ternura  
nunca le han hecho llorar;  
*es porque esa es la campana  
del pueblo natal.*

—¿Qué tendrá el ladrido ronco  
de ese perro, qué tendrá?

¿Qué tendrá,  
que cual voz de un sér amado  
sentir hace al buen soldado  
que el servicio cumplió ya?

Ni la alegre cantinera,  
de su vida compañera,  
ni la franca lealtad  
del camarada,  
le han hecho tanto llorar;  
*es que ese perro ha salido  
del pueblo natal.*

—¿Qué tendrá el humo que sale  
de esas chozas, que tendrá?

¿Qué tendrá,  
que con júbilo extremado  
lo contempla el buen soldado  
que el servicio cumplió ya?

Ni del seno de las flores

son más gratos los olores,  
que el que piensa respirar  
al ver del humo  
la negra y leve espiral;  
*porque es de las chimeneas  
del pueblo natal.*

—¿Qué tendrá ese pobre viejo  
que le abraza, qué tendrá?

¿Qué tendrá,  
que la frente ha reclinado  
en su pecho el buen soldado  
que el servicio cumplió ya?

A la entrada de la aldea  
turba alegre les rodea,  
saludando al militar;

y éste conoce  
que entre los suyos está,  
*porque oye el acento amado  
del pueblo natal.*

## ANTONIO ARNAO

(1828 Murcia-1889)

34

### ARMONIAS

¿Sabes cuál es la música süave  
que a mi turbado espíritu embelesa  
por vaga y dulce y grave?  
No la del arte humano

que con sus tonos la pasión expresa;  
no la del ave que doliente pía  
y engendra sin igual melancolía;  
no la que canta el corazón ufano  
cuando en ardiente júbilo rebose:  
es la voz del silencio misteriosa  
que sobre el alto monte,  
y en la noche serena,  
de horizonte a horizonte  
la inmensidad de los espacios llena

## ANTONIO DE TRUEBA

(1821 Montellano-1889)

35

### A LA ORILLA DEL ARROYO

#### I

Una mañana de Mayo,  
una mañana muy fresca,  
entréme por estos valles,  
entréme por estas vegas.  
Cantaban los pajaritos,  
olían las azucenas,  
eran azules los cielos  
y claras las fuentes eran.  
Cabe un arroyo más claro  
que un espejo de Venecia,  
hallara una pastorcica,  
una pastorcica bella.

Azules eran sus ojos,  
dorada su cabellera,  
sus mejillas como rosas  
y sus dientes como perlas.  
Quince años no más tendría  
y daba placer el verla,  
“lavándose las sus manos,  
peinándose las sus trenzas”.

II

—Pastorcica de mis ojos  
—admirado la dijera—,  
Dios te guarde por hermosa:  
bien te lavas, bien te peinas.  
Aquí te traigo estas flores  
cogidas en la pradera;  
sin ellas estás hermosa,  
y estaráslo más con ellas.  
—No me placen, mancebico  
—respondióme la doncella—,  
no me placen, que me bastan  
las flores que Dios me diera.  
—¿Quién te dice que las tienes?  
¿Quién te dice que eres bella?  
—Me lo dicen los zagales  
y las fuentes de estas vegas—.  
Así habló la pastorcica  
entre enojada y risueña,  
“lavándose las sus manos,  
peinándose las sus trenzas”.

III

—Si no te placen las flores  
vente conmigo siquiera,  
y allá, bajo las encinas,  
sentadicos en la hierba,  
contaréte muchos cuentos,  
contaréte cosas buenas.

—Pues eso menos me place,  
porque el cura de la aldea  
no quiere que con mancebos  
vayan al campo doncellas—.

Tal dijo la pastorcica,  
y no pude convencerla  
con esta y otras razones,  
con esta y otras promesas.  
Partíme desconsolado,  
y prorrumpiendo en querellas,  
lloré por la pastorcica  
que sin darme otra respuesta,  
siguió cabe el arroyuelo  
entre enojada y contenta,  
“lavándose las sus manos,  
peinándose las sus trenzas”.

IV

Entréme por estos valles,  
entréme por estas vegas;  
mas... ¡mi corazón estaba  
muriéndose de tristeza,  
que odiosas me eran las flores  
y odiosas las fuentes me eran!



Torné cabe el arroyuelo  
donde a la doncella viera...  
El arroyo encontré al punto,  
¡mas no encontré la doncella!  
Pasaron días y días,  
y hasta semanas enteras,  
y yo no paso ninguna  
sin que al arroyo no vuelva;  
pero ¡ay!, que la pastorcica  
mis ojos aquí no encuentran,  
“lavándose las sus manos,  
peinándose las sus trenzas”.

### FRANCISCO CEA

(1825 Madrid-1857)

36

#### AL EMBESTIR

Cuando suelto la rienda a mi caballo  
y alas le pido al viento,  
salta la lumbre, y bajo el férreo callo  
retiembla el pavimento.

He roto ya una lanza en la muralla;  
con sangre el campo humea.  
Ante el solemne horror de la batalla  
mi espada centellea.

¡Ladrad, canes, ladrad!—Yo, en vuestra frente  
clavando el ancho escudo,

al són del trueno, en mi alazán valiente  
caeré con golpe rudo.

¡Paso! ¡Yo voy!—¡Ensondando el monte,  
retumbe mi amenaza!

¿Veis?... Ese sol, sangriento en su horizonte,  
relumbra en mi coraza.

¡Ay del que al aguijón de su ardimiento  
el hierro, audaz, blanda,  
y, en pos del rayo, en su furor violento,  
se lanza en la pelea.

¡Yo basto a hundir la colosal muralla  
do su pendón tremola!...

¿No ha de ceñirme el triunfo en la batalla  
con su brillante aureola?

La extensa faz, con los escombros rota  
recruje el ancha tierra...

¡Guay!—¡Ya a los vientos deslumbrando flota  
mi pabellón de guerra!

## ADELARDO LOPEZ DE AYALA

(1828 Guadalcanal-1879)

37

### SIN PALABRAS

Mil veces con palabras de dulzura  
esta pasión comunicarte ansío:  
mas ¿qué palabras hallaré, bien mío,  
que no haya profanado la impostura?

Penetre en ti callada mi ternura  
sin detenerse en el menor desvío:  
como rayo de luna en claro río,  
como aroma sutil en aura pura.

Ábreme el alma silenciosamente,  
y déjame que inunde satisfecho  
sus regiones, de amor y encanto llenas...

Fiel pensamiento, animaré tu mente;  
afecto dulce, viviré en tu pecho;  
llama suave, correré en tus venas.

38

### A UN PIE

El pie más lindo que acaricia el suelo  
jugaba ante mi vista complacida:  
yo, con mano dichosa y atrevida,  
de un espacio mayor levanté el velo.

Bella columna descubrió mi anhelo,  
por los mismos amores construída,

como, del recio vendaval movida,  
se abre la nube, y se descubre el cielo.

Detenido en las puertas de la gloria,  
aguardo que el Amor quiera propicio  
dilatar en sus reinos mi victoria.

Y hoy, recordando tan gallardo indicio,  
mil veces se complace mi memoria  
en dibujar completo el edificio.

## MANUEL DEL PALACIO

(1831 Lérída-1906)

39

### FÆDERIS ARCA

*A Leandro Pérez Cossío.*

Hay un asilo en mi pecho  
que las dudas no combaten,  
ni los placeres alegran,  
ni entristecen los pesares;  
oscuro como una tumba,  
invisible, inexpugnable,  
ni en él penetran las risas  
ni de él se escapan los ayes.  
Dios y yo tenemos sólo  
de ese sepulcro la llave,  
sepulcro que es paraíso  
con apariencias de cárcel:  
y Dios y yo solamente,  
en señalados instantes,

vemos lo que allí se oculta,  
o, mejor, lo que allí yace.

Una mujer no besada,  
una interrumpida frase,  
la memoria de algún sueño,  
el suspiro de algún ángel,  
hojas de flores marchitas,  
ecos de dulces cantares,  
brisas, estrellás, ardores,  
relámpagos, huracanes,  
todo lo que el alma crea  
y en el alma se deshace,  
tiene allí rumor y vida,  
cuerpo, sombra, espacio y aire;  
y flota en un oceano  
sin escollos ni oleaje,  
con la eternidad por puerto  
y la esperanza por nave.

Cuando, cansado o vencido,  
el espíritu se abate;  
cuando del pesar la nube  
lluvia de lágrimas trae;  
cuando el rencor o la envidia  
o la adulación cobarde  
por amigo me pretenden  
o me señalan por mártir;  
cuando el sol de mi ventura  
pienso que puede eclipsarse,

del asilo de mi pecho,  
donde no penetra nadie,  
abro la escondida puerta  
y en él me refugio amante,  
como se refugia un niño  
en los brazos de su madre.

40

¡CALLA!

—¡Nadie nos ve! Los hierros de tu reja  
me servirán de escala;  
en su crespón la noche nos envuelve.

—¡Sí; pero calla!

—Nadie nos oye; el aire se ha quedado  
dormido entre las ramas;  
todo es en derredor silencio y sombra.

—¡Sí; pero calla!

—¡Juro, puestos mis labios en tus labios,  
amarte con el alma;  
juro ser tuyo como tú eres mía...

—¡Sí; pero calla!

41

### AL CUMPLIR SESENTA AÑOS

Nave de mi existencia, ¡diste fondo!  
¡Y cuán desnuda miro y cuán brumosa  
la playa de los sueños venturosa,  
donde quiebra sus iras el mar hondo!

¡Con qué valor, virando por redondo,  
embestimos la espuma procelosa,  
y hoy, a la voz del riesgo que te acosa,  
con qué voces tan tímidas respondo!

No como ayer cargada de ilusiones  
del puerto te despidés altanera,  
que te cerraron ya los aquilones;

crece la sombra y el naufragio espera;  
¡quién sabe si serán estas canciones  
el último saludo a la bandera!

## EULOGIO FLORENTINO SANZ

(1825 Arévalo-1881)

42

### LA FIEL CASTELLANA

#### I

A la lid partió el caudillo  
contra las huestes morunas,  
y éranse ya doce lunas  
sin que tornase al castillo.

Y la pobre castellana  
¡siempre a la estrecha ventana!...  
De noche y de día, la frente a las rejas,  
por si una garzota descubre quizá,  
¡cuán triste murmura con flébiles quejas:

*Un año ya!*

II

Mustias las flores cayeron  
y otras al Mayo brotaron;  
y las aves que emigraron  
a sus nidos se volvieron.

Y la pobre castellana  
¡siempre a la estrecha ventana!...  
Las hebras del oro perdidas al viento,  
y al par que del alma suspira un *adiós*,  
¡cuán triste murmura con trémulo acento:

*Dos años... dos!*

III

Nubló el llanto su beldad;  
y en inútiles gemidos,  
eran tres años cumplidos  
de su amarga soledad.

Y la pobre castellana  
¡siempre a la estrecha ventana!...  
Sin toca en la frente, de luto vestida,  
y ornado el cabello de adelfa y ciprés,  
¡cuán triste murmura con voz extinguida:

*Tres años... tres!*

IV

Diz que el buho cantó un día,  
y a su aciago clamoreo  
vínose a tierra un trofeo  
del castillo en la armería.



Y la pobre castellana  
¡siempre a la estrecha ventana!...  
Y al par que murmura, la frente a las rejas,  
—¡Oh! ¿cuándo a mis brazos, mi bien, tornarás?,  
¡parece que el viento responde a sus quejas:

*¡Jamás... jamás!*

V

Servidores del castillo,  
tumba dan a la señora,  
y al llegar tan a deshora  
dice a la turba el caudillo:

—¿Cómo mi fiel castellana  
no me espera en su ventana?  
Mas fija en la fosa sus ojos inmóviles,  
y—¡Tarde!—murmura—¡muy tarde volví!  
Y en torno repiten pecheros y nobles:

*¡Muy tarde... sí!*

## GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER

(1836 Sevilla-1870)

43

### RIMAS

Yo sé un himno gigante y extraño  
que anuncia en la noche del alma una aurora,  
y estas páginas son de ese himno  
cadencias que el aire dilata en las sombras.

Yo quisiera escribirlo, del hombre  
domando el rebelde, mezquino idioma,  
con palabras que fuesen a un tiempo  
suspiros y risas, colores y notas.

Pero en vano es luchar; que no hay cifra  
capaz de encerrarlo, y apenas ¡oh hermosa!  
si, teniendo en mis manos las tuyas,  
pudiera, al oído, cantártelo a solas.

44

\* \* \*

Espíritu sin nombre,  
indefinible esencia,  
yo vivo con la vida  
sin formas de la idea.

Yo nado en el vacío,  
del sol tiemblo en la hoguera,  
palpito entre las sombras  
y floto con las nieblas.

Yo soy el fleco de oro  
de la lejana estrella;  
yo soy de la alta luna  
la luz tibia y serena.

Yo soy la ardiente nube  
que en el ocaso ondea;  
yo soy del astro errante  
la luminosa estela.

Yo soy nieve en las cumbres,  
soy fuego en las arenas,  
azul onda en los mares,  
y espuma en las riberas.

En el láud soy nota,  
perfume en la violeta,  
fugaz llama en las tumbas,  
y en las ruinas hiedra.

45 Yo atrueno en el torrente,  
y silbo en la centella,  
y ciego en el relámpago,  
y rojo en la tormenta.

Yo río en los alcores,  
susurro en la alta yerba,  
suspiro en la onda pura,  
y lloro en la hoja seca.

Yo ondulo con los átomos  
del humo que se eleva,  
y al cielo lento sube  
en espiral inmensa.

Yo, en los dorados hilos  
que los insectos cuelgan,  
me mezco entre los árboles  
en la ardorosa siesta.

Yo corro tras las ninfas  
que en la corriente fresca

del cristalino arroyo  
desnudas juguetean.

Yo, en bosques de corales,  
que alfombran blancas perlas,  
persigo en el Océano  
las náyades ligeras.

Yo, en las cavernas cóncavas,  
do el sol nunca penetra,  
mezclándome a los gnomos,  
contemplo sus riquezas.

Yo busco de los siglos  
las ya borradas huellas,  
y sé de esos imperios  
de que ni el nombre queda.

Yo sigo en raudo vértigo  
los mundos que voltean,  
y mi pupila abarca  
la creación entera.

Yo sé de esas regiones  
a do un rumor no llega,  
y donde informes astros  
de vida un soplo esperan.

Yo soy sobre el abismo  
el puente que atraviesa;  
yo soy la ignota escala  
que el cielo une a la tierra.

Yo soy el invisible  
anillo que sujeta  
el mundo de la forma  
al mundo de la idea.

Yo, en fin, soy ese espíritu,  
desconocida esencia,  
perfume misterioso,  
de que es vaso el poeta.

45

\* \* \*

Cuando miro el azul horizonte  
perderse a lo lejos,  
al través de una gasa de polvo  
dorado e inquieto,  
me parece posible arrancarme  
del mísero suelo,  
y flotar con la niebla dorada  
en átomos leves  
cual ella deshecho.

Cuando miro de noche en el fondo  
oscuro del cielo  
las estrellas temblar, como ardientes  
pupilas de fuego,  
me parece posible a do brillan  
subir en un vuelo,  
y anegarme en su luz, y con ellas  
en lumbre encendido  
fundirme en un beso.

En el mar de la duda en que bogo  
ni aun sé lo que creo;  
¡sin embargo, estas ansias me dicen  
que yo llevo algo  
divino aquí dentro!...

46

\* \* \*

Volverán las oscuras golondrinas  
en tu balcón sus nidos a colgar,  
y otra vez con el ala a sus cristales  
jugando llamarán;

pero aquellas que el vuelo refrenaban  
tu hermosura y mi dicha al contemplar,  
aquellas que aprendieron nuestros nombres...  
esas... ¡no volverán!

Volverán las tupidas madreselvas  
de tu jardín las tapias a escalar,  
y otra vez a la tarde, aún más hermosas,  
sus flores se abrirán;

pero aquellas cuajadas de rocío,  
cuyas gotas mirábamos temblar  
y caer, como lágrimas del día...  
esas... ¡no volverán!

Volverán del amor en tus oídos  
las palabras ardientes a sonar;  
tu corazón de su profundo sueño  
tal vez despertará;

pero mudo, y absorto, y de rodillas,  
como se adora a Dios ante su altar,  
como yo te he querido... desengaña-te,  
¡así no te querrán!

## AUGUSTO FERRAN

(1836 Madrid-1880)

47

\* \* \*

¡Qué a gusto sería  
sombra de tu cuerpo!  
Todas las horas del día, de cerca  
te iría siguiendo!

Y mientras la noche  
reinara en silencio,  
toda la noche tu sombra estaría  
pegada a tu cuerpo.

Y cuando la muerte  
llegara a vencerlo,  
sólo una sombra por siempre serían  
tu sombra y tu cuerpo.

48

\* \* \*

La flor que me diste en tiempo  
de amorosa intimidad,  
la arrojo al mar, y se pierde  
entre las olas del mar.

Y este rizo que tu mano  
cortó con amante afán,  
lo arrojo al fuego, y el fuego  
cenizas lo vuelve ya.

Y tus continuas promesas  
de eterna fidelidad,  
las doy al viento que pasa  
y se las lleva fugaz.

Pero el recuerdo angustioso  
¡ay! de tu engaño, por más  
que se lo entrego a la tierra,  
ella otra vez me lo da.

Viento y fuego y mar se duelen  
compasivos de mi mal.  
y solamente la tierra  
de mí no tiene piedad.

49

\* \* \*

No es envidia ni rencor  
ni es odio lo que yo siento  
al ver que nací luchando,  
y que luchando me muero.

Es un sentimiento oculto  
mucho más hondo que aquéllos:  
es un conjunto de lástima  
y de amor que yo me tengo.



ROSALÍA CASTRO

(1837 Santiago-1885)

50

\* \* \*

Sedientas las arenas en la playa  
sienten del sol los besos abrasados,  
y no lejos, las ondas siempre frescas,  
ruedan pausadamente murmurando.

Pobres arenas de mi suerte imagen:  
no sé lo que me pasa al contemplaros,  
pues como yo sufrís, secas y mudas,  
el suplicio sin término de Tántalo.

Pero ¿quién sabe?... acaso luzca un día,  
en que salvando misteriosos límites,  
avance el mar y hasta vosotras llegue,  
a apagar vuestra sed inextinguible.

¡Y quién sabe también si tras de tantos  
siglos de ansias y anhelos imposibles,  
saciará al fin su sed el alma ardiente  
donde beben su amor los serafines!

51

LOS TRISTES

I

De la torpe ignorancia que confunde  
lo mezquino y lo inmenso,  
de la dura injusticia del más alto,  
de la saña mortal de los pequeños,

¡no es posible que huyáis! cuando os conocen  
y os buscan, como busca el zorro hambriento  
a la indefensa tórtola en los campos;

y al querer esconderos  
de sus cobardes iras, ya en el monte,  
en la ciudad o en el retiro estrecho,  
¡Ahí va!, exclaman, ¡Ahí va! y allí os insultan  
y señalan, con íntimo contento,  
cual la mano implacable y vengativa  
señala al triste y fugitivo reo.

### I I

Cayó por fin en la espumosa y turbia  
recia corriente y descendió al abismo  
para no subir más a la serena  
y tersa superficie. En lo más íntimo  
del noble corazón ya lastimado,  
resonó el golpe doloroso y frío  
que ahogando la esperanza  
hace abatir los ánimos altivos,  
y plegando las alas torvo y mudo,  
en densa niebla se envolvió su espíritu.

### I I I

Vosotros que lograsteis vuestros sueños,  
¿qué entendéis de sus ansias malogradas?  
Vosotros que gozasteis si sufristeis,  
¿qué comprendéis de sus eternas lágrimas?

Y vosotros, en fin, cuyos recuerdos  
son como niebla que disipa el alba,

¡qué sabéis del que lleva de los suyos  
la eterna pesadumbre sobre el alma!

I V

Cuando en la planta con afán cuidada  
la fresca yema de un capullo asoma,  
lentamente arrastrándose entre el césped,  
le asalta el caracol y la devora.

Cuando de un alma atea,  
en la profunda oscuridad medrosa  
brilla un rayo de fe, viene la duda  
y sobre él tiende su gigante sombra.

V

En cada fresco brote, en cada rosa erguida,  
cien gotas de rocío brillan al sol que nace;  
mas él ve que son lágrimas que derraman los tristes,  
al fecundar la tierra con su preciosa sangre.

Henchido está el ambiente de agradables aromas,  
las aguas y los vientos cadenciosos murmuran;  
mas él siente que rugen con sordo clamoreo  
de sofocados gritos y de amenazas mudas.

¡No hay duda! de cien astros nuevos, la luz radiante  
hasta las más recónditas profundidades llega;  
mas sus hermosos rayos  
jamás en torno suyo rompen la bruma espesa.

De la esperanza, ¿en dónde crece la flor ansiada?  
Para él, en donde quiera al retoñar se agosta,  
ya bajo las escarchas del egoísmo estéril,  
o ya del desengaño a la menguada sombra.

¡Y en vano el mar extenso y las vegas fecundas,  
los pájaros, las flores y los frutos que siembra!  
Para el desheredado, sólo hay bajo del cielo  
esa quietud sombría que infunde la tristeza.

## V I

Cada vez huye más de los vivos,  
cada vez habla más con los muertos,  
y es que cuando nos rinde el cansancio  
propicio a la paz y al sueño,  
el cuerpo tiende al reposo,  
el alma tiende a lo eterno.

## V I I

Así como el lobo desciende a poblado,  
si acaso en la sierra se ve perseguido,  
huyendo del hombre que acosa a los tristes,  
buscó entre las fieras, el triste, un asilo.

El sol calentaba su lóbrega cueva,  
piadosa velaba su sueño la luna,  
el árbol salvaje le daba sus frutos,  
la fuente sus aguas de grata frescura.

Bien pronto los rayos del sol se nublaron,  
la luna entre brumas veló su semblante;  
secóse la fuente y el árbol nególe,  
al par que su sombra, sus frutos salvajes.

Dejando la sierra, buscó en la llanura  
de otro árbol el fruto, la luz de otro cielo;  
y a un río profundo, de nombre ignorado,  
pidióle aguas puras, su labio sediento.

¡Ya en vano! sin tregua siguióle la noche,  
la sed que atormenta y el hambre que mata,  
¡Ya en vano! que ni árbol, ni cielo, ni río,  
le dieron su fruto, su luz, ni sus aguas.

Y en tanto el olvido, la duda y la muerte  
agrandan las sombras que en torno le cercan,  
allá en lontananza la luz de la vida,  
hiriendo sus ojos feliz centellea.

Dichosos mortales a quien la fortuna  
fué siempre propicia... ¡silencio! ¡silencio!  
si veis tantos seres que corren buscando  
las negras corrientes del hondo Leteo.

52

\* \* \*

I

Su ciega y loca fantasía, corrió arrastrada por el vértigo,  
tal como arrastra las arenas el huracán en el desierto.

Y cual halcón que cae herido en la laguna pestilente,  
cayó en el cieno de la vida, rotas las alas para siem-  
[pre.

Mas aun sin alas cree o sueña, que cruza el aire, los  
[espacios,  
y aun entre el lodo se ve limpio cual de la nieve el  
[copo blanco.

## I I

No maldigáis del que, ya ebrio, corre a beber con  
[nuevo afán;  
su eterna sed es quien le lleva hacia la frente abra-  
cuanto más bebe a beber más. [sadora,

No murmuréis del que rendido ya bajo el peso de la  
quiere vivir y aun quiere amar, [vida  
la sed del beodo es insaciable y la del alma lo es  
[aún más.

## I I I

Quando todos los velos se han descornado  
y ya no hay nada oculto para los ojos,  
ni ninguna hermosura nos causa antojos  
ni recordar sabemos que hemos querido;  
aun en lo más profundo del pecho helado  
como entre las cenizas, la chispa ardiente,  
con sus puras sonrisas de adolescente,  
vive oculto el fantasma del bien soñado.

## GASPAR NUÑEZ DE ARCE

(1832 Valladolid-1903)

53

### ESTROFAS

#### I

La generosa musa de Quevedo  
desbordóse una vez como un torrente  
y exclamó llena de viril denuedo:  
“No he de callar, por más que con el dedo,  
ya tocando los labios, ya la frente,  
silencio avises o amenazas miedo”.

#### II

Y al estampar sobre la herida abierta  
el hierro de su cólera encendido,  
tembló la concusión, que siempre alerta,  
incansable y voraz, labra su nido,  
como gusano ruin en carne muerta,  
en todo Estado exánime y podrido.

#### III

Arranque de dolor, de ese profundo  
dolor que se concentra en el misterio  
y huye amargado del rumor del mundo,  
fué su sangrienta sátira cauterio  
que aplicó sollozando al patrio imperio,  
mísero, gangrenado y moribundo.

I V

¡Ah! si hoy pudiera resonar la lira  
que con Quevedo descendió a la tumba,  
en medio de esta universal mentira,  
de este viento de escándalo que zumba,  
de este fétido hedor que se respira,  
de esta España moral que se derrumba:

V

de la viva y creciente incertidumbre  
que en lucha estéril nuestra fuerza agota;  
del huracán de sangre que alborota  
el mar de la revuelta muchedumbre;  
de la insaciable y honda podredumbre  
que el rostro y la conciencia nos azota;

V I

de este horror, de este ciego desvarío  
que cubre nuestras almas con un velo,  
como el sepulcro, impenetrable y frío;  
de este insensato pensamiento impío  
que destituye a Dios, despuebla el cielo  
y precipita el mundo en el vacío;

V I I

si en medio de esta borrascosa orgía  
que infunde repugnancia al par que aterra  
esa lira estallara, ¿qué sería?



Grito de indignación, canto de guerra,  
que en las entrañas mismas de la tierra  
la muerta humanidad conmovería.

### VIII

Mas porque el gran satírico no aliente,  
¿ha de haber quien contemple y autorice  
tanta degradación, indiferente?  
“¿No ha de haber un espíritu valiente?  
¿Siempre se ha de sentir lo que se dice?  
¿Nunca se ha de decir lo que se siente?”

### IX

¡Cuántos sueños de gloria evaporados  
como las leves gotas de rocío  
que apenas mojan los sedientos prados!  
¡Cuánta ilusión perdida en el vacío,  
y cuántos corazones anegados  
en la amarga corriente del hastío!

### X

No es la revolución raudal de plata  
que fertiliza la extendida vega:  
es sorda inundación que se desata.  
No es viva luz que se difunde grata,  
sino confuso resplandor que ciega  
y tortoroso vértigo que mata.

X I

Al menos en el siglo desdichado  
que aquel ilustre y vigoroso vate  
con el rayo marcó de su censura,  
podía el corazón atribulado  
salir ileso del mortal combate  
en alas de la fe radiante y pura.

X II

Y apartando la vista de aquel cielo  
social, de aquellos fétidos despojos,  
de aquel lúbrico y torpe desenfreno,  
fijar llorando sus ardientes ojos,  
en ese cielo azul, limpio y sereno  
de santa paz y de esperanza lleno.

X III

Pero hoy ¿dónde mirar? Un golpe mismo  
hiere al César y a Dios. Sorda carcoma  
prepara el misterioso cataclismo,  
y como en tiempos de la antigua Roma,  
todo cruje, vacila y se desploma  
en el cielo, en la tierra, en el abismo.

X IV

Perdida en tanta soledad la calma,  
de noche eterna el corazón cubierto,  
la gloria, muda, desolada el alma,

en este pavoroso desconcierto  
se eleva la razón, como la palma  
que crece triste y sola en el desierto.

## X V

¡Triste y sola, es verdad! ¿Dónde hay miseria  
mayor? ¿Dónde más hondo desconsuelo?  
¿De qué la sirve desgarrar el velo  
que envuelve y cubre la vivaz materia,  
y con profundo inextinguible anhelo  
sondar la tierra, escudriñar el cielo;

## X V I

entregarse a merced del torbellino  
y en la duda incesante que la aqueja  
el secreto inquirir de su destino;  
si a cada paso que adelanta, deja  
su fe inmortal, como el vellón de la oveja,  
enredada en las zarzas del camino?

## X V I I

¿Si a su culpada humillación se adhiere  
con la constancia infame del beodo,  
que goza en su abyección, y en ella muere?  
¿Si ciega, y torpe, y degradada en todo,  
desconoce su origen, y prefiere  
a descender de Dios, surgir del lodo?

XVIII

¡Libertad, libertad! No eres aquella  
virgen, de blanca túnica ceñida,  
que ví en mis sueños pudibunda y bella.  
No eres, no, la deidad esclarecida  
que alumbra con su luz, como una estrella,  
los oscuros abismos de la vida.

XIX

No eres la fuente de perenne gloria  
que dignifica el corazón humano  
y engrandece esta vida transitoria.  
No el ángel vengador que con su mano  
imprime en las espaldas del tirano  
el hierro enrojecido de la historia.

XX

No eres la vaga aparición que sigo  
con hondo afán desde mi edad primera,  
sin alcanzarla nunca... Mas ¿qué digo?  
No eres la libertad, disfraces fuera,  
¡licencia desgreñada, vil ramera  
del motín, te conozco y te maldigo!

XXI

¡Ah! No es extraño que sin luz ni guía  
los humanos instintos se desborden  
con el rugido del volcán que estalla,

y en medio del tumulto y la anarquía,  
como corcel indómito, el desorden  
no respete ni látigo ni valla.

## XXII

¿Quién podrá detenerle en su carrera?  
¿Quién templar los impulsos de la fiera  
y loca multitud enardecida,  
que principia a dudar y ya no espera  
hallar en otra luminosa esfera,  
bálsamo a los dolores de esta vida?

## XXIII

Como Cristo en la cúspide del monte,  
rotas ya sus morales ligaduras,  
mira doquier con ojos espantados,  
por toda la extensión del horizonte  
dilatarse a sus pies vastas llanuras,  
ricas ciudades, fértiles collados.

## XXIV

Y excitando su afán calenturiento  
tanta grandeza y tanto poderío,  
de la codicia el persuasivo acento  
grítale audaz:—¡El cielo está vacío!  
¿A quién temer?—Y ronca y sin aliento  
la muchedumbre grita:—¡Todo es mío!

XXV

Y en el tumulto su puñal afila,  
y la enconada cólera que encierra  
enturbia y enardece su pupila,  
y ensordeciendo el aire en són de guerra  
hace temblar bajo sus pies la tierra,  
como las hordas bárbaras de Atila.

XXVI

No esperéis que esa turba alborotada  
infunda nueva sangre generosa  
en las venas de Europa desmayada;  
ni que termine su fatal jornada,  
sobre el ara desierta y polvorosa  
otro Dios levantando con su espada.

XXVII

No esperéis, no, que la confusa plebe,  
como santo depósito en su pecho  
nobles instintos y virtudes lleve.  
Hallará el mundo a su codicia estrecho,  
que es la fuerza, es el número, es el hecho  
brutal ¡es la materia que se mueve!

XXVIII

Y buscará la libertad en vano,  
que no arraiga en los crímenes la idea,  
ni entre las olas fructifica el grano.

Su castigo en sus iras centellea  
pronto a estallar, que el rayo y el tirano  
hermanos son. ¡La tempestad los crea!

54

## VELUT UMBRA

¡Oh incesante desvarío  
del hombre! ¡Oh mentida gloria,  
tan fugaz y transitoria  
como las ondas de un río!

El tiempo impasible y frío  
va empujando tu memoria,  
que brilla un punto en la Historia  
y se pierde en el vacío.

¡Cuánto César ya olvidado!  
¡Cuánta vieja desventura,  
que ni aun recuerda la gente,  
habrá visto, habrá alumbrado  
ese sol, desde la altura  
en que gira indiferente!

A medida que hacia el puerto  
va marchando del olvido,  
aparece cuanto ha sido  
de espesas brumas cubierto.

Ese polvo, árido y yerto,  
ha pensado y ha sentido:  
es el despojo perdido  
de la humanidad que ha muerto.

De esos átomos sin nombre,  
¿quién el misterio adivina?

¿quién a descifrarlo alcanza?

Tan oscuro es para el hombre  
lo pasado que declina,  
cual lo porvenir que avanza.

¿Dónde está la oculta fuente  
del hondo raudal humano?

¿A qué incógnito Océano  
va a parar esa corriente?

Principio y fin, velozmente  
se buscan y dan la mano;  
y en el germen bulle el grano,  
y en el grano la simiente.

La flor, que arrebató el viento,  
préstale al campo marchito  
nuevo jugo y nueva vida;

mas ¿quién en el movimiento  
del génesis infinito  
recuerda la flor caída?

¡Vanidad de vanidades!

En nuestras horas inciertas,  
sobre las ciudades muertas  
álzase nuevas ciudades.

En ignotas soledades,  
en regiones, hoy desiertas,  
yacen de polvo cubiertas  
las glorias de otras edades.

Cae en mortal cautiverio  
cuanto el alma, inquieta y muda  
busca y ama, anhela y nombra.



Nuestra vida en el misterio,  
nuestro destino en la duda,  
nuestro término en la sombra.

55

### SONETO

Cuando de tus desórdenes testigo  
te sorprendo en los brazos del tumulto,  
¡oh Libertad!, avergonzado oculto  
mi rostro y sollozando te maldigo.

En lucha interna y desigual conmigo  
arráncame el dolor airado insulto:  
quiero olvidarte, abandonar tu culto,  
y ciegamente a mi pesar te sigo.

Te sigo a mi pesar. Sueño o quimera  
riges mi voluntad, llenas mi vida  
y dejaré de amarte cuando muera.

Eres como la hermosa fermentada  
que inspira al alma la pasión primera:  
cuanto más inconstante, más querida.

### VICENTE W. QUEROL

(1836 Valencia-1889)

56

### CARTA A MARIA

¡Siempre el sincero amor fué poesía!  
¡Siempre el que ama es poeta!  
Pero ¿quién, oh María,  
entre conceptos pálidos sujeta

la inspiración fugaz? ¿Cómo traduce  
nuestro idioma vulgar con frase propia  
el rayo azul que en tus pupilas luce,  
ni la sonrisa de tus labios copia?

Cuando este pliego abras  
no lo descifres, pues, letra por letra;  
tu espíritu en mi espíritu penetra  
y sabe lo que callan mis palabras.  
¡El amor adivina!  
Como a través de vidrio transparente  
leo yo la pasión que te domina  
en la sombra o las luces de tu frente;  
y ora el dolor agudo,  
ora inefables goces,  
siento yo en mí cuando tu labio mudo  
me habla o me hiere con calladas voces.

¡Para amor no hay distancia!  
Desde el rústico albergue en que hoy me encuentro  
dolido y triste, a tu risueña estancia  
vuelo invisible y silencioso entro.  
Te hallo sentada y sola  
junto a la blanca lámpara que alumbra  
tu sien con vaga y mística aureola.  
Aspiro los efluvios  
que, como de sus pétalos las flores,  
dan al ambiente tus cabellos rubios.  
Veo que en la penumbra  
clavas la vista y la labor suspendes,  
y que el casto rubor de los amores,  
cual santa llama, en la mejilla enciendes.

Y es que una voz interna  
te dice:—"Amada mía,  
"aquel que te juró pasión eterna  
"piensa en ti noche y día.  
"Y cuando el alba asoma  
"tras de la parda loma,  
"y cuando el cielo puebla  
"la tarde triste con dudosa niebla,  
"su corazón opreso  
"te manda, envuelto en el agreste aroma  
"del viento del pinar, tímido beso".  
Esto escuchas, oh amada,  
cuando clavas tus ojos en la alfombra  
o álzalos azorada,  
oir creyendo un eco que te nombra.  
No temas... Es que, tras de ti inclinada,  
te está hablando mi sombra.

¡Y es verdad que en ti pienso!  
Cuando desde las cumbres  
descubro el cielo inmenso,  
bañado todo de tranquilas lumbres,  
lo comparo a la calma  
y a la luz que en la mía irradia tu alma.  
Y cuando hacia el abismo  
bajo después los ojos,  
siento que sombra igual reina en mí mismo.  
a un amago no más de tus enojos.  
Cuando cruzo las faldas  
con las azules y amarillas flores,  
voy yo tejiendo para ti guirnaldas.  
Cuando miro una choza en la ladera

digo:—“¡Allí con el sol de mis amores,  
 qué contento viviera!”  
 Cuando entro en la capilla  
 y ante el altar me postro,  
 fínjome que la Virgen sin mancilla  
 tiene algo de tu rostro.  
 Cuando susurra el viento,  
 cuando trinan las aves,  
 suenan como el acento  
 con que hablar dulce al corazón tú sabes.  
 Bulle la fuente con tu blanda risa;  
 da la rosa el perfume que tú exhalas;  
 y cuando por mi sien roza la brisa  
 siento que son las plumas de tus alas.

Ya la tribu de alondras pasajeras  
 hacia el Oriente marcha,  
 y cubre estas praderas,  
 cuando amanece, la rizada escarcha.  
 Ya, perezoso, el día,  
 tarda en dorar el empinado risco  
 y prefiere a la umbría  
 selva, el pastor, el resguardado aprisco.  
 Ya las nubes del cielo,  
 como vellones blancos,  
 bajan de noche con pausado vuelo  
 a los hondos barrancos.  
 Ya, engrosado el torrente,  
 desborda por el llano en ondas rojas;  
 ya el álamo sombrío de la fuente  
 perdió todas las hojas.  
 Ya baja de los montes del ocaso

el viejo invierno hacia el risueño valle,  
y detrás del balcón piensas tú acaso  
que oyes sonar mis pasos por tu calle.

No tardaré: no llores.

Yo para ti he cogido  
del áspero romero azules flores,  
las aves en el nido,  
cristales en las grutas,  
las mariposas en su vuelo incierto,  
y de los viejos árboles del huerto  
las sazoadas frutas.

He aprendido las lánguidas querellas  
que cantan al bajar de la montaña  
los grupos de doncellas,  
y la conseja extraña  
que mientras silba ronco  
el viento en la vetusta chimenea,  
cuenta, al redor del encendido tronco,  
el viejo de la aldea.

Cuando azote la lluvia  
por la noche el cristal de tu ventana,  
y dobles, cual se dobla flor temprana,  
sobre el telar tu cabecita rubia,  
yo te diré al oído,  
para endulzar las horas del invierno,  
las sencillas historias que he aprendido  
o del poema de amor el canto eterno.

VISION

—“¿Quién eres tú, que en la apartada cumbre,  
coronada de nieblas,  
huyes de la azorada muchedumbre  
y con tus sueños tu desierto pueblas?  
—Ven.”

Sobre el ígneo coche  
de rápidos, flamígeros corceles,  
crucé con él las sombras de la noche,  
y surcando las ámbitos profundos  
del no medido espacio,  
a través de los soles y los mundos.  
—“¿Qué es esto?

—Mi palacio.”

Y descendimos sobre el mar, que muge  
como corcel salvaje, cuando el viento  
lo azota, y con empuje  
fiero levanta, orlados de diademas,  
montes de agua espumosa al firmamento.  
—“¡Lejos huyamos de su horror!

—No temas.”

Y en oriental estancia,  
sobre la alfombra de mullida seda,  
y entre aromas de célica fragancia,  
ví danzar la hurí leda,  
medio desnudo el seno de alabastro.  
—“¡Dichoso quien lograr sus besos pueda!  
—Yo desdeño el placer que huye sin rastro.”

Y entre el fragor de las revueltas haces  
que se entrechocan crueles,  
sirvió su voz de aliento a los audaces  
que, hiriendo con las lanzas los broqueles,  
repetían sus cánticos de guerra:  
—“¿Por qué no les das paces?  
—Yo sólo doy laureles.”

Y descendimos desde la ardua sierra  
hasta el valle tranquilo  
do juega el viento manso,  
brindándonos las grutas fresco asilo,  
grato rumor las fuentes cristalinas:  
—“¿Por qué en el blando césped te reclinás?  
—Es mi mejor descanso.”  
Y de la corte el popular tumulto,  
que cubre el fraude, la ambición y el dolo,  
huyó pasando oculto:  
—“¿No gozas?  
—Me hallo solo.”

Y en la antigua ciudad de rotas piedras  
sentóse entre las moles de granito,  
que festoneaban las silvestres hiedras:  
—“¿Qué haces aquí?  
—Medito.”

Y entró del templo en la desierta nave,  
do suena hueca bajo el pie la tumba;  
donde el canto sonoro  
envuelto sube entre el incienso suave

y por los arcos góticos retumba:

—“¿Por qué bajas la frente?

—Rezo y lloro.”

Y ascendimos de nuevo a la montaña  
sobre el carro de fuego,

y, evocadas por él, con forma extraña  
mil sombras miré luego

raudas pasar. Lo que la edad oculta  
en el oscuro porvenir incierto;  
lo que dentro del alma se sepulta,  
todo lo miré abierto.

—“¿Quién eres tú, que mandas al destino,  
descifras los arcanos,

tienes la inmensidad para camino,  
polvo ante Dios, y Dios de los humanos?

—Yo guardo del perdido Paraíso  
dentro del alma la visión primera;

yo los abrojos de la tierra piso,  
la frente en otra esfera;

yo sé del cielo el olvidado idioma:

mago la Siria me llamó; profeta  
quien bebió el agua del Jordán escaso;

sibila un tiempo me invocó de Roma  
la muchedumbre inquieta:

hoy ignorado por la tierra paso,  
hoy me llamo poeta.”



## TEODORO LLORENTE

(1836 Valencia-1911)

58

### NUEVO ENDIMION

Nuevo Endimión es el poeta: cuando  
coronada de pálidos beleños  
la noble sien reclina,  
y en torno revolando,  
brilla el dorado enjambre de los sueños,  
hiende la cristalina  
esfera azul en nacarado coche,  
y mal ceñida en gasa transparente,  
al vate llega, y su dormida frente  
dulce besa la Reina de la noche.  
Mas ¡ay! al punto rápida se aleja,  
la faz velando en cándidos cendales,  
y al labio de su amado cruel deja  
dulce sabor de dichas celestiales.

¡Infausto amor! A su ideal amante  
ligan al infeliz eternos lazos;  
y, el corazón ansioso hecho pedazos,  
en vano, al despertar, a la distante  
visión extiende los abiertos brazos.  
Maldice al sol, y sin reposo aguarda  
la pía noche, a su impaciencia tarda;  
y cuando densa inunda  
la sombra del Ocaso misteriosa  
la inmensidad profunda,

si, apiadadas quizás de sus desvelos,  
rasgan las nubes sus opacos velos,  
bella, pura, triunfante, esplendorosa,  
le sonrío feliz la casta diosa;  
mas ¡ay! allá en el fondo de los cielos.

59

### LA MELANCOLIA

A la luz tibia de otoñal ocaso  
entre marchitos árboles torcía  
mi errante senda el caprichoso acaso;  
deidad hermosa y triste hallé a mi paso,  
y eras tú esa deidad, Melancolía.

De derribado muro rotas piedras  
eran tu trono, al que mullida alfombra  
las enladas hiedras  
daban, y un sauce vacilante sombra;  
allí sentada, al cielo transparente  
levantabas, marcada con el sello  
de tranquilo dolor, la augusta frente;  
y brillaba en tus ojos seductores  
el que nos dejan pálido destello  
los perdidos amores.

Me miraste llegar, y sonreíste  
con la incierta sonrisa,  
que deja al alma triste  
entre el dolor y el júbilo indecisa;  
y a mí viniendo con semblante amigo,  
me asiste de la diestra, y apartando  
las mustias ramas, con acento blando  
cariñosa exclamaste: "Ven conmigo".

Y contigo crucé la selva umbrosa,  
y ví morir las luces de la tarde,  
y ví nacer la estrella esplendorosa  
que la primera en las tinieblas arde;  
y respiré feliz el triste encanto  
que halagándonos más que la alegría,  
los ojos baña en delicioso llanto.

Y desde entonces, al morir el día,  
escalo audaz las pardas  
rocas del monte, y a la oscura umbría  
voy, donde fiel a tu amador aguardas;  
y de tu mano asido,  
la senda busco del oculto nido;  
y donde en breve espacio el bosque cierra  
nuestro horizonte con sus verdes velos,  
evoco los recuerdos de la tierra  
y tú las esperanzas de los cielos.

## JOSE MARTINEZ MONROY

(1837 Cartagena-1861)

60.

### CRUZANDO EL MEDITERRANEO

¡Hermosa noche! Por oriente asoma,  
de bruma envuelta en anchurosa franja,  
y cruzando sus velos en la altura,  
do quieza tibia oscuridad derrama.  
Huye la luz, bordando las esferas  
con ricas orlas de colores varias,

y en los mares revueltos del ocaso  
la refulgente cabellera baña.  
Teñida en rayos de ilusión, desea  
flotar ligera en la extensión el alma,  
rasgar los tules y aspirar los gratos  
frescos aromas que suspende el aura.  
Tiembla la brisa de placer, meciendo  
los blandos pliegues de ondulantes gasas;  
partiendo sombras, las espesas nubes  
el aire en cintas de arrebol desgarran,  
y el cielo por encima de los orbes,  
corona de diamantes, se destaca.  
¡Hermosa noche! Las estrellas brotan  
cual copos de zafir, rosas de nácar,  
que al perfumado ambiente de los cielos,  
sus pétalos de chispan abrillantan.  
La luna, su fulgor plácido y triste  
rompiendo, bellos tornasoles lanza,  
florón do cuelgan los perdidos paños  
que en la bóveda inmensa se desatan,  
encantada azucena, sol de nieve,  
globo de luz de rutilante plata,  
águila de la noche, que tendiendo  
allá en lo azul con majestad las alas,  
reposa sus miradas sobre el mundo;  
que entre velos de lumbre pura y blanca,  
y en los brazos mecida del espacio,  
con sueño arrobador, muda descansa;  
y sus rayos en hilos destilados  
por el tenue vapor rielando pasan,  
y mil plumas fantásticas dibujan  
del mar tranquilo en las azules aguas.

El mar, undoso ceñidor celeste  
que con sus lazos a la tierra abarca,  
y colgada, en los cielos la suspende,  
con un jirón del firmamento atada;  
el mar, la losa del sepulcro inmenso  
que el cadáver del mundo encierra y guarda  
do sus copas altísimas cimbread,  
cual sauces de la muerte, las montañas;  
el mar, que empaña su cristal bramando,  
al aliento que el aire desparrama,  
sepultando una ola en otra ola,  
que se pierden gimiendo en sus entrañas,  
cual del triste los míseros gemidos  
se pierden en el mar de la esperanza.  
Allá, extendida en la dudosa línea  
que en el vasto horizonte se señala,  
donde las ondas apacibles mueren,  
donde se besan con amor las aguas,  
cual tierno corazón que infunde vida  
en el gigante mundo, late Italia.  
Pedazo de la lumbre de la gloria  
que las cenizas de la tierra inflama;  
mentira hermosa, del Eden caída;  
de una bella ilusión sagrada estatua,  
que yace sepultada entre ilusiones;  
lira doliente, melodiosa arpa,  
que del cielo en la crespa cabellera  
sus cuerdas de marfil y oro enredaba,  
hasta tanto que al mundo desprendida,  
osaron los tiranos desgarrarla,  
para tejer con ella sus coronas,  
para cubrir de su borrón la infamia.

Y hoy sus tonos armónicos anega  
entre el llanto inmensísimo que abrasa  
los senos de la mar, como los mártires  
anegan sus quejidos entre lágrimas;  
y hoy descansa en monótona agonía,  
con laureles de espumas coronada,  
blancas flores del campo de los mares,  
que su perfume de murmullo exhalan;  
y al aire da su llanto dolorido,  
y al aura dice, si la besa el aura,  
que pida al cielo libertad y vida,  
¡ay! porque vida y libertad le faltan.

61

### LA PREDICCIÓN

Por la celeste altura  
pasaba el sol volando, y en la tierra  
una vasta llanura,  
que en el lejano cielo se perdía,  
al rojo fuego de su lumbre ardía.  
Arriba un mar azul, mostrando llenas  
con espumas de nubes y de llamas  
sus hondas cavidades,  
y abajo un mar de arenas,  
coronado de inmensas soledades.

Erguida y altanera,  
y en los llanos estériles clavada,  
se alzaba una palmera,  
de su sombra no más acompañada,

como un jirón abierto  
sobre el árido manto del desierto.

Con el semblante de dolor sombrío  
y desmayado paso,  
con un odre vacío  
pendiente de la espalda,  
rasgados en pedazos  
los anchos pliegues de la blanca falda,  
con un niño dormido entre sus brazos,  
cansada y sudorosa,  
al pie del rudo tronco  
una mujer llegó, joven y hermosa.

Sentóse y suspiró, y en sus rodillas  
posó del hijo la infantil cabeza,  
y por guardarla más de los destellos  
del luminar ardiente,  
las trenzas extendió de sus cabellos,  
con tierno afán, sobre la pura frente;  
y decayó su espíritu abatido,  
y sus ojos lanzaron con tristeza  
una mirada al cielo,  
y un torrente de lágrimas al suelo.

“¡Ay! (exclamó por fin): ¿qué es lo que espero,  
humanidad, de ti? Mujer y esclava,  
mi poder a tu lado es pasajero,  
porque nace y acaba  
en el lecho de amor de mis señores.  
Ayer lo perfumaba con mi aliento,  
y hoy gimo, devorando mi tormento,

en un lecho de infamia y de dolores.  
Mas oye, humanidad: contigo el mundo  
yo siempre cruzaré, y a mi albedrío  
rompiendo tu poder, te impondré el mío.  
Al choque de mis besos  
quebrantaré los cetros de tus reyes:  
seré reina tal vez, seré verdugo,  
y con mi dulce yugo,  
al darte amores, te daré mis leyes.  
y de este niño débil y sereno,  
que descansa en mi seno,  
altivas razas brotarán acaso,  
que, opuestas sin cesar a tu destino,  
en contienda incesante,  
ochenta siglos detendrán tu paso”.

No dijo más Agar, y su camino  
continuó jadeante,  
abrazando otra vez con nudo estrecho  
al dormido Ismael contra su pecho.

Mas los siglos futuros,  
que perderse a lo lejos los miraron,  
la predicción funesta recogieron,  
y en los senos del tiempo la guardaron  
y después sobre el mundo la cumplieron.



PEDRO ANTONIO DE ALARCON

(1833 Guadix-1891)

62

SUEÑOS DE SUEÑOS

Vine a verte, y dormías;  
y dormías tan muda y mansamente,  
que una rosa cerrada parecías.

Era la siesta.—La morisca fuente,  
sola en el patio, conturbaba apenas  
la quietud de las anchas galerías  
de fresca sombra y de silencio llenas.  
Las aves en sus jaulas; el ambiente  
embargado entre opacas celosías;  
el perro fiel y el gato negligente  
reposaban también...—Calma y pereza  
era todo en redor...—Tan sólo el vuelo  
del zumbador insecto recordaba  
que el sol, en tanto, vívido lanzaba  
mares de lumbre desde el alto cielo!

He dicho que dormías;  
y dormías tan muda y mansamente,  
que una rosa cerrada parecías.

Dormías..., y, aunque amante desdeñado,  
próximo alguna vez a aborrecerte,  
te admiré en aquel sueño sosegado...,  
¡sin desear que fuera el de la muerte!

Quizás más bien compadecí tu suerte,  
y perdón te pedí de mis antojos...  
—“¿Por qué (dije), por qué tan perseguida?  
”¿Culpa es acaso de su mansa vida  
”inspirarme este amor que le da enojos?  
”¿Obra fué de sus ojos,  
”o de los míos mi fatal herida?  
”—¡Obra mía no más! Yo soy el reo...  
”Ella baja la vista por no verme...  
”y hasta vuelve la cara si la veo...  
”—¡Duerme, pues, duerme; pobrecita, duerme;  
”que diga lo que quiera mi deseo,  
”obligación no tienes de quererme!”

En esto un aye leve y fugitivo  
lanzaste al modo de suspiro tierno,  
y parecióme que tu pecho esquivo,  
cándido y frío como helado invierno,  
se entreabría al cariñoso rayo  
que en ti fijaban mis amantes ojos,  
como su cáliz de matices rojos  
entreabre una rosa al sol de Mayo.

Lo que quiere decir que aunque dormías,  
dormías tan turbada y tiernamente,  
que una rosa entreabierta parecías.

¿Qué soñabas? ¡Lo ví!... De mis pesares  
al cabo condolida,  
imaginabas de pasión y gloria  
la que te ofrezco venturosa vida.  
Suspensa, enternecida,

amorosa... (perdóname); soñabas  
estar en brazos del amor prendida...;  
y de temor y gratitud llorabas,  
y mi nombre gimiendo pronunciabas.  
¡Ay! Aquel dulce, generoso llanto,  
cayó en mi corazón como el rocío  
sobre el árida arena del desierto...  
¡Nunca te he amado tanto!  
¡Yo por aquellas lágrimas, bien mío,  
mil veces con placer hubiera muerto!  
—Por poco te despierto.

Perdónale este agravio  
a tu propia locura,  
y perdóname a mí, si tal ventura  
se atreve a pronunciar trémulo el labio...  
Pero lo ví... Mi espíritu sin calma  
era ya de tu espíritu un reflejo...  
toda su alma se copió en mi alma  
como desnuda ninfa en claro espejo.—  
¡Oh sí! Tu pecho ardía  
en este amor que siempre desdeñaste...  
Me nombrabas... llorabas... eras mía...,  
¡y lisonjero ensueño te fingía  
las dichas que despierta me negaste!...  
—¡Burla fué del destino  
aquel falso espectáculo halagüeño!...—  
¡Yo sé que todo sueño es desatino,  
y el tuyo no pasó de ser un sueño!...

—Pero ello es que dormías,  
y dormías tan dulce y blandamente,  
que ya una rosa abierta parecías.

La monótona fuente,  
única voz de la callada siesta,  
murmurando seguía  
su cántiga modesta,  
y, del toldo a la sombra,  
con mil líquidas perlas recamaba  
del verde césped la mullida alfombra.

Retratarte olvidaba.—

Sobre un sofá dormías: una mano  
suave apoyo a tu cabeza daba,  
y el otro brazo lánguido colgaba,  
envidia siendo del cincel pagano.

—Vestías una bata de verano.—

Sobre tu frente pálida y serena  
la aureola de oro  
de un ángel tu cabello parecía:  
tus mejillas de rosa y azucena  
aún ostentaban del reciente lloro  
dos perlas que la aurora envidiaría;  
y el cándido tesoro  
de tu inocencia púdica, que, aleve,  
indiscreto cendal diera al olvido,  
como palomas que el amor conmueve  
palpitaba al compás incierto y breve  
de tu dichoso corazón dormido.  
Tus puros labios, de caricias nido;  
tus dientes, gotas límpidas de hielo:  
tu lindo pie soltando inadvertido  
el árabe chapín de terciopelo,  
todo era bello y tentador..., y todo  
me enajenó de modo...,

que hubiera dado por tu amor la vida,  
aun no siendo mi vida tan cuitada...

—¡Ay! ¡tú, prenda adorada,  
no te has visto dormida!

¡Nunca tan hechicera  
me pareció tu angélica hermosura!  
¡Nunca tan noble y celestial!... Y era  
que el amor le prestaba su dulzura...;  
¡era que amabas por la vez primera!

¡Oh, tú que amabas, sí! Tardes serenas  
de soledad conmigo te fingías:  
noches de encanto y de misterio llenas,  
y allá lejanos, bonancibles días,  
en que contarnos las pasadas penas.

Libres éramos ya como las aves,  
libres como los céfiros suaves,  
como las amapolas en los trigos,  
y ni parientes ni tutores graves  
eran fieros testigos,  
de nuestras expansiones enemigos.

Ya podíamos vernos,  
en mis pupilas tú, yo en tus pupilas,  
y ahogar suspiros con suspiros tiernos,  
y luego, en dulces pláticas tranquilas,  
pasar instantes de ilusión eternos.

Y ya eran frutos las primeras flores,  
o bien de nuestro amor nuevos cariños  
brotaban cual capullos seductores:  
o, por mejor decir, nuestros amores  
se convertían en alegres niños...

.....

Y a todo esto dormías;  
y dormías tan quieta y hondamente,  
que una rosa marchita parecías.—

Tal soñaste...:—y, en tanto,  
la tarde deslizándose había ido  
por la triste pendiente  
de la sombra, el silencio y el olvido.  
Y su velo tupido  
tendía ya la noche; y el ambiente  
agitaba sus alas bienhechoras...,  
mientras que murmuraba más sonoras  
sus quejas melancólicas la fuente.—

Entonces *desperté*...—*Ya era de día*.—  
Tú sueño recordé...—Mas ¿dónde estabas?  
¿Dónde, mi bien, que ya no te veía?...  
—¡Ay, desdichado! *Yo era el que dormía,*  
*y yo era el que soñaba que soñabas!*

## BERNARDO LOPEZ GARCIA

(1840 Jaén-1870)

63

### LA FE

Yo soy amor y del amor camino;  
soy blanca nave del sagrado puerto;  
por mí postrado en el peñón desierto  
canta el asceta su triunfal destino.

Soy consuelo del triste peregrino  
que cruza el mundo de pesares yerto;  
soy árbol santo del eterno huerto;  
rosa bendita del rosal divino.

Sin mí la pena se desgarrar y llora;  
sin mí el dolor sus amarguras vierte;  
sin mí el sepulcro con furor devora.

Aspirando mi luz, el alma es fuerte,  
la pena se hace amor, la noche aurora,  
la tumba claridad, faro la muerte.

## LUIS A. R. MARTINEZ Y GÜERTERO (LARMIG)

(M. 1874)

64

### LA MUJER ADULTERA

- I. Ley de Moisés sobre el adulterio.—Consulta farisaica.—La primera piedra.
- II. Jueces culpables.
- II. *Vad e et jam amplius nolli peccare.*
- V. Dudas de un discípulo de Cristo, y respuesta del Divino Maestro.—El Redentor anuncia a Juan las obras que ha de escribir, y le previene lo que ha de decir de la mujer adúltera.—El delito por nombre.

#### I

Por iracunda plebe perseguida  
huye en Jerusalén al templo santo  
mujer despavorida;  
baña su faz hermosa  
desatado raudal de amargo llanto.

Es aquella mujer culpable esposa;  
la ley del pueblo hebreo  
a morir a pedradas la condena.  
El torpe fariseo  
y el hipócrita escriba corrompido  
piden, como la turba, a grito herido  
se lleve a cabo la marcada pena.

La mísera mujer, de angustia llena  
y con ansias mortales,  
gira en redor los suplicantes ojos,  
mira a Cristo del templo en los umbrales  
radiante de bondad y de dulzura,  
y póstrase de hinojos  
y besa de Jesús la vestidura.

Inmóvil queda cual estatua yerta;  
vaga en crespas madejas su cabello  
sobre la blanca espalda, mal cubierta,  
y su rostro sombrío  
(para su propia desventura bello)  
entre las manos trémulas sepulta;  
¡quizá un rubor tardío,  
quizá la falta de rubor oculta!

Entre tanto el Señor sobre la arena  
misteriosas palabras escribía,  
y el fariseo que a la turba guía,  
para hablar a Jesús, silencio ordena.  
Con humildad irónica pretexto  
sobre el suplicio horrendo consultarle;  
pero busca sutil en su respuesta  
causa para acusarle,  
y así le dice:—“La mujer impura  
”que a tus pies se ha postrado,



"sin recato y sin fe, ciega y perjura,  
"el tálamo nupcial ha profanado.  
"No ignorará tu enaltecida ciencia  
"que a morir la sentencia  
"la sabia ley del inspirado preste  
"que rompió nuestra dura servidumbre  
"y del Eterno oyó la voz celeste  
"del Sinaí sobre la ardiente cumbre:  
"mas tú eres el Mesías prometido;  
"la voluntad de Dios tu labio anuncia.  
"Infalible profeta, rey ungido,  
"tus altísimas órdenes pronuncia;  
"tu fallo dinos y será cumplido".

Cristo escribiendo en el arena sigue  
sin levantar la pensativa frente,  
y el fariseo a poco ya impaciente,  
con alterada voz así prosigue:

—"Si eres hijo de Dios, ¿cómo te arredra  
lo que el gran Moisés dejó ordenado?"

—"Cúmplase, dice Cristo, lo mandado,  
"pero que arroje la primera piedra  
"el que esté sin pecado".

## II

Todos para animarse se miraron,  
y todos sin aliento enmudecieron,  
sus cejas se enarcaron,  
las piedras de sus manos se cayeron  
y en confuso tropel desaparecieron.

III

—“Nadie te acusa ya.—La airada plebe  
"que a llevarte a morir se apercibía,  
"despareció como la bruma leve  
"al despuntar la claridad del día.  
"Ya de la muerte la segur terrible  
"no ves amenazando tu existencia;  
"mas oyes la tremenda, inextinguible,  
"inexorable voz de tu conciencia;  
"oye del que te salva la sentencia:  
"Eres esposa y madre,  
"¿qué te brinda otro amor? males prolijos.  
"No vuelvas a pecar, piensa en tus hijos,  
"y hiere si te atreves a su padre.  
"Torna alpreciado hogar que abandonaste,  
"del que tu infame culpa te retira;  
"pide perdón al hombre que afrentaste,  
"y su dolor inconsolable mira.  
"Mírale oculto, palpitante el pecho;  
"la vista tiende al solitario lecho,  
"y en él desesperado se desploma...  
"Abraza tierno al balbuciente niño,  
"lirio que el yermo de su vida aroma,  
"y el abrasado llanto del cariño  
"en sus pupilas áridas asoma,  
"viendo del inocente en el semblante  
"trasunto fiel, imagen hechicera  
"del rostro tuyo, que adoró constante,  
"y gala ayer de sus amores era;  
"hoy, su dicha anegada,  
"sobre las ondas del dolor eterno

"aun ilesa y tranquila sobrenada  
"el arca santa del amor paterno.  
"¡Y quiere aborrecerte!  
"Aborrecer a lo que se ha querido,  
"es desgarrarse el corazón herido  
"y vivir en las ansias de la muerte.  
"Hondos gemidos lanza,  
"y si en su oprobio piensa,  
"juzga que no hay venganza  
"que hasta el nivel alcance de su ofensa.  
"Lucha por desasir de su memoria  
"tu aciaga imagen, tu fatal caída;  
"mas, para siempre la quietud perdida,  
"lleva en su mente tu llorada historia  
"con indelebles letras esculpida.  
"Cediendo de la culpa a los clamores,  
"cometiste, pisando tus deberes,  
"el delito mayor de las mujeres,  
"y él padece el dolor de los dolores.  
"Vuelve a los pies del ofendido esposo,  
"y al desandar la vía  
"que a la sima del crimen te condujo  
"y a víctima de un pueblo te redujo,  
"recuerda siempre la palabra mía:  
"sin la virtud no hay dicha ni reposo,  
"Cristo a la dicha y al reposo guía...  
"Barquilla sin timón y en mar incierto,  
"ave herida en mitad del Océano,  
"sin el auxilio de divina mano  
"¿podrán llegar al anhelado puerto?"

IV

Núblanse del Mesía  
los refulgentes y serenos ojos  
con el mismo dolor que describía,  
hijo de los agravios  
de la pérfida esposa, que de hinojos  
sigue a sus pies, sin desplegar los labios.

Ora Jesús al Dios de las bondades,  
que al universo rige,  
y de Jerusalén traspone el muro;  
anhela respirar aire más puro  
que el aire corruptor de las ciudades,  
y sus pasos dirige  
del desierto a las mudas soledades.

En silencio profundo  
marchan tras de Jesús los bienhadados  
discípulos humildes, destinados  
a extender su doctrina por el mundo.

Y Pedro dice al Justo:—"Bondadoso  
"Maestro celestial, oye mi acento:  
"en piélago de dudas proceloso  
"se pierde mi confuso pensamiento.  
"Yo ví que los abismos del pecado,  
"do estaba Magdalena, iluminaste;  
"hoy la vida a la adúltera salvaste.  
"Pero dime, Señor, ¿la has perdonado,  
"o tan sólo a sus jueces recusaste?  
"¿Tú corazón se apena,  
"siendo el perdón tu dicha perdurable?  
"¿Es a los ojos tuyos más culpable  
"la adúltera mujer que Magdalena?"

Y responde Jesús:—"¡Desventurada  
"la que, en inícuo amor los ojos fijos,  
"la paz de la familia rompe osada  
"y el porvenir anubla de sus hijos!  
"Sin más mira ni enseña  
"que el deleite liviano,  
"de miseria en miseria se despeña  
"del vicio por la rápida pendiente;  
"hunde en el cieno su insensata mano  
"de madre la corona refulgente,  
"y de la culpa en los hediondos brazos  
"revuélvese, y desata  
"del bendecido amor los dulces lazos.  
"Es la víbora ingrata  
"que en caluroso seno recogida,  
"helada y espirante,  
"al recobrar la fuerza de la vida  
"clava su penetrante  
"aleve dardo de ponzoña lleno,  
"con ánimo enemigo,  
"en el incauto seno  
"que generoso le prestó su abrigo.  
"¡Deja que amargamente  
"de esa mujer la ingratitud lamente!  
"La ingratitud, baldón de las criaturas,  
el rayo vengador hizo preciso,  
"al ángel derrocó de las alturas  
"y al hombre desterró del Paraíso.—  
"Y óyeme, Juan:—Mi padre te destina,  
"del humano linaje para gloria,  
"a escribir inspirado mi doctrina,  
"siguiendo fiel las huellas de mi historia.

"Del cerco de la tierra arrebatado  
"tu espíritu a regiones inmortales  
"evocará las sombras del pasado,  
"y aspirarás las auras germinales  
"que en el *principio* a la materia inerte  
"arrancaron del sueño de la muerte.  
"En gigantesco y portentoso vuelo  
"atravesando siglos a millares  
"y de lo porvenir rasgando el velo,  
"verás el día de esperanza y duelo  
"en que luchen los altos luminare  
"incendiando los términos del cielo.  
"Ávida nube sorberá los mares,  
"la máquina del orbe derruida,  
"rotos ya sus fortísimos cimientos,  
"sin concierto, sin forma, denegrada,  
"cual leve arista llevarán los vientos.  
"Entrando del amor en el santuario,  
"referirás mi vida de tristeza,  
"que en el portal humilde y solitario  
"de Betlehen empieza  
"y termina en la cumbre del Calvario.  
"Y al escribir ¡oh Juan! lo que ora viste,  
"para justa enseñanza de los hombres,  
"cuenta la vida triste  
"de esa infausta mujer, mas no la nombres.  
"Y por tu mano inmaculada escrito  
"de fuego eterno con buril ardiente,  
"en su pálida frente  
"lleve por todo nombre su delito".

## RICARDO DE LA VEGA

(1839 Madrid-1910)

65

### LA DEFENSA DEL SAINETE

*A D. Armando Palacio Valdés.*

Señor don Armando Palacio Valdés:  
Os pido dispensa, señor don Armando,  
si en pro del sainete la pluma tomando,  
prefiérolo al género bufo francés.  
Aparte dejando mezquino interés,  
yo admiro en la chula la antigua manola.  
¿Deshonro por esto la escena española,  
señor don Armando Palacio Valdés?

Me duele, señor don Armando, que vos  
a lo madrileño flamenco llaméis.  
Señor de Palacio, sin duda no veis  
que son muy distintos entrambos a dos.  
Si de lo flamenco marchamos en pos,  
al Perchel iremos, mas no a las Vistillas;  
que nunca el flamenco nació en Maravillas,  
donde se venera la Cara de Dios.

Algunos afirman que es grano de anís,  
que hay poca distancia de chulo a gitano,  
y llaman gallego al que es asturiano,  
y mezclan a Vigo con Cangas de Onís.  
Quede, pues, sentado, si lo permitís,  
que así como el galgo jamás fué podenco,

el hombre del Rastro no es nunca flamenco, por no ser oriundos del mismo país.

Si sale a las tablas un noble Marqués o un hombre ilustrado de la clase media cual protagonistas de drama o comedia y el pueblo los juzga y aplaude después, ¿por qué los que viven allá en Lavapiés no han de ser objeto de examen profundo? ¿No son de una clase que vive en el mundo, señor don Armando Palacio Valdés?

De la decadencia del arte español los críticos echan la culpa al sainete, y hasta a compararle llegó algún pobrete con las pantomimas del Circo de Pol. Si nace el sainete de tosco crisol, no debe por ello causar pesadumbres; que si es fiel retrato de bajas costumbres, bien puede en la escena brillar como el sol.

De la alta comedia derivado es; no entiende Talía de clases sociales; para ella en su templo son todos iguales, así la tragedia como el entremés. Con datos espero probaros después que tiene el sainete su noble abolengo; y si esto resulta, ¿yo qué culpa tengo, señor don Armando Palacio Valdés?

Laberio el romano, poeta y actor, de *farsas* y *mimos* la escena llenaba, y el pueblo reía y el César gozaba mirando al esclavo con risa y dolor. La vara tocóle del alto Pretor; al golpe saltaron sus viles cadenas;



la sangre del libre corrió por sus venas  
y el cómico siervo fué noble y señor.

Sainetes existen de aquel colosa!  
autor que nós dijo—*la vida es un sueño*—.

En ellos, sin duda, bebió con empeño  
un ilustre vate de fama inmortal.

¿Pensáis, don Armando, que aquello fué un mal?

Pues no en decadencia las musas se hallaban,  
que cinco luceros la escena alumbraban,  
y hoy brilla lo mismo su luz sin igual .

Cien obras el pueblo gozoso aplaudió  
del gran sainetero Ramón de la Cruz;  
de aquel que sin ropa, sin cama y sin luz,  
*La casa de Tócame-Roque* escribió.

¡Oh, cuán satisfecho mostrárame yo  
si al pobre sainete, por vos despreciado,  
la crítica injusta que lo ha calumniado  
volviérale al puesto que siempre ocupó!

Lo que antes he dicho repítolo, pues,  
en estos renglones que van sin aliño:  
a chulas y chulos les tengo cariño  
aparte dejando mezquino interés.

Basta de sainete, basta de entremés;  
aquí se concluye mi humilde defensa,  
la epístola cierro y os pido dispensa,  
señor don Armando Palacio Valdés.

## GONZALO DE CASTRO

(1858 Madrid-1905)

66

### DOS TEMPLOS

#### I

Allí la catedral, santa, imponente,  
que lanza por sus góticas ojivas  
de músicas y aromas un torrente,  
como el río sus ondas fugitivas  
por los ojos inmóviles del puente.  
Mirad la aguja esbelta y fulgurante  
¡índice que señala al infinito!  
y debajo la cúpula gigante  
como un inmenso palio de granito.  
Rompen los muros góticas ventanas,  
por donde el claro sol filtra sus luces,  
y se yerguen las torres soberanas  
volteando entre nubes sus campanas  
y rasgando los cielos con sus cruces.  
Dentro, en las amplias naves,  
vibran los grandes órganos dorados,  
desde los cuales canta himnos sagrados  
una bandada de invisibles aves.  
Pueblan las hornacinas  
inmóviles mujeres peregrinas  
en mármoles talladas,  
con las manos cruzadas

sobre sus senos mórbidos de hielo,  
y se ven en las sombras perfumadas  
ángeles con las alas desplegadas,  
en actitud de misterioso vuelo.  
Encima de marmóreos pedestales  
santos de talla con sus miembros de oro  
reciben todo el sol que entra a raudales  
por el calado ventanal del coro,  
cubierto de polícromos cristales.  
Entre la sombra oscura  
se adivina la trágica escultura  
que representa a Cristo agonizante.  
Lívido el rostro, el pecho jadeante,  
fijos los mustios ojos en el cielo,  
mientras, al pie, su madre acongojada  
clava en El la mirada  
con expresión de horrible desconuelo.  
Y, allá, al fondo, en la sombra silenciosa  
miran a la afligida Dolorosa,  
cuyo semblante arredra  
pues que delata formidables luchas,  
blancos monjes, caladas las capuchas  
sobre sus frentes rígidas de piedra.  
Y, debajo, en las criptas solitarias,  
encima de las urnas cinerarias,  
en las tinieblas mudas e imponentes,  
duermen sobre sus lechos de granito  
las estatuas yacentes ,  
acostadas de cara al infinito!

II

Ved la fábrica allí ¡Cómo levanta  
en sus espaldas el terrible peso  
de la ciencia del Hombre, mientras canta  
sus victoriosos himnos el progreso!  
Entremos. ¿Qué escucháis? Sordos rumores  
de negros y automáticos motores,  
trepidación de máquinas vibrantes,  
silbidos de vapores  
y estrépitos de ruedas jadeantes.  
Mirad. ¿Qué veis? Eléctricos carretes,  
verdes bobinas, finos estiletos,  
laberintos de férreos engranajes  
poderosos montajes  
provistos de acerados cojinetes;  
densos vapores que furiosos rugen,  
encendidos hogares que llamean,  
hélices que voltean  
y automáticos émbolos que crujen;  
vapores que las válvulas despiden,  
calderas imponentes,  
ruedas veloces que el vapor impulsa,  
sensibles galvanómetros que miden  
la varia intensidad de las corrientes  
con su flecha convulsa;  
ferrados cinturones  
que a los tubos metálicos abarcan  
para evitar terribles explosiones,  
y obedientes manómetros que marcan,  
con su aguja de hierro, las presiones;  
vigorosas correas

moviendo a un tiempo miles de poleas;  
hercúleos cabrestantes,  
y prensas gigantes  
movidas por titánicos volantes,  
vertiendo luz y eternizando ideas!

### III

En ambos templos se tributa culto  
a ese ser misterioso,  
presente siempre... ¡pero siempre oculto!  
Por él, en las mañanas,  
cuando el sol baña cumbres y praderas,  
repican en las torres las campanas  
y en las fábricas silban las calderas.  
Por él encienden los humanos seres  
sus dos únicos santos luminares:  
el humeante hachón de los altares  
y la eléctrica luz de los talleres!

.....

Mas... ¡de qué sentimientos tan contrarios,  
de qué opuestas ideas  
se hablarán, en los cielos solitarios,  
las cruces de los blancos campanarios  
y el humo de las rojas chimeneas!

EMILIO FERRARI

(1850 Valladolid-1907)

67

¡SEMPER!

Arrojada en los escarpes  
de la costa en que halló abrigo,  
inválida del naufragio,  
veterana del peligro,

la vieja barca se pudre  
sobre los ásperos guijos,  
crujiendo al viento que azota  
sus tablones carcomidos.

Al ascender la marea,  
el mar, su señor antiguo,  
en los brazos de sus olas  
la levanta convulsivo,

y entre impetuosas caricias,  
la habla, rugiente y magnífico,  
de combates y aventuras,  
de escollos y torbellinos.

Declina el sol; de la tarde  
se aspira el ósculo tibio;  
sus penetrantes aromas  
confunden brea y marisco;

delante está lo insondable;  
más allá está lo infinito,  
más allá... más allá, el mundo  
poblado por el delirio.

.....

Columpiada en la rompiente,  
sin velas, jarcias ni rizos,  
aún siente la vieja barca  
la tentación del abismo.

68

## OBSESION

¿Sabéis lo que es, en medio de la noche,  
cuando descansa la ciudad, y en ella,  
rendido todo a la quietud, parece  
que duerme el aire y el silencio pesa;

cuando no se oye, sino allá a lo lejos,  
la persistente voz del centinela,  
o el reló, monótono, en la torre  
pausado, el curso de las horas cuenta;

cuando, rompiendo su prisión, del sueño  
por la espiral en lo ignorado abierta,  
cada alma emprende misterioso viaje  
al país ideal de su quimera;

cuando en la vasta oscuridad nocturna  
no hay una luz; cuando tan sólo vela

en las calles el vicio vagabundo  
y el recuerdo tenaz en la conciencia;

sabéis lo que es sentirlo en el hombro  
tocar por alguien que en la sombra acecha,  
y que os dice: "Héme aquí, ven a la cita,  
soy yo: la insomne, la implacable idea"?

Entonces ¡ay! aunque en las tibias ropas  
el cuerpo revolviéndose protesta,  
pronto la lucha entre Jacob y el Angel  
se traba una vez más en las tinieblas.

Aquella imagen de espectral contorno,  
sombra que el alma a lo exterior proyecta,  
germen de un ser que a reclamar la vida  
desde los limbos de la mente llega,

quiere dejar de la abstracción las cumbres,  
cual las del Globo estériles y yertas,  
hacerse carne, revestirse forma,  
ser realidad, y vibración y fuerza.

La veis al lado, aunque cerréis los ojos,  
a un tiempo amante y desdeñosa, mezcla  
de tentadora seducción que atrae  
e inasequible excelsitud que arredra.

Sus pupilas alumbran el espacio  
con una extraña claridad sidérea;  
su cuerpo es un vapor hecho escultura,  
clásica estatua modelada en niebla.



Mas en vano su espíritu impalpable  
queréis aprisionar en la materia:  
la aparición, aunque os incita, os huye,  
os rechaza cruel, aunque os asedia.

Sois como el caballero que en los cuentos  
halla encantada a la gentil princesa,  
ignorando la mágica palabra  
con que romper el sortilegio pueda;

y ante el fantasma os retorcéis, sintiendo  
la ofuscación de la ideal belleza,  
hasta que, asiéndoos del cabello, os postra  
deslumbrados y trémulos en tierra.

¿En dónde el nexo misterioso se halla,  
en dónde está la conjunción suprema  
del pensamiento y la palabra, verbo  
donde se encarne la hermosura eterna?

¿Cómo lograr que la divina Psiquis,  
sin apagar su lámpara de estrellas,  
por una escala mística de estrofas  
hasta los brazos del amor descienda?

¿Quién con las cintas de los áureos versos  
atará al carro que a la diosa lleva,  
de dos en dos las palpitantes rimas,  
como apareadas tórtolas gemelas?

Así ambas alas desplegando a un tiempo,  
la inspiración hasta los cielos llega,

la palabra halla así de que en el mundo  
son los objetos esparcidas letras;

el plan divino al descubrir, precede  
siempre a la vida en su ascensión perpetua,  
y en todo el lujo de esplendor produce  
lo que aun informe la creación bosqueja.

¡Oh poema imposible, cuya forma  
siento en el alma dibujarse incierta,  
cuyas estancias de flotante ritmo  
continuamente en mi interior resuenan;

sueño, ideal, aspiración, que llevo  
dentro de mí desde la edad primera,  
esquivo siempre a la inflexible frase,  
indócil a la rígida cadencia;

si no me es dado transcribirte nunca  
vivo en los signos de la humana lengua,  
renace, al menos, en futuros días  
dentro del corazón de otro poeta!

JOSE VELARDE

(1849 Conil-1892)

69

TEMPESTADES

I

Como produce estancamiento insano,  
si es duradera, la apacible calma,  
amo la tempestad embravecida

que esparce los efluvios de la vida  
al romper en los cielos o en el alma.

## II

El rugiente Océano,  
cuando lo azotan roncros vendavales,  
se corona magnífico de espumas,  
cuaja en su seno perlas y corales  
y vida emana levantando brumas;  
y el pantano sereno,  
traidor oculto bajo verda lama,  
asilo es del reptil y forma el cieno,  
que, impalpable, mortífero veneno  
por la tranquila atmósfera derrama.

## III

Cuando se tiende, como negro manto,  
en el azul fluido,  
espesa nube, produciendo espanto,  
súbito el rayo rásgala encendido,  
resuena conmoción atronadora,  
y el nublado espantoso, estremecido,  
en lluvia se deshace bienhechora.

## IV

Cuando chocan las nubes en la mente,  
vibra y relampaguea,  
como rayo fulgente,  
la luminosa idea;

con voz de trueno la palabra brota,  
y el nublado iracundo  
va cayendo deshecho gota a gota,  
en lluvia de verdades sobre el mundo.

V

En el fondo del mal el bien palpita;  
el ánimo enervado en los placeres  
cobra en la adversidad fuerza infinita,  
y en el laboratorio de los seres,  
todo aquello que ha muerto resucita.

La tormenta es presagio de bonanza;  
del desengaño nace la experiencia;  
de la duda la ciencia,  
y del triste infortunio la esperanza.

Un espinoso arbusto da la rosa;  
sale volando de la larva inerte,  
como una alada flor, la mariposa;  
brilla el iris en nube ennegrecida,  
y bullen en el seno de la muerte  
los gérmenes fecundos de la vida.

VI

La gloria es grande, si la lucha fuerte;  
la estatua a golpe de cincel se labra;  
la tierra con el hierro del arado,  
y el error de su altar cae desplomado  
al golpe inmaterial de la palabra.

El seno se desgarrá al nacimiento;  
la religión se prueba en el martirio;

la virtud es combate turbulento;  
el genio tempestad, fiebre, delirio.

Al soplo del simoun crecen las palmas;  
surgen de las borrascas las centellas,  
del incendio del caos las estrellas,  
y el amor del incendio de las almas!

## VII

El vértigo en el caos se desata;  
a una explosión de vaporosas moles  
el espacio se forma y se dilata,  
y lo surcan estrellas, mundos, soles,  
volteando en hirviendo catarata,  
entre nubes y truenos y arreboles;  
llena el *fiat* de luz toda la esfera,  
y es la creación la tempestad primera.

## VIII

La negra sombra se condensa, crece  
y el espléndido azul del cielo empaña;  
mas súbito lo alumbra y lo enrojece  
vivo incendio que brota en la montaña.  
El Sinaí gigante se estremece;  
derriba el cedro el aquilón con saña;  
rueda el trueno en los aires retemblando;  
brama la tempestad... Dios está hablando!

## IX

Se eclipsa el claro sol y zumba el noto;  
se abre en curvo zig-zag la roca dura;

sacude mar y tierra el terremoto;  
sale de la volcada sepultura  
el esqueleto carcomido y roto,  
y oyen los hombres con mortal pavora  
la borrasca que entona el *miserere*  
¡ay! a Jesús que por salvarlos muere.

## AMÓS DE ESCALANTE

(1831 Santander-1902)

70

### CALIGO

Cierra la noche lóbrega: a lo lejos  
se oyen roncadas rugir las ondas bravas  
en cuyos senos cóncavos se agita  
el viento precursor de las borrascas.

¡Ay! ¡pobre marinero a quien sorprenda  
el huracán soberbio! ¡ay de la barca  
lejos del puerto amigo, ciega y sola  
sobre el espacio inmenso de las aguas!

Sin una estrella en los cerrados cielos,  
sin una luz en las desiertas playas,  
¿dónde poner la descarriada proa  
y con certero rumbo encaminarla?

Sólo la densa obscuridad rompiendo  
traidoras brillan las espumas blancas

que hirviendo en torno al sumergido escollo  
al engañado náufrago amenazan.

¿Por qué su riesgo en evitar porfías,  
alma que en noche oscura, solitaria,  
a merced de los vientos y las olas  
entre el fragor de la tormenta vagas?

Seguro es el naufragio, ¿a qué resistes  
y tu agonía y padecer dilatas?  
No ofrece el mundo a tu miseria amparo  
ni el cielo a tu dolor una esperanza.

## EVARISTO SILIÓ

(1841 Santa Cruz de Iguña-1874)

71

### UNA TARDE

¡Tarde horrible! el horizonte  
la alta esfera, negro velo  
recubrió;  
triste, oscuro estaba el monte,  
triste el valle, triste el cielo,  
triste yo!

En medio al cuadro sombrío,  
de pavora todo acento  
feneció;

mudo estaba el manso río,  
muda el ave, mudo el viento,  
mudo yo.

De la aldea a la cabaña  
buscó un ser mi vista... en vano  
le buscó;  
sola estaba la montaña,  
solo el bosque, solo el llano,  
solo yo!

Y tras el negro horizonte  
solo el poder soberano  
que hoy logró,  
que ni una flor guarde el monte,  
ni una el bosque, ni una el llano,  
ni una yo!

¡Ah! Del tiempo la honda saña  
seremos en este arcano  
que él formó,  
polvo estéril la montaña,  
polvo el bosque, polvo el llano,  
polvo yo!



## JOSE GONZALEZ DE TEJADA

(1833 Madrid-1894)

72

### NOTICIAS DEL PARNASO

En la margen de Hipocrene  
peinándose el rubio Apolo,  
gran tocador de guitarra  
y literato de a folio,

dábase a los traductores,  
que es cual darse a los demonios,  
porque al mirarse en las aguas  
halló un desierto en su rostro .

—Júpiter, quiero patillas,  
gritaba alzando los ojos,  
que poeta sin bigotes  
es como murga sin bombo.—

En esto, oyendo alaridos,  
voces, gritos y sollozos,  
dijo:—Serán mis doncellas,  
que se sacuden el polvo.

Querer mujeres calladas  
es pedir peras al olmo;  
las más bellas desde lejos,  
o de cerca un rato sólo.

Apuesto a que están ahora  
con las faldas en el moño,  
hechos guantes los zapatos,  
medidos a pies los rostros.

Cada cual tiene un capricho,  
que defiende con encono;  
y caprichos de mujeres  
son humanos purgatorios.

Terpsícore la graciosa,  
lengua larga y traje corto,  
muy preciada de bolera,  
se empeña en bailar el polo.

Dice que nubes y gasas,  
pantorrillas y accesorios,  
dando dinero al teatro,  
quitan al hombre el meollo.

La alegre doña Talía  
sostiene que gusta a todos,  
traducida para unos,  
y andaluza para otros;

que ya enriquece la lengua  
con galicismos muy gordos,  
o ya a fuerza de toreros  
convierte en toril el foro.

La musa de las charangas,  
organillos y piporros,  
que hace ladrar a los perros  
y dar saltos a los sordos;

la que a las chatas fregonas,  
vulgo domésticos loros,  
cobradoras de la sisa,  
inspira *dolientes* tonos,

Doña Euterpe, quiere un traje,  
que ha de cansarla muy pronto,  
hecho de tela gitana  
y de *vaudeville* los forros.

Con él compondrá zarzuelas,  
que son, si no me equivoco,  
tonadillas por buen nombre,  
sainetes malos por otro.

Doña Clío está escribiendo  
(porque aquí escribimos todos)  
historias de diputados,  
banqueros, grandes y cómicos.

Melpómene gime y llora  
entre diez actos y un prólogo,  
oliendo a sangre y puñales,  
venenos y calabozos.

Dice que en traje andaluz  
trocar quiso el manto propio,  
y estaba como un *franchute*  
que va de majo a los toros.

Doña Elocuencia Polimnia  
nos hace hablar por los codos,  
que charlatán y elocuente  
se tienen hoy por sinónimos.

Doña Caliope, viuda  
de militares heroicos,  
está en las clases pasivas,  
sufre mucho y come poco;  
y cual pobre vergonzante  
suele pedir un socorro,  
tan triste y desfigurada,  
que a veces no la conozco.

Erato, musa de amores,  
zagales, prados y arroyos,  
por acostarse con niños  
salió cual sabéis vosotros.

Dió, por sus desgracia, numen  
a comilones de fósforos,  
pretendientes de sepulcros,  
abrazos, duelos y robos:

a mocitos holgazanes  
con un cerebro de Agosto,  
que hacen versos a la muerte  
y a las muchachas el oso.

Doña Urania la embustera,  
musa de ciencias y astrólogos,  
directora de compases,  
niveles y microscopios,

anda en un ferro-carril  
con diez pares de anteojos,  
no perdiendo la esperanza  
de ver volar el Eolo.—

Aquí llegaba Apolillo,  
cuando creció el alboroto,  
y oyó lo de: “a mucha honra”,  
con el: “somos o no somos”.

Por poder ver sin ser visto,  
se escondió detrás de un tronco,  
palco que en tales funciones  
para el dios era de abono.

Y alargando el *coram vobis*,  
rió de gusto y de asombro  
al ver un sol en el cielo  
y en la tierra siete u ocho.

## EDUARDO BUSTILLO

(1836 Madrid-1908)

73

### COSAS DE FULANO

Es el tal un tal Bolinas  
que presume de buen mozo  
y, con canas en la barba,  
se las echa de Tenorio.

De tierras del Mediodía  
vino el galán pelitordo,  
con los bolsillos vacíos  
pero sin pelo de tonto.

No sabe ni tiene, y hace  
de ciencia y dinero ahorros;  
que ajenos chistes e ideas  
nos los vende como propios;  
y, en todas partes bullendo  
y a caza siempre de momios,  
donde a los ricos no explota  
despluma a los ingeniosos.

Y como aquí no se mira  
si lo que reluce es oro,  
y a veces se abren las puertas  
cuando hay que echar los cerrojos,  
entró en la corte Bolinas  
de lucir tan codicioso,  
que, sin práctica en la barra,  
dió a toda vela en el golfo.

En salones y casinos  
causó al entrar tal asombro,  
que, sin saberse su nombre,  
ya se admiraba su arrojo;

y alguien que, más precavido,  
pensó en oponerle estorbos,  
dejóle pasar de largo  
por miedo a *citarle corto*;

que, al fin, aunque malograda,  
sin juicio contradictorio,  
goza credencial de bravo  
entre informes de gracioso.

Y aunque su bravura es farsa  
que bien se pinta en su rostro,  
y son sus gracias rapsodias  
y sus donaires despojos,

pasan por buenos sus títulos,  
que, entre platillos y bombos,  
refrendaron los cobardes  
y sancionan los ociosos.

Porque el bendito Bolinas  
tiene una corte de bobos,  
que aun de sus mismas miserias  
cantan las glorias a coro.

Si una dama le sonrío,  
él les guiña al punto el ojo,  
como quien dice: "¡otra víctima!  
¡apuntadla, maliciosos!"

Y así finge seducciones,  
ingenio, y valor, y todo,  
creyendo él mismo mentiras  
que fragua para los otros.

¿Injuria envuelve o calumnia  
su frase de jactancioso,  
y halla en sus actos ofensa  
o la honradez o el decoro?...

“¡Cosas de Bolinas!”—dicen  
sus cortesanos en corro,  
necios que hasta sus agravios  
reciben como piropos.

Y aunque sobran los Bolinas  
que campan aquí a su antojo,  
ahí va el mío como vuestra:  
caballeros: ¡*Ecce-Homo!*

## EUSEBIO BLASCO

(1844 Zaragoza-1903)

74

\* \* \*

### A LUIS VIDART

Explicando una tarde anatomía  
un sabio profesor,  
del corazón a sus alumnos daba  
perfecta descripción.  
Anonadado por sus propias penas  
la cátedra olvidó;  
y a riesgo de que loco le creyeran,  
con alterada voz:  
“dicen, señores, exclamaba pálido,  
que nadie consiguió  
vivir sin esa víscera precisa.  
¡Error, extraño error!

Hay un sér de mi sér, una hija mía  
que ayer me abandonó;  
¡las hijas que abandonan a sus padres  
no tienen corazón!”

Un estudiante que del aula oscura  
se oculta en un rincón,  
mientras los otros asombrados oyen  
tan público dolor,  
sonriendo a un amigo y compañero  
le dijo a media voz:  
¡Piensa que a su hija el corazón le falta...  
y es que le tengo yo!

JOAQUIN M. BARTRINA

(1850 Reus-1880)

75

FABULITA

Juan tenía un diamante de valía,  
y por querer saber lo que tenía,  
la química estudió, y ebrio, anhelante,  
analizó el diamante.

Mas ¡oh! ¡qué horror!... Aquella joya bella,  
lágrima al parecer de alguna estrella,  
halló con rabia y con profundo encono  
que era sólo un poquito de carbono...

Si quieres ser feliz, como me dices,  
no analices, muchacho, ¡no analices!...



LA ULTIMA CUERDA

Cuatro cuerdas rompí de mi lira  
hiriéndolas, lleno  
del afán de volar y alejarme  
del mundo y su cieno;

cual el ave que quiere ser libre  
lanzando mil quejas  
hiere, ciega de cólera, el áureo  
metal de sus rejas.

Amo y sufro; la cuerda que sólo  
le resta a mi lira,  
de mi bien al oído no llega  
por más que suspira.

A su arco ha de atarla Cupido:  
la cuerda ya arranço...  
mas tal vez al tenderla se rompa  
sin dar en el blanco.

Si al extremo sutil de una caña  
a atarla me atrevo  
y mis sueños de amor y de gloria  
coloco por cebo,

y a pescar voy la suerte en el mundo...  
es fácil la pierda,  
que es posible que un monstruo arrebate  
el cebo y la cuerda.

¡Ah! ya sé... Si no alcanzo fortuna  
ni es mía la bella,  
a mi cuello la cuerda yo anudo  
y me ahorco con ella.

77

### A QUIEN YO SÉ

Me engañaste, y: “¡No has sido tú el primero!”,  
dijeron mis amigos,  
un tiempo de tus pérfidos engaños  
víctimas o testigos.

No sé quién fué el primero, mas el último  
sé que será un gusano:  
buscará el corazón de tu cadáver,  
y ha de buscarlo en vano.

78

### ARABESCOS

Huele una rosa una mujer dichosa  
y aspira los perfumes de la rosa.  
La huele una infeliz  
y se clava una espina en la nariz.

\* \* \*

El que pierde a su padre  
llora afligido,  
el que pierde dinero  
se pega un tiro.

## MANUEL CURROS ENRIQUEZ

(1851 Celanova-1908)

79

### EL ARBOL MALDITO

Me lo contó un piel-roja cazado en la Luisiana:  
Cuando el Señor los bosques de América pobló,  
dejó un espacio estéril en la extensión lozana,  
y en ese espacio yermo, de arena seca y vana,  
donde no nace el trébol ni crece la liana,  
el diablo plantó su árbol y luego... descansó.

El suelo en que brotara, de savia y jugos falto,  
que interiormente cruzan en direcciones mil  
volcánicas corrientes de líquido basalto,  
de su raíz opúsose al invasor asalto,  
mientras su copa hiere, perdida allá en lo alto,  
el rayo tempestuoso, colérico y hostil.

Así, por tierra y cielo sin tregua combatido,  
el árbol sus antenas tendió en obscura red  
por la ancha superficie del páramo abatido,  
y allí donde el cadáver hallaba de un vencido,  
de las salvajes hordas al ímpetu caído,  
bebiéndole la sangre calmó su ardiente sed.

El llanto de las tribus guerreras, derrotadas,  
nutrió su tronco débil prestándole vigor;  
y en misteriosa química, las savias combinadas

de lágrimas y sangre por él asimiladas,  
pobláronle de vástagos punzantes como espadas,  
y de hojas le cubrieron de cárdeno color.

Sus ramas, por el viento de Septentrión mecidas,  
sonaban tristemente con canto funeral  
y, de la luna al beso lascivo estremecidas,  
en flores reventaron que, al aire suspendidas,  
vertían de sus cálices esencias corrompidas,  
la atmósfera impregnando de un hálito mortal.

Leones y elefantes, su sombra pestilente  
temiendo, nunca osaron llegar en torno de él:  
sobre él desliza el ave sus alas raudamente,  
torció el jaguar su senda, si le encontró de frente,  
y el oso sibarita, que sus aromas siente,  
contéplale de lejos, soñando con su miel.

Mas solamente grata la pulpa que destila  
a insectos y reptiles, del silfo al caracol,  
por ella, en torno al árbol, tenaz la mosca oscila,  
la araña encuentra en ella las gomas con que hila,  
y viene a saborearla, candente la pupila,  
el saurio, que dilata sus vértebras al sol.

Por respirar sus densos efluvios penetrantes,  
la víbora abandona su rústico dosel;  
sus pútridos pantanos los cínifes vibrantes,  
sus hoyos las serpientes de escamas repugnantes,  
sus matas las luciérnagas polícromo-cambiantes,  
su hogar la salamandra de jaspeada piel;

la oruga su capullo, que rompe con trabajo,  
su celda arquitectónica la abeja monacal,  
su limo la babosa perdida en el atajo,  
su lecho de detritus el sucio escarabajo,  
su llano la langosta, su charca el renacuajo,  
su huevo el infusorio, la larva su cendal.

Y de esa fauna exótica la multitud bravía,  
de entrambos hemisferios monstruosa producción,  
se cobijaba al árbol o nido en él hacía,  
en tanto que en su fronda magnífica y sombría  
los genios de los bosques, al fenecer el día,  
celebran conciliábulos de muerte y destrucción.

## FEDERICO BALART

(1831 Pliego-1905)

80

### PRIMER LAMENTO

¡No puedo más! El llanto reprimido  
ya hirviendo me sofoca:  
Cuatro meses la queja he contenido,  
con el puño en la boca.

¡No puedo más! Perdona, Dios clemente,  
perdona si te agravio  
rompiendo al fin los diques al torrente  
que rebosa en mi labio.

Gimiendo me sorprende la mañana;  
gimiendo paso el día:  
en sólo un pensamiento ¡oh Dios! se afana  
tenaz el alma mía.

Entre oscuros cipreses ven las aves  
una tumba ignorada:  
para dos fué labrada—¡tú lo sabes!—  
¡para dos fué labrada!

Aún la mitad, Señor, está vacía,  
y un cadáver me espera:  
¡logre, logre su ansiada compañía  
mi pobre compañera!

Cuando en la triste noche el viento azota  
los árboles desnudos,  
y la lluvia desciente gota a gota  
sobre los campos mudos,

allá vuela mi mente enamorada,  
allá vuela afanosa,  
buscando a la que sola y olvidada  
bajo el mármol reposa.

Desde que ella partió, sordo mi oído,  
ciegos están mis ojos,  
y mi lecho, que ayer de amor fué nido,  
ya es tálamo de abrojos.

¡No puedo más, Señor! Niebla sombría  
me impide verla y verte.

Manda un rayo de luz a mi agonía,  
¡y venga en él la muerte!

La muerte, sí, la muerte es mi esperanza,  
la muerte redentora  
que esta tormenta tornará en bonanza,  
y esta noche en aurora.

¡Misericordia, oh Dios! ¡Cese esta guerra,  
cese este ardiente anhelo;  
que me aguarda un cadáver en la tierra  
y un ánima en el cielo!

## JOSE ESTREMERÁ

(1852 Lérida-1895)

81

### ¡VICTORIA!

#### I

—Tranquilo ve, mi hermoso caballero;  
vence, humilla, derrota al moro fiero,  
que, pues vas a la guerra, yo deploro  
no poder ir contigo contra el moro.  
Pero... sí, que mudando nombre y traje,  
a tu lado estaré: seré tu paje.  
Es vano que te opongas; yo te sigo,  
para, si has de morir, morir contigo;  
y por si tienes de vencer la gloria,  
a tu lado gozar de la victoria.

I I

—Ya sé, moro traidor, mi triste suerte.  
En tu poder estoy, dame la muerte.  
Matarme, a tu valor será un ultraje:  
¡gran victoria es vencer a un pobre paje!  
—Paje, no tal, hermosa castellana.  
—¡Qué!

—Te he visto bañarte esta mañana,  
y eres ¡fingido paje! una doncella,  
y me has enamorado por lo bella.  
Si lograra gozar de tus favores,  
fueran tus castellanos vencedores,  
porque yo con mis huestes, niña hermosa,  
emprendiera una fuga vergonzosa;  
mas, logrando tu amor, niña hechicera,  
¡que me juzgue la historia como quiera!

I I I

Clarines y anafiles y atabales  
hacen en la ciudad salva y señales  
de que viene el ejército cristiano  
victorioso del fiero mahometano.  
Vedlos; se acercan ya. Viene el primero  
con su paje el hermoso caballero,  
coronado de lauros y de gloria,  
tremolando el pendón de la victoria.



## VITAL AZA

(1851 Pola de Lena-1912)

82

### ¡CÓMO CAMBIAN LOS TIEMPOS!

Cuando de niño empecé  
*a darme a la poesía,*  
tan en serio lo tomé,  
que sólo en serio escribía.

Romántico exagerado,  
era lo triste mi fuerte.  
¡Válgame Dios! ¡Le he soltado  
cada soneto *A la muerte!*

La fatalidad, el sino,  
el hado, la parca fiera,  
el arroyo cristalino  
y la tórtola parlera...

Todo junto le servía  
a mi necia inspiración  
para hacer una elegía  
que partía el corazón.

No hubo desgracia ni duelo  
que en verso no describiera...  
¡Si estaba pidiendo al cielo  
que la gente se muriera!

¿Que airado el mar se tragaba  
la barca de un pescador?  
Pues yo en mi lira lanzaba  
los lamentos de dolor.

¿Que un amigo se moría,  
viejo o joven, listo o zafio?  
Pues ¡zas! al siguiente día  
publicaba su epitafio.

¿Que una madre acongojada  
gemía en llanto deshecha?

¿Que por una granizada  
se perdía la cosecha?

Pues yo enjugaba aquel llanto  
en versos de arte mayor,  
y maldecía en un *Canto*  
al *Granizo destructor*.

Escéptico y pesimista,  
¡me hacía unas reflexiones!...  
Sirva de ejemplo esta lista  
de varias composiciones:

*Ludibrio. Dios iracundo.*

*Profanación y adulterio.*

*Los desengaños del mundo.*

*El ciprés del cementerio.*

Pues ¿y una composición  
en que, imitando a otros vates,  
con la mejor intención  
decía estos disparates?

“¡Ay! El mundo en su falsía  
”aumentará mi delito,  
”vertiendo en el alma mía  
”la duda de lo infinito.

Triste, errante y moribundo,  
”sigo el ignoto sendero,  
”sin encontrar en el mundo  
”un amigo verdadero.

"¡Todo es falsedad, mentira!

"¡En vano busco la calma!

"¡Son las cuerdas de mi lira

"sensibles fibras del alma!

"El mundo, en su loco anhelo,

"me empuja hacia el hondo abismo.

"¡Dudo de Dios y del cielo,

"y hasta dudo de mí mismo!

"¡Esta existencia me hastía!

"¡Nada en el mundo es verdad!"

.....

¡Y todo esto lo decía

a los quince años de edad!

Francamente, yo no sé

cómo algún lector sensato

no me pegó un puntapié

por necio y por mentecato.

---

Por fortuna ya no siento

aquellas melancolías,

ni doy a nadie tormento

con vanas filosofías.

Ya no me meto en honduras,

ni hablo de llantos y penas,

ni canto mis amarguras

ni las desdichas ajenas.

He cambiado de tal modo,

que soy otro diferente;

pues hoy me río de todo,

¡y me va perfectamente!

## TIO Y SOBRINO

### I

    Mi querido sobrino:  
Acabo de saber, con gran sorpresa,  
que estás para casarte con Teresa,  
la sobrina del juez de Pumarino.  
Tú sabes demasiado  
que el Otoño pasado,  
ese juez, que es un tío muy grosero,  
me condenó a pagar aquel dinero  
que yo desde el ochenta le debía  
a don José María,  
el dueño del molino del Otero.  
Sabes perfectamente  
lo que entonces de mí dijo la gente,  
hasta el punto, sobrino,  
de obligarme a marchar de Pumarino  
por no sufrir las muchas cuchufletas  
del dueño del molino,  
que me sacó las cuatro mil pesetas.  
¡Todo eso me ha pasado!  
Ya comprendes que el juez me ha reventado,  
y debes comprender de igual manera  
que tu boda me altera;  
pues no es justo, hijo mío,  
que vayas a elegir por compañera  
a la fea sobrina de ese tío.  
¡Desiste de esa boda! Yo lo quiero,  
¡pues tú me has de heredar al fin y al cabo!

Mas si no me obedeces, como espero,  
no pienses en llamarte mi heredero,  
¡porque yo no te deajo ni un ochavo!  
Sabes que en tus apuros de estudiante  
yo te tendí la mano generoso.  
Conque lo dicho, dicho, ¡y es bastante!  
Tu tío,

*Sinforoso*".

II

"Mi respetable tío: Hace un momento  
que recibí su carta, con sorpresa,  
y le aseguro que en el alma siento  
que se oponga a mi boda con Teresa.  
Me dice usted, airado,  
que es sobrina del juez que le ha encausado.  
¿Tiene ella alguna culpa? ¡Quia! ¡Maldita!  
¿Qué culpa ha de tener la pobrecita,  
si no se mete en cosas del Juzgado?  
¿Seré yo, por ventura,  
culpable de esa falta? ¡Qué locura!  
Si usted, como debía,  
hubiera antes pagado ese dinero  
a don José María,  
el dueño del molino del Otero,  
ni el señor juez le hubiera condenado,  
ni nada hubiera dicho el del molino,  
ni usted se hubiera visto precisado  
a tener que salir de Pumarino...  
¡Esta es la verdad pura!

¿Le parece a usted feo—¡ya lo creo!—  
que emplee con mi tío esta frescura?  
También a mí me ha parecido feo  
el que llame usted fea a mi futura.  
¡Llamar fea—¡gran Dios!—a la sobrina  
del juez de Pumarino! ¡Quién creyera!...  
El juez será lo feo que usted quiera...  
¿pero lo que es Teresa?... ¡Si es divina!  
Y, aunque no sea hermosa,  
a mí me lo parece, y eso basta,  
y he de hacerla mi esposa,  
por más que usted reniegue de mi casta.  
¿Que usted me ha socorrido en mis apuros?  
¡No me venga, por Dios, con chanzonetas!  
Sólo una vez necesité cien duros,  
y usted sólo me dió... ¡cuatro pesetas!  
¡El único favor que me ha otorgado!  
Favor al que deseo  
corresponder como sobrino honrado.  
Aprovecho gustoso este correo,  
y adjuntas van en sellos de franqueo  
esas cuatro pesetas que me ha dado.  
¿Que usted me deshereda? ¡Pues, corriente!  
En cambio, heredo al juez, y no me pesa;  
porque, tío por tío, francamente,  
me quedo con el tío de Teresa.  
Si juzga usted mi epístola insultante,  
usted la culpa se la tiene solo...  
Conque lo dicho, dicho, ¡y es bastante!  
Su sobrino,

*Manolo*".

## MIGUEL COSTA Y LLOBERA

(1854 Pollensa-1922)

84

### ADIOS A ITALIA

*(Navegando por el Golfo de Génova)*

En la brilla lejana va esfumándose  
cual leve niebla la ciudad marmórea,  
y el encantado litoral Ligúrico  
se pierde en vagos ópalos.

Ya en la azul vaguedad supremas cúspides  
vense tan sólo por la nieve cándidas,  
como blancos cendales con que el último  
lejano adiós prolongase.

¡Adiós, Italia, adiós! Desde tus márgenes  
ni un suspiro me sigue, ni una lágrima;  
mas al dejarte, los afectos íntimos  
vibrar siento en el ánimo.

Huellas no dejo en ti; mas en mí déjalas  
hondas tu numen, y doquier la ráfaga  
me lleve del destino, allí tus pléyades  
veré de gloria fúlgidas.

Por tus ciudades, peregrino incógnito,  
solitario pasé. Mi oculta cítara  
sólo confió sus notas al olímpico  
silencio de tus mármoles.

Ante el sepulcro de Virgilio, pródiga  
de luz y encantos, me hechizó Parténope;

y al cráter me asomé, y vi a la víctima  
Pompeya abrir su túmulo.

Contóme grave su leyenda mística  
Umbria la verde, al pie de sus acrópolis;  
y allá me embelesó Florencia plácida  
entre olivares áticos.

Bañé en serenidad paradisíaca,  
el alma absorta sobre el Lario límpido;  
y a Milán acaté, que al llano Insúbrico  
muestra sus cien pináculos.

En la docta penumbra de sus pórticos  
acogióme Felsina; y la Adriática  
reina oriental me reveló poéticos  
arcanos en su góndola.

Ya por un lustro en su recinto clásico  
Roma la grande dilató mi espíritu,  
y en la suprema universal Basílica  
ciñóme el sacro cingulo.

¡Adiós, Italia, adiós! Desde tus márgenes  
ni un suspiro me sigue, ni una lágrima;  
mas al dejarte, los afectos íntimos  
vibrar siento en mi ánimo.

Palenque de la historia, alta metrópoli  
de la cultura y de la fe, prolífica  
madre de genios, por el arte espléndida,  
salud ¡oh tierra itálica!

Reina del gran destino, nunca apóstata  
reniegues de la Cruz, que un día fúlgida  
consagró para siempre con el lábaro  
tu frente sibilítica.



## JUAN ALCOVER

(1854 Palma de Mallorca-1926)

85

### SED

Es de noche. Israel tiende su hueste  
en Odollam agreste.

David en la caverna se encastilla;  
la flor de sus guerreros le rodea,  
y por el ancho Raphaim acampa  
la hueste filistea.

Al otro lado, Bethlehém, vigila;  
su muro se perfila  
coronado de arqueros enemigos;  
y el fresco aliento de su gola abierta  
ofrece la cisterna, junto al hueco  
de la murada puerta.

Codiciando, sin sueño ni reposo,  
el líquido precioso,  
David tenía sed.—¡Ah, quién me diera  
sólo un sorbo del agua betlemita,  
para templar el hálito de fuego  
que mi garganta irrita!—

En medio de la flor de sus valientes,  
descuellan, eminentes,  
Sema, Jesbánm y Eleazar. Se miran,

y, velando su oculto pensamiento,  
cruzan, entre las tiendas enemigas,  
el vasto campamento.

Saltan reflejos pálidos, fugaces  
de las revueltas haces;  
y sienten, al pasar, sordo crujido  
de quijadas que rumian o degluten,  
y las voces de alerta que a lo largo  
del valle repercuten.

Llegan a la cisterna. Ven echados  
en tierra tres soldados.  
El uno duerme en posición supina,  
el otro palpa el puño del acero,  
el otro a las imágenes sonrío  
de un sueño lisonjero.

—Tres para tres—Eleazar murmura;  
entre la sombra oscura,  
sin que exhalen un grito, los degüellan;  
y en la cisterna, al pórtico vecina,  
los héroes de David llenan el casco  
del agua cristalina.

De nuevo emprenden a la fuerte gruta  
la temeraria ruta;  
y al trasponer los términos del valle,  
suenan voces, tañidos de trompetas,  
y en torno de sus cráneos indefensos,  
silbidos de saetas.

A la presencia de su Rey sediento  
llegan en salvamento,  
y le ofrecen el agua que en el casco  
brilla al reflejo de la luz nocturna.  
Respóndeles David y el casco toma  
como sagrada urna.

"Mal hice en revelar un vil deseo.  
Al odio filisteo  
expuse las columnas de mi trono,  
el precioso licor de vuestras venas,  
que apetece la chusma incircuncisa  
con avidez de hienas.

"Suave es el olor del incensario,  
suave, en el santuario,  
el humo de las víctimas ardientes;  
empero más suave es el perfume  
del deseo que a Dios sacrificamos  
y oculto se consume.

"Gloria al Dios de Israel que os vuelve ilesos.  
Si como ardor de huesos  
me abrasara la sed, no bebería.  
También está sediento el pueblo mío.  
¿Por qué yo solo regalar mi boca  
en el fresco rocío?

"Sabor de vuestra sangre, oh mis leales,  
hallara en sus raudales  
mi labio pecador"... Dice el caudillo,

alza los ojos de vidente al cielo,  
y en libación pacífica derrama  
el agua por el suelo.

MANUEL REINA  
(1856 Puente Genil-1905)

86

LA LIRA DE VIRGILIO

I

Hoy en el sacro monte hay más raudales,  
más arpegios y aromas;  
y en el aire, a los rayos matinales,  
esplende una bandada de palomas,  
como un hilo de perlas orientales.

II

Muestran sus frescos labios sonrientes  
las rosas de escarlata;  
y, al pasar, con sus alas relucientes,  
abre en el claro espejo de las fuentes  
la golondrina azul surcos de plata.

III

A la sombra de acacia desbordante  
de hermosa florescencia,

duerme un joven de pálido semblante,  
cuya frente corona el centellante  
resplandor de la alegre adolescencia.

IV

Es el sublime ruiñeñor mantuano  
que en venturoso día  
ha de cantar, con estro soberano,  
las hazañas del Príncipe troyano,  
los campos y su rústica armonía.

V

Evocará a las ninfas y a las hadas;  
y, rey de los poetas,  
legará a las naciones admiradas  
sus radiantes estrofas, perfumadas  
con claveles, jazmines y violetas.

VI

De límpida cascada rumorosa  
el velo de colores  
rásgase, y surge peregrina diosa  
con rubia cabellera luminosa  
que baña el verde bosque en esplendores.

VII

La deidad, cuyas formas deslumbrantes  
las ondas han ceñido

con una red de nítidos brillantes,  
posa en la frente del garzón dormido  
sus amorosos labios palpitantes.

VIII

Despiértase el mancebo, y corre en vano  
tras la ninfa hechicera,  
que huye veloz por el florido llano;  
mas logra arrebatarse su ansiosa mano  
hilos de su dorada cabellera.

IX

Y a dos ramos cubiertas de fragantes  
rosas de nieve y grana,  
ata el joven las hebras fulgurantes,  
que vibran como cuerdas resonantes...  
¡Y aparece la lira virgiliana!

87

CANCION ARABE

*A Rafael Reina.*

Lejos está la hermosa de la gentil garganta  
y de ojos centelleantes.  
Corcel, vuela conmigo; condúceme a su planta;  
por *ella* te he comprado la peregrina manta  
de raso y de brillantes.

---

Por ella de preciosos regalos te he colmado  
que valen un tesoro;  
tus bridas son de plata; tu silla, de brocado,  
y en tus ijares nunca tu dueño te ha clavado  
el espolín de oro.

—

Por *ella* están tus crines rizadas y sedosas,  
y brilla tu herradura,  
y está por manos hábiles, en sedas muy lujosas,  
bordada de guirnaldas, de pájaros y rosas,  
tu espléndida montura.

—

Por *ella* todo el mundo te admira y te decanta;  
por *ella* soy tu amigo;  
corcel, corcel ligero, condúceme a su planta;  
por *ella* te he comprado tu peregrina manta.  
¡Corcel, vuela conmigo!

88

## LA MUERTE DE JUAN BORGIA

### I

Roma venal, la impúdica bacante  
del oro, del placer y las espadas,  
en cena bulliciosa y deslumbrante,  
rompe en cantos de amor y carcajadas.

Todo lleno de rosas y frescura,  
un jardín, escenario es de la orgía,

donde estalla triunfante la locura  
abrazando a la erótica poesía.

En las miradas báquicos destellos  
y mieles en los labios decidores,  
a Juan y a César Borgia, hermanos bellos,  
allí el deleite cúbrelos de flores.

Brilla cerca de Juan—donce] riente  
que viste seda, púrpura y brocado—  
César, el gran traidor resplandeciente  
como un puñal de perlas recamado.

Con estrépido y pompa soberana  
celebran, delirantes de alegría,  
César su legación napolitana;  
Juan su rico ducado de Gandía.

Es César Borgia rutilante nido  
en que acecha voraz cuervo insaciable;  
jubón de seda y oro entretejido,  
que encubre a una coraza impenetrable....

Azules y argentados son sus ojos  
como las estivales noches puras,  
y elocuentes sus finos labios rojos  
de los besos de amantes hermosuras.

Su seductor olímpico semblante  
disfrazado, con sonrisas luminosas,  
un corazón más duro que el diamante,  
donde rugen tragedias espantosas.



Tranquila surca el festival espacio  
su pupila, que hermosa resplandece;  
en su pecho, un magnífico topacio  
como el ojo de un tigre fosforece.

Aureas blondas y encajes carmesíes  
su atlética figura enseñorean,  
y luce gran cadena de rubíes  
que cual gotas de sangre centellean.

¡César Borgia satánico!, alma fría  
más que el granizo y, como el bronce, fuerte;  
antro por donde pasa la sombría  
ronda de los espectos de la muerte,

discurre en su interior: "Si no alentara  
mi hermano, valladar de mi carrera,  
al favor de la omnímota tiara,  
¡sobre imperios flotara mi bandera!..."

De flautas y violines amplio coro  
estremece, en la cena, los sentidos...  
Bébase allí el Falerno en copas de oro,  
donde se ven combates esculpidos...

Cien antorchas prodigan sus fulgores,  
cual rubias cabelleras desatadas,  
y rectos cristalinos surtidores  
relumbran, en la noche, como espadas

.....

I I

Roma duerme. Siniestro y quejumbroso  
reloj en vieja torre da la una.  
Se arrastra brillador y misterioso  
el Tíber, al reflejo de la luna.

Hábil jinete, de antifaz cubierto,  
en un caballo de pujante brío,  
lleva sobre el arzón a un hombre muerto,  
que hunde en las aguas del famoso río.

El cadáver, ceñido de esplendente  
traje de seda, púrpura y brocado,  
mostraba audaz y tétrica la frente  
y un cuerpo juvenil apuñalado.

Aureas blondas y encajes carmesíes  
al jinete fatal enseñorean,  
quien luce gran cadena de rubíes  
que, cual gotas de sangre, centellean.

Vibra a lo lejos dulce serenata...  
La luna, en su radioso poderío,  
semeja un puente de bruñida plata  
sobre las ondas pérfidas del río.

RICARDO GIL

(1855 Murcia-1907)

89

AGUAFUERTE

Las campanas tañidas por el viento  
en la medrosa noche clamorean  
con notas destempladas.

Cada vez que las ráfagas heladas  
aullando por los claustros culebream,  
reviven un momento  
del hornillo las brasas moribundas:  
y enrojecen la celda, con profundas  
pausas de oscuridad, las llamaradas.

Centellean entonces, apiñadas  
en las tablas pendientes de los muros,  
retortas y vasijas numerosas  
de hechuras caprichosas  
e ignorado destino;  
y ruedan por la mesa, mal seguros,  
con los haces de hierbas prodigiosas,  
los rollos de mugriento pergamino  
lentos de ensalmos, cifras y conjuros.

Vuelve a la sombra todo. Solamente  
junto a la boca del hornillo ardiente,  
de las vivaces ascuas al reflejo  
cálido y oscilante,

se destaca el semblante  
del fraile gris enflaquecido y viejo.  
Diríase que duerme, pues sus flojos  
miembros con indolencia se desploman  
en ancho sitial; pero a sus ojos,  
en la penumbra de la cuenca hundidos,  
de vez en cuando asoman  
resplandores extraños,  
y de sus labios secos y fruncidos  
brota sordo murmullo.

#### Muchos años

ardió el voraz hornillo noche y día  
esparciendo en redor negros vapores  
cuyos acres olores  
se aspiran en la celda todavía;  
y con tenaz empeño  
alimentado fué... ¿Qué audaz ensueño  
perseguido al través de bruma vaga  
torcer al sabio en su camino pudo,  
para que vea indiferente y mudo  
cómo el hogar generador se apaga?

En el cráneo desnudo  
del fraile, barrenado por la idea,  
el vivo incendio arroja  
movible mancha roja  
como sudor de sangre que gotea...  
¿En él qué latirá...? Cábala hebrea  
acaricia tal vez, de la que pende  
prolongar el milagro de la vida...  
Quizás, en su memoria adormecida

repasando el hermético tesoro  
de signos y de fórmulas, pretende  
cristalizar la luz en cubos de oro.

En su abstracción, acaso,  
acecha en infinitas soledades,  
de los planetas el solemne paso,  
sorprende conjunciones y ve luego  
en curvas enigmáticas de fuego  
escrito el porvenir de las Edades.  
Parecen despertar fuerzas que duermen  
bajo su cráneo y fermentar el germen  
de algo que, con grandeza soberana,  
su nombre hará brillar en lo futuro:  
de algo que importa a la ventura humana.

Como de vivas inquietudes presa,  
sus temblorosas manos, en lo oscuro,  
extiende el fraile gris hacia la mesa:  
descubriendo temor y sobresalto,  
palpando va con torpe movimiento  
heterogéneas cosas hacinadas  
sobre la tabla...

Mientras, en lo alto,  
las campanas tañidas por el viento  
clamorean con voces destempladas  
de la medrosa noche en la negrura...  
y en los claustros las ráfagas heladas  
aúllan como hienas congregadas  
en torno de reciente sepultura...

Encuentra, al fin, lo que buscó anheloso.  
A su rostro arrugado y descompuesto  
de horrible lucha asoman las señales:  
vacilando medita;  
pero vence un afán que misterioso  
en sus ojos palpita,  
y negros polvos de poder funesto,  
con espantado gesto,  
va mezclando en porciones desiguales  
en un roto crisol que luego agita...  
En él arroja brasa moribunda...

Con súbita explosión la estancia inunda  
purpúrea claridad... Todo aparece  
bañado en sangre; todo se estremece...

Y cruzan a legiones,  
por el ambiente aquel ensangrentado,  
sombras indefinibles  
que, al pasar con violentas convulsiones,  
dejan en pos gemido prolongado.

.....

Más que nunca profundas y terribles  
son las tinieblas. En el suelo inerte  
yace el fraile tendido  
e inclinada hacia él, sobre su oído,  
—¡Gracias!...—dice la Muerte.

## EL CONVIDADO DE PIEDRA

Vuestro vino apurad... Aún no ha llegado  
ese huésped funesto.  
Bebed... Pronto en la mesa el convidado  
reclamará su puesto.

Estalle la canción, la loca risa  
de notas prolongadas;  
cantad, reíd, pero reíd aprisa...  
¿No escucháis sus pisadas?...

De esas flores que aún viven el aroma  
gocemos un instante,  
un instante no más, mientras asoma  
su pálido semblante

Los tiernos madrigales al oído  
y el chispeante cuento  
abreviad... Ya las puertas han crujido  
del próximo aposento.

Laura, guardemos para ser felices  
la sed no satisfecha.  
Déjame, que al través de esos tapices  
ya quizá nos acecha...

Me escucháis con burlona carcajada;  
despreciáis mis temores,

y decís que defienden esa entrada  
leales servidores.

¡Temeraria ilusión! A pesar vuestro  
nunca estaréis seguros.  
No hay festín sin el huésped que siniestro  
se filtra por los muros.

Mirad... Las flores que la mesa adornan  
se mustian lentamente...  
Ya no reís... Los párpados se entornan  
con languidez creciente.

De la canción los sonos apagados  
vago sollozo imitan...  
Los labios pierden su carmín, y, helados,  
al beso ya no incitan.

No brotan ya del vaso cristalino  
rosadas embriagueces...  
El ánfora se agota: toma el vino  
el sabor de las heces.

El narrador a terminar renuncia  
la historia comenzada...  
Las luces palidecen... Todo anuncia  
del huésped la llegada.

En nuestros corazones esta sombra  
del salón se condensa.  
¡Vano placer! Mi labio ya te nombra  
con repugnancia inmensa.



Y si aún tu nombre en el salón oscuro  
disipa torvos ceños,  
es pensando en aquel eterno y puro  
que se adivina en sueños...

El placer por la tierra va de paso,  
y el alma lo destruye  
si lo detiene. ¿Detendréis acaso  
rayo de luz que huye?

Como la noche tras la luz se lanza  
en eterno viaje,  
sobre las huellas del placer avanza  
siniestro personaje.

Se enlazan como el eco y el sonido  
en su volar ligero...  
El placer va de paso y perseguido  
por triste compañero.

Siempre acude a la cita el convidado:  
jamás faltó a ninguna.  
¿Oís? Es el rumor acompasado  
de su planta importuna.

Por vez postrera nuestras copas llenen  
con la turbia ambrosía,  
¡Levantadlas! Que brillen y que suenen  
chocando con la mía.

A ese huésped tiránico y sañudo  
hagamos los honores.

No negaban al César su saludo  
los fuertes gladiadores.

¡Brindemos con el vino emponzoñado  
que nuestra copa encierra:  
brindemos, sí, por el placer soñado  
que no muere en la tierra!...

.....

El huésped aparece... Todo acaba...  
Oscuridad y frío,  
y sueño, mucho sueño... Te esperaba...  
Ya te conozco: ¡Hastío!

91

## EL SECRETO

¡El príncipe se muere!... repiten con tristeza  
los sabios que, reunidos en numeroso bando,  
parar en vano intentan el golpe que le hiere.  
Y, en torno de la cuna dorada de su Alteza,  
sus venerables calvas agrupan murmurando:  
—¿Pero de qué se muere?...

Ya va la triste nueva rodando por las calles:  
las puertas del alcázar con su oleaje azota  
durante noche y día el bullidor gentío.  
Ya surca la noticia los montes y los valles,  
y las fronteras salta, y adonde llega brota  
confuso vocerío...

Los hombres de gobierno se encierran y meditan...  
Se dice que en palacio fermentan ambiciones...  
Inspiran los cuarteles recelos angustiosos...  
Las turbas en la sombra se espesan y se agitan...  
Y cambian incesantes despachos las naciones  
con signos misteriosos.

De mano en mano vuelan papeles codiciados,  
impresos ya con tinta que humea de candente.  
Pasando van las horas y la ansiedad aumenta.  
Peroran en los corros tribunos inspirados.  
Se aspiran, pavorosos, en el cargado ambiente,  
efluvios de tormenta.

¡El príncipe se muere! Las madres con cariño  
inútilmente rezan: la ciencia no lo salva:  
el cónclave de sabios discute en vano inquieto.  
¿Pero de qué se muere? junto al augusto niño  
murmuran... ¡Oh, doctores de venerable calva!  
Yo estoy en el secreto.

Yo estoy en el secreto del ángel que nos deja...  
En hora ingrata al mundo lo trajo la Fortuna.  
Por darle la existencia su madre la perdía...  
Nació enfermizo, débil: desgarradora queja  
su corta vida ha sido: la blasonada cuna  
no pudo hallar más fría.

De la lujosa cámara los muebles deslumbrantes,  
las lunas de Venecia, los frescos brilladores,  
los uniformes varios, azules, verdes, rojos,

los múltiples juguetes tan lindos e incitantes,  
jamás del niño enfermo lograron, tentadores,  
hacer abrir los ojos.

Pero cuando en la tarde rodaba por la alfombra  
junto al balcón diáfano su cuna cincelada,  
quedaba el ángel presa de una emoción diviná:  
en un jirón de cielo, entre azulada sombra,  
veía el niño en éxtasis nacer la plateada  
estrella vespertina.

Los ojos muy abiertos, los puños muy cerrados,  
los brazos extendidos con ademán violento,  
decía en su lenguaje:—¡Señor, dame la estrella!...  
Sus ruegos fueron muchos, sus gritos prolongados,  
y Dios, que al fin es Padre, con bondadoso acento,  
le dijo:—Ven por ella...

Yo estoy en el secreto; por eso, indiferente,  
no inclino mis oídos al clamoroso estruendo  
de la ambición mezclada con el temor cobarde,  
y pienso en la alegría del ángel inocente  
que al fin abre sus alas y busca sonriendo  
por el azul espacio la estrella de la tarde.

## SALVADOR RUEDA

(1861 Benaque-1933)

92

### EL PUENTE COLGANTE

Fué en sueños. Era un puente magnífico y col-  
[gante,  
que sobre el haz amplísimo del agua hecha serpien-  
tendía en línea enorme su comba emocionante [tes,  
hecha con cuerdas bárbaras de hierros resistentes.

Suspensas en los aires, tramaban vigorosas  
con firmes barandales, y cruces, y tejidos,  
el gran columpio trágico de bases poderosas,  
a las que en mil cadenas quedábase prendido.

Haciéndose jirones el viento atravesaba  
las láminas de hierro prendidas en encaje,  
y el puente, o arpa, o lira, rotundo preludiaba  
un canto prodigioso de un ímpetu salvaje.

Por medio de pagodas, palacios, templos, vías,  
abríase en dos márgenes el gran río sonoro,  
formando dos ciudades de agudas cresterías  
que el Sol empavonaba cual dos ciudades de oro.

Volvían los ejércitos trayendo en las espadas  
chispazos victoriosos y luces altaneras,  
insignias con laureles de triunfo coronadas  
y un haz grandioso y libre de ingravidas banderas.

Llenaban los espacios las bandas que tejían con notas de entusiasmo motivos militares, y en regios miradores, flotando, parecían los miles de pañuelos hervores de los mares.

Entraban en el puente garridos batallones, bizarras compañías, compactos regimientos, y la tremenda comba de férreos eslabones cual mecedor de cíclopes cimbrábase en los vientos.

Y aquella hamaca horrísona de tramos vigorosos, todo un glorioso ejército de punta a punta alzaba, y como en cuna enorme o en lecho de colosos, cien mil hombres a un tiempo prendía y columpiaba.

Cual una gran serpiente, abajo el torvo río la presa del ejército miraba resbalando, como una aciaga boa de inmenso poderío que bajo el Sol se extiende la víctima acechando.

Pasaban las banderas del plomo desgarradas, los trajes hechos trizas, bollados los cañones, las caras y las manos de rojo ensangrentadas, las bocas denegridas por ciegas maldiciones.

Ahítos de saqueo, ya un templo profanaron, ya de impecables vírgenes hirieron el decoro, de ancianos y de niños los cuellos cercenaron, y el himno de la muerte sonó cual ebrio coro.

Pasaban entre vivas y ráfagas de gloria, borrachos de ignominias como un tropel de males,

¡porque eso es un ejército que alumbra la victoria:  
una infinita cuerda de atroces criminales!

Y sobre aquel desfile de bestias embriagadas  
con sangre del vencido, caían a torrentes  
laureles y palomas de plumas no manchadas;  
para las armas, rosas, y luz para las frentes.

¡Cuándo alzará un patíbulo tu mano justiciera,  
¡oh, Dios!, tan grande y amplio que en él penetre a  
[mares  
todo un triunfal ejército que estrangulado muera  
en un dogal que abarque los cuellos por millares!

El torvo río acecha cual boa al Sol tendida,  
como serpiente enorme de anillos fabulosos,  
mientras la hamaca inmensa se comba sacudida  
por el tropel de invictos soldados victoriosos.

Verdoso eriza el río sus trémulas escamas,  
se anilla y desenrosca lo mismo que en un juego,  
y desencaja horrible su gran ojo de llamas  
que el Sol finge en su fondo como un disco de fuego.

De pronto, cruje el recio columpio en las alturas,  
se rompe la gran comba de láminas fatales,  
y entre el zumbido inmenso de un mundo de locuras,  
saltan, rasgando el cielo, los férreos barandales.

Y la balumba ciega de espantos y de horrores  
baja a la Boa bíblica, que la sepulta horrenda,

en tanto puñalean los vientos los clamores  
y el suelo cruje y zumba con la emoción tremenda.

.....

¡Oh, río de venganzas, que truecas las fortunas;  
ahoga los ejércitos triunfantes, y vencidos;  
forma de las espadas ruedas para las cunas,  
saca de los cañones calor para los nidos!

Cruza de las Naciones las rígidas barreras  
en el zig-zag sublime que entre los hombres trazas,  
y escupe, arrolla y rompe los miles de banderas  
que son deshonra y reto que arrójanse las razas.

93

## EL DESHIELO

Besa el sol la cresta de inmutable nieve  
y entre sus aristas su calor derrama  
como un llamamiento dulcísimo y leve  
que hace al blanco hielo la voz de la llama.

Y el témpano mudo prosigue su sueño  
bajo la luz rubia del sol que lo toca  
y que a cada día renueva su empeño  
de poner encima del hielo la boca.

“¡Resucita!, dice la llama vibrando;  
soy la voz sublime de la Primavera  
que senos de flores va desabrochando  
y tiende una pascua de luz pór la esfera.



Vitrina de hielo formada de gotas;  
sepulcro, estremece tu vidrio sonoro;  
y cante a la vida tu seno hecho notas  
igual que un divino salterio de oro.

Desrízate, rompe tu lírico encanto  
que duerme en agujas de fríos cristales,  
y rueda en rosarios de perlas tu canto  
desde tus latentes entrañas glaciales.

Abajo os esperan las siembras hermosas;  
bajad, libres aguas, en mágico riego;  
¡en nombre del canto, de Dios y las rosas,  
yo, el Sol, os convoco con labios de fuego!"

Así canta al hielo la luz matutina  
llamando a su interno cristal incoloro;  
así dice al hielo la llama divina  
poniendo en el tímpano los labios de oro.

Y como en el seno de virgen, exhala  
la voz que lo adora pasión que enardece,  
hasta que de fuego lo infiltra y recalca,  
y al fin sollozando de amor lo estremece,

así inunda al hielo que mudo dormita  
la luz inefable del Sol cada aurora,  
y a su apasionada dulzura infinita  
el tímpano duro conmuévase y llora.

Primero percibe gozoso el oído  
un claro murmurio de lluvia ligera,  
cual si en las entrañas de hielo tupido  
sonara la risa de la Primavera.

Después, de las gotas percíbese el coro  
en entrecortados suspiros de llanto,  
y fingen sus voces campanas de oro  
que en un *resurrexit* combinan su canto.

Organo, arpa, tímpano de hielo latente;  
ya tus cuerdas blancas de agujas polares  
las cambia armonioso tu seno riente  
por cuerdas doradas de rayos solares.

Vierte tu tesoro de impulsos guardados  
en la ansiosa tierra de fondo sediento,  
y baje y comulgue de amor los sembrados  
tu pan de armonías que es pan de sustento.

En el ancho surco que el sol ilumina  
escancia tus jugos cual ánfora agreste,  
y aumente tu brío la magia divina  
que alumbra la tierra cual llama celeste.

Recubre las ramas con un manto egregio;  
abre yemas, flores, al son de tu salmo;  
llama a las crisálidas como un sortilegio  
y di tus palabras de clave y de ensalmo.

Y tú, pluma, lira de eterna frescura;  
riegue tu bautismo la esfera encendida,  
unge tierra y cielo de santa hermosura,  
¡y para las almas, sé Pascua florida!

## LOS PAVOS REALES

Cuando vuelvo cantando de los trigales,  
ya al morir entre púrpuras el sol caído,  
en medio del paisaje hieren mi oído  
con su grito estridente los pavos reales.

Me escondo tras las ramas de los frutales  
y al ave egregia acecho sin hacer ruido,  
y miro los colores de su vestido  
y su moño de breves flechas triunfales.

Repitiendo su canto que el aire aleja,  
hace el amor en torno de su pareja  
y alza la cola augusta de hebras lustrosas.

Y a los ojos abriendo sus galas sumas,  
deja brillar cien rosas sobre cien plumas,  
y cien iris prendidos a las cien rosas.

95

## LA CARRERA DE ARBOLES

Se oyó un hondo zumbido de bosques agitados,  
volvió la muchedumbre los ojos con pavura,  
y viéronse los árboles venir arrebatados  
en una apocalíptica carrera de locura.

Los árboles frenéticos de todas las ciudades,  
los que adornaron calles y plazas y jardines,  
sonando a remolinos de intensas tempestades  
vinieron desde el fondo de todos los confines.

Los hombres desgarraron sus nidos y sus frondas,  
los hombres deshicieron sus ramas en pedazos,  
los hombres les hirieron con piedras y con hondas,  
los hombres les rompieron los troncos y los brazos.

Y como roto ejército que emigra de la guerra,  
venían retemblando los árboles heridos,  
con las raíces hondas sacadas de la tierra  
en medio de un tumulto de ciegos alaridos.

Sus pies como madejas de elásticos alambres,  
huían impelidos con paso monstruoso,  
echando sus tentáculos de trémulas raigambres  
como la planta enorme de un cíclope asombroso.

Pasaban sacudidos lo mismo que banderas  
deshechos en jirones al dardo de las balas,  
sin pompas del estío ni verdes primaveras,  
sin risas y sin luces, sin nidos y sin alas.

Vedlos, temblando avanzan con furia arrolladora  
trocados en tragedias sus rústicos placeres,  
y consternados vuelven la cara indagadora  
a ver si vienen hombres, o niños, o mujeres,

Silbando como fustas sus trémulos ramajes  
van cual en un desfile de homéricas zancadas,  
huyendo de las hordas temibles de salvajes  
con las temblantes hojas de miedo alborotadas.

Buscan las vastas selvas, buscan los bosques al-  
el maternal origen que les prestó su aliento, [tos,  
y por las cordilleras irán a grandes saltos  
buscando de sus cunas de riscos el asiento.

Vosotras, cordilleras, eternos oleajes  
de un temporal inmenso de bloques de granito:

os buscan vuestros árboles de bíblicos ramajes;  
alzadlos a vosotras y toquen lo infinito.

Ellos semejan torres que el sol viste de lumbres,  
guardianes que dominan los grandes horizontes;  
son altos obeliscos que Dios plantó en las cumbres,  
son bíblicas pirámides que Dios puso en los montes.

Los hombres no merecen tener por compañía  
los cedros de altas crestras y troncos perennales,  
los pinos resistentes de hombruna bizarría,  
las cúpulas soberbias de palmas orientales.

Ved la esbeltez del álamo pasar en la carrera  
tronchadas sus aristas y vástagos lucientes;  
y la olorosa acacia que cruza lastimera  
llorando mustias hojas y cálices dolientes.

Cipreses inflexibles cual índices cristianos,  
laureles de áureos triunfos y glorias revestidos,  
pasan igual que un roto tropel de soberanos,  
pasan como un desfile de dioses destruídos.

¡Oh torbellino ciego de locos vegetales  
que a vuestras selvas madres subís por las laderas;  
huíd de entre los hombres terribles y brutales,  
y os llenará de nidos el sol las cabelleras!

En épocas remotas de siglos venideros  
en que en las almas entre la luz de otra cultura,  
bajad entre los hombres y sed sus compañeros  
cuando sus frentes sepan de amor y de hermosura.

Los árboles son torres que el sol viste de lumbres,  
guardianes que dominan los grandes horizontes,  
son altos obeliscos que Dios plantó en las cumbres,  
son bíblicas pirámides que Dios puso en los montes.

## CARLOS FERNANDEZ SAHW

(1865 Cádiz-1911)

96

### LOS QUEJIDOS DEL ARBOL

En la tarde triste,  
por el aire quieto del pinar adusto,  
suena, pavoroso, repetido son.  
El del hacha fuerte  
con que el tronco parte de un robusto pino  
la mano robusta de un buen leñador

Por él, por su esfuerzo, la leña del árbol,  
que vió tantos siglos el triunfo del sol,  
será, para muchos hogares humildes,  
—en noches heladas—un foco radiante  
de luz y calor...

Pero el árbol siente las anchas heridas,  
y al sentirlas, ¡quéjase! con doliente voz.  
Y en el aire quieto del pinar sombrío  
sus quejidos suenan, con trágico son.

¡Sus quejidos hondos!... Con largos acentos  
de vivo dolor.

¡Por los quietos aires de la selva fúnebre!  
Y en la tarde triste de Enero..., ¡sin una  
sonrisa del Sol!

Se escuchan, a intervalos, terribles hachazos,  
los crujidos secos del tronco doliente,  
y al punto las quejas del vivo dolor.  
¡Las quejas, tan hondas,  
del árbol maltrecho! ¡Su trágica voz!...

¡Ay, del árbol triste que su vida entrega  
porque el hombre guste de grato calor!  
¡Él, que fué columna del pinar ingente,  
—magnífico templo—por gracia de Dios!

¡Y ay del hombre triste que su vida inmola,  
porque alcancen todos, a la sombra santa  
del hogar bendito, bienestar y amor!

97

## EL AGUA DEL MONTE

### I

#### *La sed de la tierra*

Hoy vago por un parque—pinar, jardín y huerto—  
que siente sed intensa; la sed de largas horas;  
que sufre las angustias horribles del Desierto,  
por aguas suspirando, que lleguen bienhechoras.  
Al fin las aguas vienen. Sus ondas se avecinan,

llenando la *cacera*; muy rápidas, a chorros...  
Ya invaden *mis dominios*, y al punto se encaminan  
por todos los regueros, prestándoles socorros.  
Por todos los que miro, cavados en la falda  
de un monte que reluce—dorado por el cielo,  
vestido por sus frondas—con tonos de esmeralda.  
Y en tanto se enriquece, con agua de la Sierra,  
parece que respira, curada de su anhelo,  
más viva, más alegre, más pródiga la tierra...

## I I

### *El agua buena*

Proteja Dios el agua, que tanto bien prodiga;  
el agua que es regalo de montes providentes;  
el agua tan amable: tan fresca, tan amiga,  
que corre tan gozosa, llenando las vertientes.  
El agua de los montes riquísimos, brillante  
con tanto sol, que acrece su pródiga riqueza.  
Es pura: no se admira pureza semejante  
ni en cumbres, ni en barrancos. Encanta su pureza...  
Es dócil: dócilmente, viniendo de la altura,  
se esparce. No vacila. ¡Ni un punto! Ni se para.  
Es clara: bien parece su límpida tersura  
tersura de cristales, que el céfiro limpiara.  
Y es buena, buena y buena; por eso: porque es pura;  
por eso: porque es dócil; por eso: porque es clara...



III

*Por los regueros*

Las ondas que brotaran de tantos manantiales,  
partidas en arroyos, menudos y someros,  
recorren, como breves y plácidos canales  
trazados a capricho, los múltiples regueros.  
Copiosas los inundan, bajando bulliciosas;  
regando, mientras cantan con sonos cristalinos,  
aquí y allá, bosquetes de rosas y de rosas;  
aquí, los tiernos álamos; allá, los fuertes pinos...  
Con cuánto amor extienden la gracia de sus dones;  
con cuánto amor difunden el son de sus canciones,  
por todo el grato huerto, que en tanta luz se baña.  
Animan y estimulan, encantan y embellecen,  
y al ir, de cuesta en cuesta, dejándonos, parecen  
las risas y sonrisas de un mundo: la Montaña.

IV

*La vida del agua*

¡Qué vida tan alegre, tan rápida, tan loca,  
la vida, tan fecunda, del agua de los montes,  
que baja de las cumbres, que va de roca en roca,  
gozando de tan puros y limpios horizontes!  
El agua de las cimas bien parte sus venturas.  
Ya brota de la fuente; ya va, de calle en calle,  
cruzando por el huerto; ya deja las alturas,  
y al cabo distribuye mercedes por el valle.  
Y al fin, cuando se extingue su rápida existencia,

perdiendo con su vida color y transparencia,  
también reparte dones, feliz y agradecida.  
Si a veces se evapora, su ofrenda rinde al Cielo.  
Si filtrase por tierra, salud recobra el Suelo.  
De modo que su muerte bien vale por su vida.

## JOSE MARIA GABRIEL Y GALAN

(1870 Frades de la Sierra-1905)

98

### DEL VIEJO EL CONSEJO

Deja la charla, Consuelo,  
que una moza casadera  
no debe estar en la era  
si no está el sol en el cielo.

Tu hogar tendrás apagado,  
y al mozo que habla contigo  
le está devorando el trigo  
la yunta que ha abandonado.

Mira que está oscureciendo,  
que en las riberas lejanas  
ya están cantando las ranas,  
ya están las aves durmiendo.

Que tocan a la oración,  
y hay gentes murmuradoras

cuyos ojos a estas horas  
cristales de aumento son.

Y es que los oscureceres  
son unas horas menguadas  
que han hecho ya desgraciadas  
a muchas pobres mujeres.

Mira, muchacha, que ha sido  
la tarde muy bochornosa  
y va a ser fresca y hermosa  
la noche que ha producido.

Mira que son muy contadas  
las fuerzas de la memoria;  
mira que huelen a gloria  
las mieses amontonadas,

y está tu galán delante,  
y está tu hermanillo ausente,  
y está el amor en creciente  
y está la luna en menguante,

y a luz tan débil, yo creo  
que sola a salir no atinas  
del laberinto de hacinas  
donde metida te veo.

Tal vez si el mozo me oyera  
pensara que esto es perfidia,  
creyera que tengo envidia,  
que tengo celos dijera,

pues con la venda de amor  
no viera que soy un viejo  
que sólo con un consejo  
puedo acercarme a tu honor.

Vete, muchacha, y no quieras  
llorar prematuros gozos,  
que sé lo que son los mozos  
y sé lo que son las eras;

y en tales oscureceres  
pláticas tales de amores,  
dicen los murmuradores  
que son de tales mujeres...

Y tienen razón, Consuelo,  
que una moza casadera  
no debe estar en la era  
si no está el sol en el cielo.

## LAS SEMENTERAS

### I

Con el relente que le da tempero  
la madrugada roció la tierra.  
Se siente frío en la besana húmeda;  
el terruño está solo. Ya alborea.

Lo dice levantándose del surco  
la alondra mañanera  
que desgrana en el aire el de sus trinos  
hilo copioso de sonantes perlas.

Ya sale el sol de las mañanas tibias,  
ya sale el sol de las mañanas buenas,  
sol de salud, incubador de gérmenes,  
sol de la sementera.

No tiene más testigos y cantores  
que yo y la alondra en la besana escueta,  
ni más espejos que el regato limpio  
y el rocío en las puntas de la hierba.

Viene triunfante, coronado de oro;  
radiante viene levantando nieblas;  
y evaporando el matinal relente  
que parece el aliento de la tierra.

Ya llegan mis gañanes con las yuntas  
canturreando la canción primera  
que les arranca el equilibrio plácido  
del bien venir de la mañana buena.

Rayando los timones el camino,  
y en alto la mancera,  
vienen los bueyes con la cruz que forman  
el yugo y el arado en la cabeza.

Ya escucho golpes secos  
de mazos y de azuelas,  
silbidos cariñosos,  
nombres de bueyes que en besana entran  
y uno que suena compasado ruido  
como de riego de menudas perlas  
al desplegarse el abanico de oro  
de la simiente que los mozos riegan.

Estoy en el repecho  
presidiendo mi hermosa sementera.  
Todo lo escucho con avaro oído:  
el blando hundirse de las anchas rejas;  
el suave rodar hacia los lados  
de la mullida tierra;  
el alentar pujante de los bueyes,  
de cuyos bezos charolados cuelgan  
tenues hilos de baba transparente  
que el manso andar no quiebra;  
aquel pausado y firme  
posar de sus pezuñas gigantescas;  
el crujir dormilón de las coyundas  
que el yugo pulimentan;  
un aliento de brisa tan suave  
que apenas se menea,  
un hondo y general rumor de vida  
y un ruido sordo de pujante brega.

Y tal como si el alma del terruño  
viniese toda condensada en ella,  
la tonada de arar surge solemne,  
la tonada de arar al alma llega  
cantando cosas dulces,  
diciendo cosas buenas.

Sus mansas recaídas  
parece que remedan  
la suavidad de las laderas dulces  
de la ondulada castellana tierra  
o el tranquilo vaivén de los pensares  
que el mar ondulan de las almas serias.

Y a mí también me hablan  
sus lánguidas cadencias

del bien gozar los apacibles goces,  
del bien llorar las bendecidas penas,  
del buen amor de la mujer fecunda,  
del bien sentir la paternal querencia,  
y de un vivir sereno,  
fuerte y seguro como aquel que llevan  
paso de hierro sobre tierra blanda  
los mansos bueyes de gigantes fuerzas.

## II

Cruzan el cielo nubecillas tenues  
que parecen blanquísimas guedejas  
cortadas del vellón inmaculado  
que dieron en Abril las corderuelas.  
El sol baño el terruño,  
se ve crecer la hierba  
y huele a tierra húmeda  
cargada de promesas.

¡Qué dulce es presidir desde el repecho  
la propia sementera  
si el cielo es transparente, fresco el aire,  
húmeda y fértil la esponjada tierra,  
el sol templado, la simiente sana,  
robustas las parejas,  
alegres los gañanes,  
la tonada de arar sentida y lenta,  
sabroso el pan de casa  
y el agua del regato limpia y fresca!

La mente embebecida  
se carga entonces de memorias bellas;

del lado del hogar me vienen todas,  
que el hogar es el cielo de la tierra,  
la paz de mi vivir me las regala  
y en paz el corazón las paladea.  
¡Aquella del hogar sí que es hermosa!  
¡Aquella sí que es santa sementera!  
También yo la presido,  
también Dios la bendice y la gobierna.  
Dios encendió en el cielo de la vida  
el sol de los amores para ella,  
para que al fuego santo  
las almas y las sangres se fundieran;  
Dios le da noches de fecundas horas  
y luengos días de apacibles treguas...  
¡horas sin luz que velen sus misterios  
y horas de sol que sus entrañas templan!

Y Dios, Padre del mundo,  
le da también cosecha  
de frutos vivos que el vivir anudan,  
de frutos bellos que el vivir alegran...

¡Señor, que das la vida!  
Dame salud y amor, y sol y tierra,  
y yo te pagaré con campos ricos  
en ambas sementeras.



## MANUEL DE SANDOVAL

(1874 Madrid-1932)

100

### A MISTRAL

Deja que al lauro inmortal que tus sienas coro-  
[na y abruma  
ose añadir una rama, del Betis cortada en la orilla,  
noble cantor de ese mar que en sus olas de plata y  
[espuma  
guarda aún el surco que el barco de Eneas trazó con  
[su quilla.

Temple escuchando tu voz melodiosa de son pla-  
[centero  
el militar y entonado redoble la hispana epopeya;  
venga a copiar en su clara y bruñida tersura de acero  
toda la gracia y la luz de sus ojos ardientes Mireya.

Brinde el hogar español hospedaje, morada y al-  
[bergue  
al trovador que orgullosa y amante consagra Pro-  
[venza,  
roble que aún en la selva sagrada robusto se yergue,  
y para el cual, sin que acabe la vida, la gloria co-  
[mienza.

Vengan a honrarle las sombras de aquellos mag-  
[nates y reyes  
que, como él, en la liza incruenta justaron un día,  
y, deponiendo su orgullo, acataron sumisos las leyes,  
que aún soberanas gobiernan el mundo, de amor y  
[poesía.

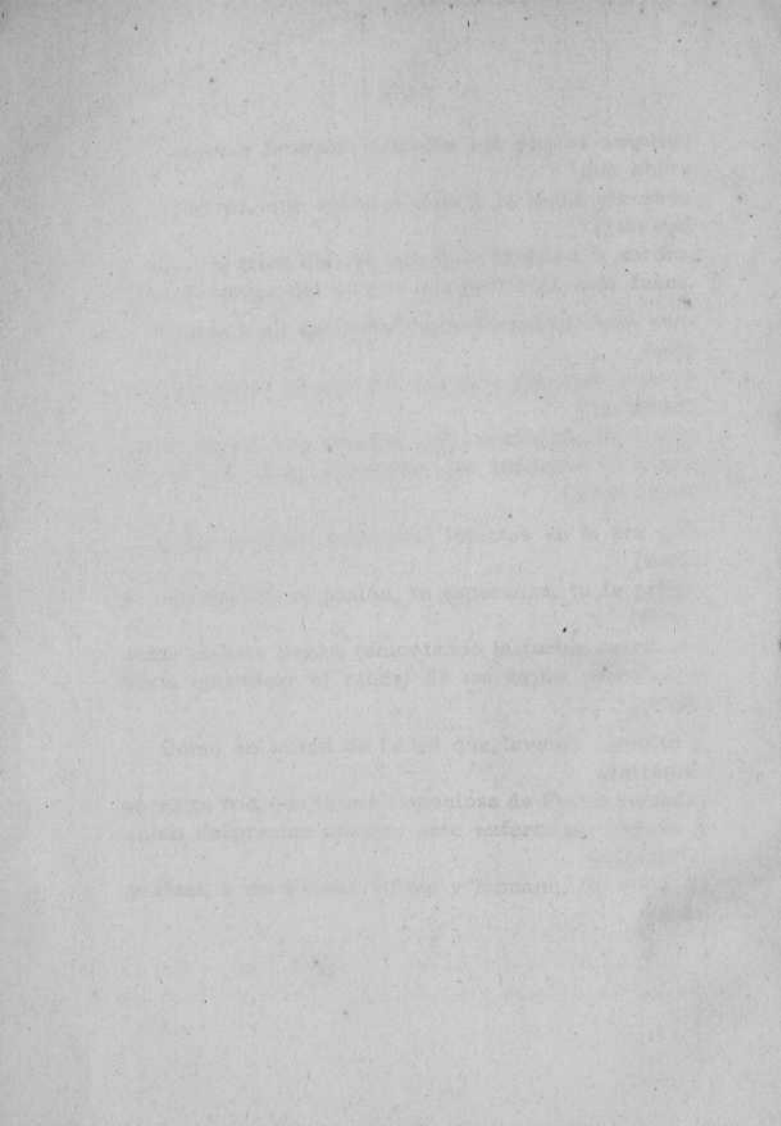
Vengan a honrarle también los poetas excelsos  
[que ahora  
alzan su voz, que entre el caos y la lucha vibrando  
[resuena,  
no como el trino del ave que libre saluda a la aurora,  
como el cantar del obrero que anima la ruda faena.

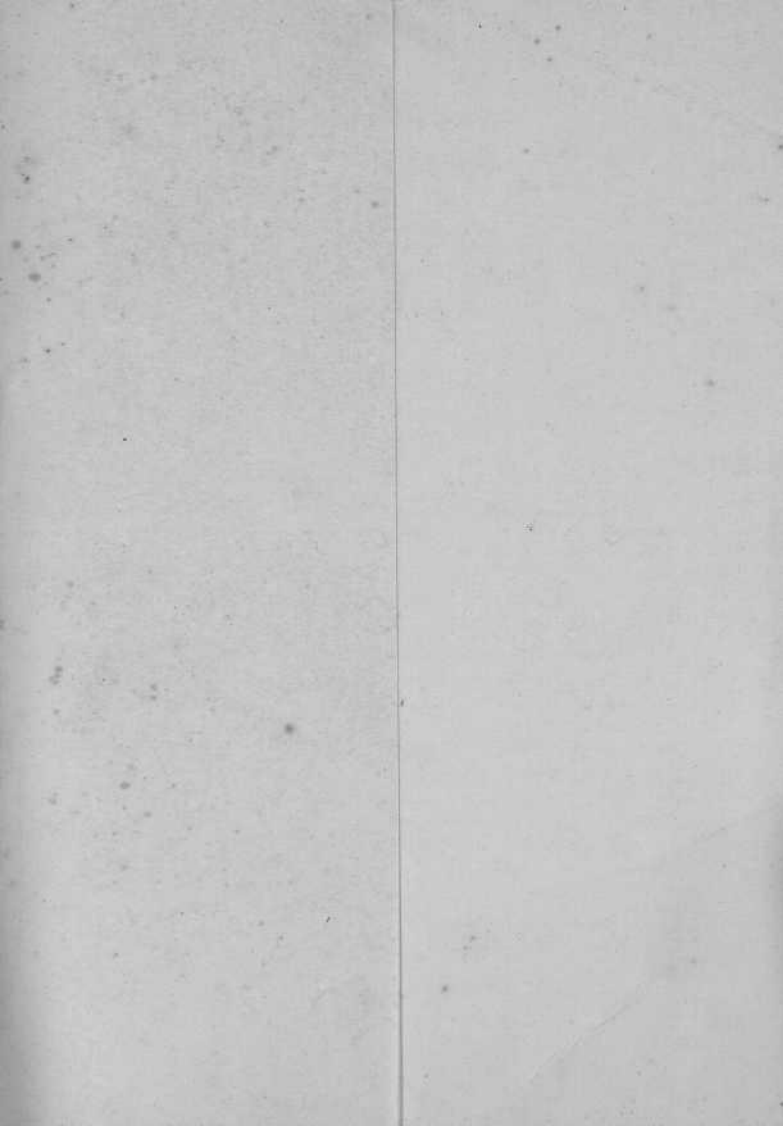
Vengan a oír de tus labios prudentes el sano con-  
[sejo  
para aprender el secreto del arte con que unes y  
[hermanas,  
con el candor y la risa del niño, la ciencia del viejo;  
con la humildad, el respeto que infunden la gloria  
[y las canas.

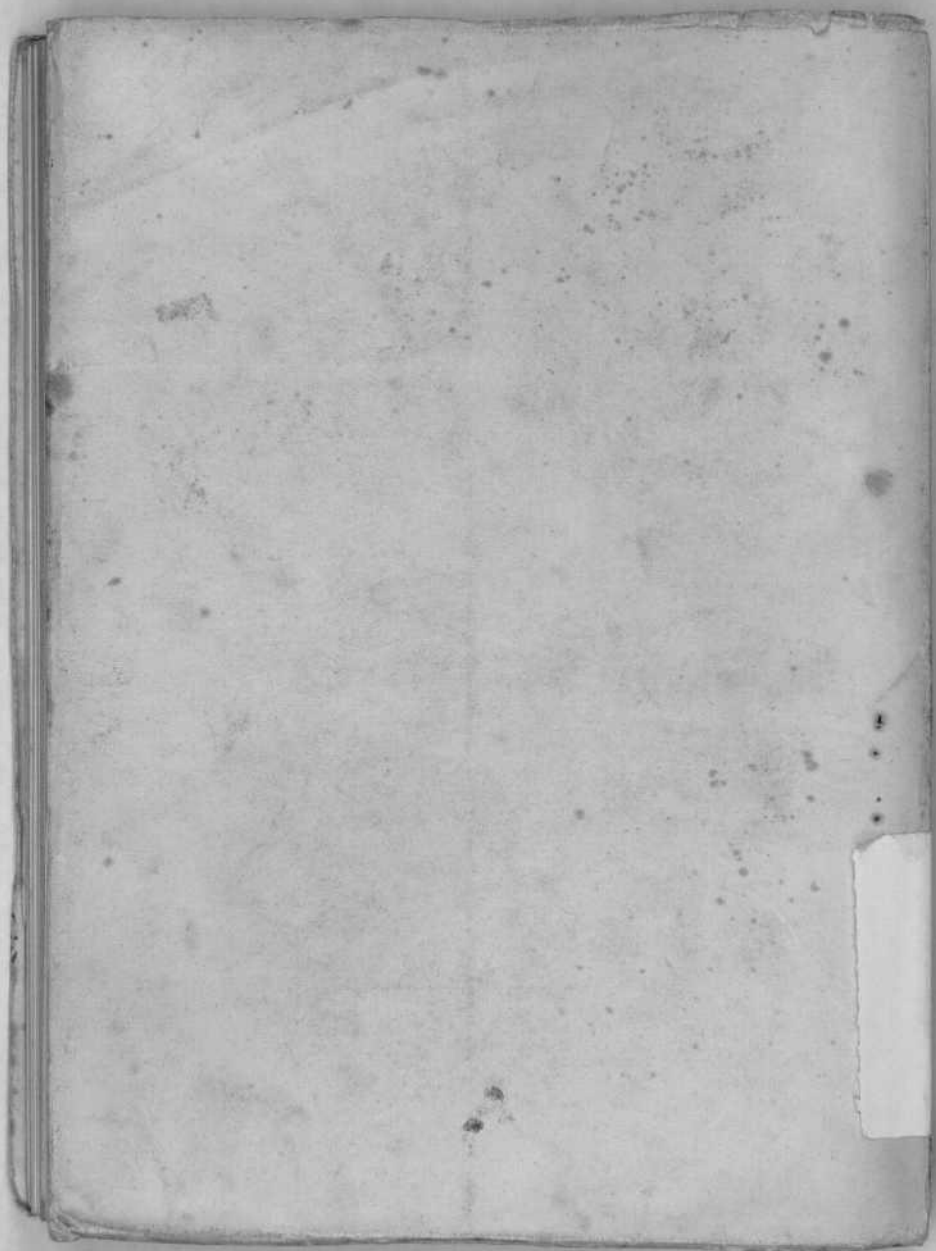
Diles tú cómo conservas intactas en la era pre-  
[sente  
tu ingenuidad, tu pasión, tu esperanza, tu fe primi-  
[tivas;  
cómo pudiste llegar, remontando la turbia corriente,  
hasta encontrar el raudal de las aguas perennes y  
[vivas.

Cómo en mitad de la lid que levanta tumulto y  
[estrépito  
suena tu voz, que la voz armoniosa de Femio remeda;  
cómo desprecias nuestro arte enfermizo, caduco y  
[decrépito,  
y alzas, a un tiempo divino y humano, tu canto de  
[aeda.









**G 4333009**